

Eduardo Osorio



El juego del gato y el alfil



El juego del gato y el alfil

ARTE  NOVELA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

Dr. en C. Eduardo Gasca Pliego

Rector

M.A.E. Georgina María Arredondo Ayala

Secretaria de Difusión Cultural

Dra. en E. P. María Isabel Rojas Ortiz

Directora de Divulgación Cultural

EDUARDO OSORIO

El juego del gato y el alfil



“2012, Año Internacional de la Energía Sostenible para Todos”

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

Jurado calificador del Premio Internacional de Narrativa

“Ignacio Manuel Altamirano” 2011

Silvia Molina

Hernán Lara Zavala

Agustín Monsreal

1ª edición 2012

© Eduardo Javier Osorio García

El juego del gato y el alfil

© Derechos reservados

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000, México

<http://www.uaemex.mx/>

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra
–incluyendo el diseño tipográfico y de portada– sea cual fuere el medio,
electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito de la Universidad
Autónoma del Estado de México.

ISBN: 978-607-422-337-8

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

*In memoriam,
Carlos Monsiváis,
por el humor prometido.*

EL JUEGO DEL GATO Y EL ALFIL

“A cat may look a king”, said Alice. “I’ve read that in some book, but I don’t remember where”.

LEWIS CARROLL

Mirar el ojo del tigre donde sueña una mujer desnuda.

VICENTE HUIDOBRO

EL MAIK depositó con delicadeza su alfil blanco sobre el escaque negro del fondo y al siguiente movimiento saltó con indolencia taimada hasta perderse de mi vista. Desde el traspatio me llegó un sonido de garras contra el muro. Luego, gritos de Helen.

—Otra vez tu pinche gato. Mira cómo dejó la cocina.

Sábado de pareja en mala posición: sin agenda social ni cine. Vino tinto y condones a la expectativa.

Observé con detenimiento el alfil del Maik para no olvidar su amenaza desde el piso ajedrezado. *Un blanco alfil de marfil que se muere de perfil.* Sin pensar en la guerra pues la mente en blanco calcula mejor y se abre sin prejuicios a los azares. Sin pensar, las revelaciones ocurren en cualquier instante.

Ya entrada la noche, nuestro hijito maulló su chantaje de siempre para que le permitiésemos entrar. Ella, sin embargo, había declarado un veto ineluctable al minino. Con el silencio como única alternativa para mi depresión, acepté con calma que el final de la partida venía hacia nosotros.

—Quieres más a tu pinche gato...

Pinche gato.

Siempre me fascinaron los calambures, los errores freudianos, las preguntas capciosas en examen, los criptogramas famosos y las partidas múltiples de ajedrez. Aquella jornada épica que estudié de Capablanca —el Gran Maestro de las aperturas, *Hannover* o *Frankfurt*, 1925, veintinueve contrincantes— entusiasmó mi adolescencia ávida de retos. Mi primer vicio solitario, germen de mi soberbia intelectual, fuente de mi aislamiento social. Dios que diseña cada guerra a detalle, cada soldado muerto y toda abdicación por cobardía. El ajedrez sobrevivirá a la internet. Con frecuencia practico a solas contra el Universo; el último vaquero contra el Cosmos: vayan a la segura, muchachos; apuesten a la reencarnación de Capablanca. En ocasiones, cuando requiero dosis extras de adrenalina, alinee varios tableros contra mis alumnos de actuaría; sus calificaciones en juego, señores: reprobado quien pierda antes de trece turnos. También me encantan los números primos y las raíces imaginarias. Y masticar queso mientras bebo café cargado a la turca. *Pinche* no es mal nombre para un gato mexicano (esa es su raza: como el persa, el siamés o el de Angora). Un felino bicolor y coqueto en su frac, que durante aquel fin de semana entonó magníficas arias para musicalizar la ruptura de un amor muerto tan inopinadamente como nació.

Vos lo dijiste:

nuestro amor

fue desde siempre un niño muerto.

Amanecemos el sábado en la misma cama: pésima (enésima) prueba para dos que ya tienen por costumbre dormir separados para reconciliarse horas después con el alba lacrimosa, pletórica de concesiones mutuas, arrepentimientos entre puchereros hipócritas/

diplomáticos/ sinceros a veces/ y perdones hipócritas, o diplomáticos, o sinceros según el momento, renovación de promesas entre besos de saliva abundante, tacto monótono, posturas cómodas y orgasmos de rutina. El día nos clareó, esta vez, callados y sin caricia alguna.

La vida impone partidas múltiples a los necios. Los buenos ajedrecistas elegimos terrenos, rivales y situaciones. Somos divos del enroque. El Bobby Fisher que llevamos dentro. Desde el fondo, sobre el escaque negro, permanecía el alfil blanco amagando las posibilidades del enemigo. Afuera, escuché los ruidosos ceremoniales de un mirlo que alborotaba como bachiller para atraer hembra.

—¿Por qué no te levantas ahora mismo a remediar el desastre que hizo anoche tu gato de mierda?

Afuera, el Maik calló de un zarpazo al mirlo en celo. Escuché la póstuma rebeldía de un pajarillo, muerto joven y sin haber amado. En dos o tres días me tocaría descubrir una pluma negra cerca del arenero, algún huesecillo limpio, rastros de lo que fuera un ave en busca de novia.

No me puedo morir hoy porque el lunes es quincena.

El siguiente intento de provocar al contrincante hacia un desplazamiento falso ocurrió durante el desayuno tardío, cerca de la hora de comida: huevos con tocino norteamericano de desecho pero en oferta al tres por dos, salsa ranchera Del Monte, tortillitas Doña Rosa, zumo de naranja contrabandeado, margarina Primavera como sustituto barato de la mantequilla fresca... Aromas deliciosos en la lejanía, atacando desde diversos tableros las atalayas olfatorias de un Capablanca en estado supino de melancolía... Consunción modelo Siglo Veintiuno... Pero una depresión conspicua, tal cual mi analista define este valemadrismo que nos caracteriza a los García, funciona mejor que la defensa siciliana. Aquellos perfumes del más puro arte Cisoria nada más anticipaban el principio de la trampa verdadera: ella vino a los pocos minutos. Indiferencia prefabricada. Depositó la charola de alpaca china al alcance de mis ojos. Cual maja semidesnuda en busca

de su autor, se recostó a calculada distancia de mí, muslos casuales fuera de su camisón. El control remoto del televisor, símbolo de la disputa por el poder en pareja, la infalible grilla del amor, expuso entonces la repetición del *reality-show* de moda. En exclusiva para mi hartazgo. Cuando una muchacha de putería mal ensayada se disponía a cagar desde el televisor, olvidé el apetito y cerré los ojos.

Soñé que Maik maullaba a mi oído “jaque mate” con chillona pero dulce voz de geisha.

Brinqué sobresaltado cuando ella gimoteaba en cantonés mis apatías, descuidos e irresponsabilidades.

El alfil continuaba en el mismo cuadro, igual que el tiradero de la cocina y el baño sucio... ¡Carajo: pelearse por un pedazo de mierda flotando...! Debí conceder que era mío... Pero rendirse a cambio de nada... ¡Si hasta los trozos del pimiento verde de su pizza se percibían!

—Esto no puede seguir así...

El alfil en su lugar... *Blanco alfil de marfil que se muere de perfil.*

Otoño es la mejor estación para los romances que nacieron en primavera y se hastiaron en el estío. El otoño, con sus amores pasajeros y desamores ahítos de verano, es una estación de paso hacia el infierno helado. La caída de hojas antecede al frío hiemal y las golondrinas agitan el viento durante su mudanza. Así nos llegan a metralleta abierta los símbolos del cataclismo amoroso; sin embargo, nada más apreciamos las claves más estúpidas por concretas. La plétora de evidencias nos encegece y el vacío asorda nuestra existencia.

Como el tornado que pulverizó su herencia inmobiliaria y que de un día para otro le descubrió su nada existencial: ese paracaídas imaginario de mujer para aterrizar la vejez temida y que con el vendavalazo desapareció; la última prueba tangible de su pasado, el amuleto propiciatorio del panteón familiar que el viento le esquilmo. Una casita en Oklahoma que no lograba, no quiso, jamás intentó rentar. Una casa volando por el aire, igual que en *Up*, esa película infantil que la pone a llorar.

Cuando sucedió lo del tornado escala Cinco, yo estaba informado de su ir y venir por México desde años atrás. La Gringa Boba, le llamaban a sus espaldas académicos y científicos. Con un par de margaritas de tequila resultaba presa fácil de cazadores furtivos al término de congresos, coloquios y seminarios. Romántica desechable al estilo comedia de Hollywood, se decía. Alguna vez la vi en la Universidad y de lejos me pareció insulsa. Pero nunca habíamos coincidido en reuniones profesionales sino hasta el congreso de matemáticas en Houston. Ambos llegamos como participantes y a mitad de la mesa, cuando aún no éramos presentados en forma, las noticias anunciaron la tragedia. Sus paisanos la rodearon con protocolaria condescendencia, propia de los académicos de Boston. Ella, boquiabierta, sensual y tensa, quedó paralizada entre el tumulto. La Gringa Boba. No sabía qué hacer y por el morbo natural de quien busca escarabeos en tierra ajena, me acerqué al grupo. La escuché murmurar incoherencias en tres idiomas. Entonces, sin pensármela mucho, el Kalimán que todos los mexicanos traemos tatuado como divisa en la espalda afloró para apantallar a la perturbada concurrencia.

—Si es tan urgente, ¿por qué no acudes a cuantificar los daños y a investigar los seguros?

Como mi intervención en el congreso se reducía a coordinar nuestra mesa, obtuve un pretexto incuestionable para entregar rápidas conclusiones (siempre se dice lo mismo en cada encuentro) y, para escapar de los texanos, de su insípida barbacoa y peor whiskey, me ofrecí para acompañarla hasta Equisville (o Zetaville o Quville, da lo mismo). ¡Un héroe de verdad!, oí con claridad el asombro de los presentes. ¡Oh, mi Dios: un Batman a la mexicana! No, muchachos, Kalimán: galante con las mujeres, tierno con los niños, ¡jimplacable con los malvados! Hasta el presidente del congreso y su mujer vinieron a tomarse una foto conmigo.

En automóvil rentado por ese Kalimán manirroto que nunca nos traiciona en el extranjero, Helen y yo fuimos directo al basurero en

que se había transformado su aldea por gracia del tornado escala Cinco. Un pueblo de cagada, pletórico de aleluyos que glorificaban la hecatombe como el milagro de la semana.

—¿Dónde habrá quedado mi antigua cama de latón?

Y en esa pregunta murieron los últimos vínculos de la Gringa Boba con eso que los gringos denominan *country*. Helen, me parece, nunca dejará de mencionar que no perdió todo frente a cualquier tornado, sino que fue uno de escala Cinco, con imágenes en los noticiarios.

La terapia psicológica en avión, por cierto, es mi otra especialidad. Cuando cesamos de discutir/ comentar/ presumirnos/ interpretaciones muy creativas de teoremas y paradojas sobre números, escuché con gesto afectado la visión catastrofista sobre presente y futuro de su existencia. Sin exagerar la idea, su patrimonio había volado. Para colmo, su contrato en la Universidad estaba por concluir y no había perspectivas de renovación. Su ruina la completaba, supe después, un argentino que la esquilmo de todo su ahorro. “Sigue el Tao”, le dije; “el Camino; da el paso que sigue y verás lo que pretendes, yo estaré contigo”. Cuando regresamos a México, por mera casualidad supe que persistía sin cubrirse una vacante que me ofrecían en la consultoría para encuestas. Para deshacerme de aquella oferta, sugerí presentarla con Izaguirre. Ella me miró con recelo pero aceptó. En honor a la verdad, como diría mi padre, más que mis cartas de recomendación, sus publicaciones sobre modelos algorítmicos impresionó a tirios y, sus nalgas, a troyanos. Contra mis cálculos en ese momento, sin embargo, aquello no provocó que coincidiéramos en alguna tarea profesional. Por esas fechas, un antiguo maestro mío, el doctor Meléndez, me invitó a su despacho de actuaría, el más prestigiado del momento, para dirigir un proyecto a escala nacional; diseño de variables y secuencias, uno de mis juguetes favoritos. Helen y yo nos separamos en lo laboral pero nos encamamos por primera vez para cumplir un compromiso por

su primer salario. Me contagió con su romanticismo culposo y nos enculamos como adolescentes con condón nuevo.

Entonces apareció el Maik con su elegancia de frac, en blanco y negro, un hermoso y sonriente sustituto de la Bianca, gata de Angora desaparecida por los tejados cuando Helen la trajo como refugiada.

El alfil en su escaque.

Y el ruido de la realidad.

En un ataque de histeria típico de cualquier charola dominiguera, la alpaca china se estrelló contra la ventana. Maik prudente y cauteloso ni se inmutó; saltó como pantera en miniatura hacia el patio y se fue a cazar mirlos.

—Tu pinche gato es insoportable.

Y siguió gritando y provocándome hasta el mediodía del domingo.

Me gusta como a nadie la innata rebeldía de Helen, pero nunca su congruencia de matemática en nuestras guerras: protesta hasta la instancia en que sólo puede elegirse blanco o negro, frío o calor, todo o nada.

—O el gato o yo.

Necesita, infiero, competir y ganar a cada instante. Un resabio profesional de la mente objetiva. Debe comprobar ante los demás/ probarse a sí misma/ demostrar frente al Cosmos/ que es genuina descendiente de Estuardos, algo que debió inventar una bisabuela loca de Salem y que su abuelo, un migrante nicaragüense de fortuna, machacó para no sentirse un estúpido maicero de Oklahoma. Una de esas fantasías que sabemos falsas pero que fundamentan la única verdad que nos sostiene.

—Tú eliges.

En el escaque negro, el alfil blanco. Maik me observaba con aparente desinterés, pero lamía sus patas y relamía bigotes con nerviosismo de tahúr.

—No te quedes callado como un patán mexicano y mírame a los ojos.

No cabía duda en su mirada. Había que sacrificar a la reina.

Y mentalmente moví.

Y esperé.

Y Helen se marchó.

Permanecí solitario en la cama hasta que cerca de la medianoche dominical escuché que retornaba. Casi en silencio. Maik el trotamundos, Maik el triunfador, Maik el perdonavidas había vuelto.

El aprendiz de tigre siberiano se detuvo al fondo del cuarto, sobre el cuadro negro del piso ajedrezado. Observó su alfil blanco con parsimonia y, sin meditarlo mucho, movió otra vez.

Meau.

Jaque.

uno

El secreto de Helen se hallaba bajo custodia en el laberinto inesperado de sus pesadillas Una tétrica caverna que la aprisionaba de tanto en tanto entre muros de fantasías geométricas :paisajes en mutación incesante :poliedros irregulares :topologías de luz :ideas sintetizadas en colores o sonidos que únicamente pueden soñarse

Abstracciones de una mente sin obstáculos que esta noche decidía entre vida y muerte como síntesis del amor que tan sólo destruye cuanto inventa

*Non, il n'est pas d'archet qui morde
sur mon cœur, parfait instrument,
et fasse plus royalment
chanter sa plus vibrante corde
que ta voix, chat mystérieux,
chat séraphique, chat étrange,
en qui tout est comme en un ange.*

CHARLES BAUDELAIRE

“NO PUEDO MORIR HOY”, recordé aquel jueves de cornetines y cohetones patrioteros en la calle de mediodía; “todavía no cobro dos quincenas”.

Abulia es el nombre secreto de nuestra tarde gris.

—Maik me odia.

¿La odias, gato?

Meau.

El huracán Helen amenazaba con tormenta tras la calma. Una proyectada intimidación desde su mirada turquesa era inconfundible: los ojos de cólera contenida tendían entonces al verde soldado. *Enojo en ojo* se le veía. *Estaba yo viendo que estaba lloviendo. Doña Sujeta sujeta su jeta*. Juegos de palabras para evadir las brusquedades de la vida cotidiana. Calistenia mental, refugio del sueño a ojo abierto. Una disyuntiva en lontananza: si llovía durante las siguientes horas, permaneceríamos encerrados en el departamento cien horas, con altas probabilidades de ensabanarnos como mecanismo de protección mutua y cruzar entonces el puente septembrino sin disputas. De no llover pronto, ella podría argumentar cualquier cosa para que saliéramos a

conocer la vida más allá de la cama. O saldríamos sin necesidad de argumentos. O saldría sola por sus infaltables pendientes.

Un problema de logística para la opción encierro bajo la lluvia: nos faltaban condones para forzar la tregua y para colmo la farmacia más cercana había bajado sus cortinas por el feriado. Helen, desde nuestro conflicto por el affaire Mona, **únicamente aceptaba fornicaciones con condón**; insistir sobre pretensiones de caricia o besos a puro pelo entrañaba el severo riesgo de que resurgiera el asunto de La Maorí, como la rebautizó de modo vengativo. (Que Helen sea matemática eficiente no le impide sus formas de racismo). Si no llovía pronto, se multiplicaba el riesgo de recalar en la noche mexicana con los manipuladores de encuestas; donde (seguro) toparíamos con Su Ex; donde yo (inseguro) me emborracharía a profundidad para desoír sandeces sobre tendencias electorales; donde ella (seguro) cobraría una atávica venganza contra mis pecadillos recientes con Su Ex y donde yo buscaría (inseguro) revancha por sus coqueteos a través de cualquier muchachita invitada a la noche mexicana. (Aún mantengo cierto encanto entre las niñas). Y, segurísimo, después de ligar cada quien por su lado, nos boicotearíamos mutuamente para no dejar que el ligue fruteciera y regresaríamos entonces a dar el grito entre nosotros el resto del puente.

—El Maik no odia; ocurre nada más que tú extrañas a la Bianca— respondí al instante sin descuidar los distintos tableros que se habían desplegado.

Si yo renunciaba en ese momento al despacho, Carlos se quedaría con mi puesto y destruiría uno tras otro mis proyectos en marcha. Mi permanencia, en cambio, implicaría soportar los conflictos internos del despacho, el grillerío ya desatado contra mí durante las últimas semanas; significaría reconocer ante el doctor Meléndez que mi diseño de fractales elaborado para la bolsa de valores había sido erróneo de origen y Amanda Nalgorda, culo coquetuelo, que había filtrado información clave a una corredora de bonos, quedaría

impune y con dinero suficiente para otra lipoescultura. Renunciar quedaría como una salida de emergencia nada más. Pero si yo aceptaba (“ahora o nunca, camarada”) la propuesta del viejo Modigliani ganaría muchísimo más, a costa de arriesgar mi prestigio en maniobras con financiamiento de Naciones Unidas; Amanda presumiría de un talento que nada más posee en las nalgas (gran talento) y Carlos ocuparía mi puesto. Mi orgullo naufragaría drenaje abajo.

Frente a mí, el gato de frac esperaba con paciencia. Como un manager gordo y alcoholizado que instruye al boxeador novato desde su esquina, daba golpecillos a su torre blanca: creí adivinar en esa maniobra que el Maik ordenaba al vigilante de la torre lanzarme un jab a la esquina izquierda del piso ajedrezado para echarme contra las cuerdas, acorralarme con su ejército y pulverizarme allí pieza por pieza. Los sitios de Numancia, Masada y Puebla a un tiempo. Sin embargo, quizá el marrullero nada más marcaba una finta de escaque a escaque para abrir mi guardia y entonces el obeso manager me largaría un cruzado junto a mi reina.

—¿Por qué insistes en mencionar a Bianca?

Bianca, por favor, regresa a casa. Tu madre te extraña y no soporta al pobre huerfanito que recogimos de la calle; nos salió psicópata perverso y el muy sádico la obliga a sacar su paranoia a flote.

Para mis adentros, drenaje profundo, aguas negras del destino (“¿dónde perdí mi Castillo de la Belleza?”), insistía en que deberíamos comprar ese terreno en Ecatzingo. Era una ganga desde cualquier punto de vista. Pero urgía tomar una decisión antes que otro aprovechara aquella oferta, una flor de la salvaje especulación inmobiliaria del país: en política nacional, los ejidatarios ya no estaban de moda y todo lo suyo se hallaba dispuesto en sala de remate. Cada día más campesinos se marchaban a la recolección de elote en Oklahoma. Sin embargo, Helen no dejaría que nos siguiéramos retrasando con el seguro de la camioneta. Como si la usáramos todos los días, era mi argumento. El riesgo probabilístico de robo/

accidente/ incendio/ daños a terceros/es igual cuando se utiliza, oponía ella la inflexible perspectiva de su plan de vida. Historia de un amor: siempre tablas insatisfactorias al concluir cada litigio.

Maik, sin embargo, no relanzó su torre blanca para apoyar el ataque final. Con lentitud de rey León, fue detrás de su caballo para indicarle cómo moverse dos turnos después. Su mirada de tahúr (que entrenaba a sus piezas de ajedrez con actitud de manager de box) logró desconcertarme.

Encrucijadas en los tableros.

Torre o caballo.

Noche mexicana con o sin Ex; o lluvia, con o sin condón.

Suicidio espectacular o disfrazado.

Calma o tormenta bajo el puente septembrino.

Bianca o Maik.

Amor u odio.

Me gustan las partidas múltiples.

Y dormir los domingos hasta el atardecer.

—Hagamos algo; pero sin discutir, por favor. Lo que propongas, Helen, me parecerá estupendo para pasar una noche en paz contigo.

El rey de las variables matemáticas en acción; sonreí.

—Vayamos a la fiesta de mis compañeros en la oficina— declaró tras un silencio prolongado. De verdad, su tono de voz decía, ella deseaba asistir donde los encuestadores; no eran ganas de joderme.

Sin embargo, en ese momento, yo no esperaba ese ataque de ella, al más típico estilo Capablanca. Pero igual sonreí.

“Una vez que conoces todas las posibilidades de un tema tienes probabilidades de control en ese Universo”, reverberaron en mí ecos de una lejana conversación. Ahora me quedaba claro: si en la fiestecita de encuestólogos topábamos con Su Ex, yo no estaba obligado a una borrachera con el tequila de mierda que los encuestadores destilan. Por tanto, ella no requeriría provocarme con Su Ex y yo no necesitaría detectar muchachitas ruidosas en busca de su

padre (el éxito de mi pegue). Helen y yo terminaríamos la fiesta en paz. Y regresaríamos felices al departamento a dar el grito patrio entre nosotros. El resto del puente. Tres días.

Maik aún no decidía entre torre y caballo.

“Seguimos mañana”, le prometí.

De inmediato, Helen destapó dos latas de salmón falso. Sus diplomáticos modos de amar al enemigo.

El buen humor la muestra plena, abrillanta su pálida tez, la embellece, la hace resplandecer. Se ve cachonda.

Lástima que no teníamos condones al momento.

“Una vez que conoces todas las posibilidades tienes probabilidades de controlar tu universo”, repetí la frase de cierto meteorólogo de origen que nos impartió un aburrido curso sobre variables de utilidad fiscal en el despacho; “pero, jamás olviden, aprendices de brujo (“yes, Sir; sí, General”): una variante no contemplada altera cualquier ecuación”. (“Yes, Sir; sí, General”).

Sabiduría axiomática de aquel granicero digital. Ejercicio de probabilidades aplicadas a la vida cotidiana: durante aquella noche mexicana con los encuestadores no topamos con Su Ex.

Pero sí con la mía. Mi Ex: una variante no contemplada.

Como yo había previsto, no me emborraché: Pero, contra mi cálculo diferencial, Helen, sí.

Y la Gringa Boba terminaría dando el Aullido de Independencia en la oficina de su jefe. Con su jefe.

Peor todavía: de vuelta al departamento, no pude reclamar sus cuernos con la debida formalidad porque estrellé la camioneta *Hegemony* contra un taxi que se pasó la señal en rojo. Nada grave: el carrito de alquiler ya venía agonizante y un golpe más no le afectaba; la camioneta, en cambio, quedó con heridas que tardan más de un mes en sanar y dejan huella. El taxista, viejo lobo de ciudad, propuso, como no deseando la situación, que podríamos esperar a la patrulla para llegar a un acuerdo. “Pero a ver cómo le va a usted;

yo no traigo aliento alcohólico”, murmuró sibilino/ mordaz/ ojete. Al escuchar esas palabras de provocación, Helen (sí: norteamericana, de un pueblito de Oklahoma atestado de aleluyos que agradecen a Dios el milagro de los cataclismos) enloqueció al imaginarse entonces la intervención de mil judiciales corruptos, mil neuróticos profesionales que nos extorsionarían para no llevarnos a la cárcel, mil esquizofrénicos de la Ley que quizá nos torturarían en mazmorras llenas de ratas y ratoncitos y cucarachas y chinches, que los malos terminarían por violarla antes de lograr su deportación hacia un país donde ya no tenía casa. En su paroxismo, me insultó en tres idiomas y se colocó en la bronca al lado del taxista.

Y, para colmo, el seguro de la camioneta ya no era vigente.

*Señoras y señores: no hay salvación.
En nosotros se está perdiendo la partida.
El Diablo juega ahora con las piezas blancas.*

JUAN JOSÉ ARREOLA

VOLVAMOS AL PUNTO: eso fue ayer.

Helen, furiosa y ebria, en el mismo taxi que nos había chocado la cabalgadura, se marchó a casa de Amanda Nalgorda entre maldiciones a los machos mexicanos y sus pinches gatos de cagada. El Maik, durante mi ausencia, tiró caballo en lugar de torre. Dos mensajes en la contestadora: el número trescientos diecisiete; nunca los borramos. El trescientos dieciséis, con un saludo casual de Su Ex, el que no fue a la fiesta mexicana, durante la madrugada. El otro, de mi despacho, el jefe en persona para recordarme que este viernes no se trabaja por puente del feriado. “Pero nos vemos el lunes muy temprano”. Muy: forma estúpida de presión. Pero no voy a renunciar: que el doctor Meléndez me despida. No imagino su cara cuando me pida la abdicación al trono pues sabe que tengo razón y él tan sólo defiende su poder, la imagen del poder, quién tiene la autoridad, quien sabe más, las delicias de una jefatura que nadie cuestiona.

Junto al caballo del Maik, una curiosa pelota de papel color crema. El cesto de Helen una vez más, por el piso. El amante de la Gringa Boba, yo, naufrago en la cama King Size, colchón posturopédico, sábanas azul imperial, ochocientos hilos.

Dime la verdad, gato: ¿la odias?

La fama lésbica de Amanda, que le dio hospedaje de emergencia a mi gringuita. Realidad y fantasía: amor y ajedrez. Mi incapacidad

para impedir el adiós. Una promesa rota: saludé con abrazo y beso a Mi Ex, delante de Helen y su mirada de celos que nada más yo percibo. Abrazo y beso frío, por cierto; carambola de dos bandas de Mi Ex: hacerme sentir su rechazo y disfrutar la incomodidad causada en la extranjera. Reina negra contra ti; reina blanca en tu contra. Hoy no bebes, *darling*; eres conductor designado. Atención, atención, damas y caballeros: que se note quién manda. Tres, cuatro bromas de amigos y enemigos. Mandilón,/ qué rico mandilón;/ cha cha cha,/ qué rico cha cha cha. Dos quincenas que no he cobrado. Mi adeudo con Meléndez. El seguro vencido de la Hegemony. La reparación de la camioneta. El taxi que se pasó el rojo. La sonrisa sarcástica del taxista cuando Helen subió a su auto. Mi Ex coqueteando con Carlos frente al mundo; evocación del tango público que alguna vez les armé en público. La fama de Carlos: su closet. Mi Ex despidiéndose de la fiesta como prima donna y con un dato amistoso a mi oído. “Si buscas a tu gringuita, de seguro la encontrarás en el despacho de Izaguirre”. El morbo festivo entre los espectadores. Una ex que se ha puesto más buena. Los primeros gritos orgásmicos de Helen. El velorio de miradas en torno mío. La sonrisa cosmopolita que me afama. Más gritos de Helen. El Maik y su pelotita de papel color crema: el colmo del asunto sería que ahora cambiara el ajedrez por el fútbol. Don Julián, el velador que se coló a la parranda con los jefes, con su mejor cara de pésame socarrón. La angustiada mueca de Izaguirre, su jefe, al emerger de su torre de cristal peinándose las canas: “yo no quería, lo sabes; pero ella”. Esperar como si nada la salida de Helen de la torre de cristal. “¿Traes automóvil? ¿Te llevo a tu depa? ¿Ya quieres irte?” Preguntas de amigos y enemigos comunes que implican sinceridad fingida y fingimiento sincero. Todos atestiguaron; nadie recordará. Luego de un buen rato, entrar por Helen al despacho de Izaguirre, que ya hizo mutis de la escena trágica. El chisme del mes. Imaginar que la mancornadora estará llorosa y arrepentida; pero no. Oír sus ronquidos de borracha desde

la alfombra. “Machetazo a caballo de espadas, compadre”, el étlico ingenio de Fedro que no olvida cuando su mujer y yo...

Mona.

Si Helen no vuelve a casa pronto, debo hallar a Mona para besarla a gusto. Maik y su pelotita crema rodando por el piso, a punto de gol. Una antigua fantasía con Helen: proponerle a Izaguirre y su mujer un intercambio de parejas. Lo hablamos, mitad broma, mitad serios, durante la encerrona de cuatro días en el Palacio de Cortés, pericazo de por medio y vodka generoso. “¿Crees que la noruega aceptaría?” Culpa entonces del Padre Kino: siempre lo vomité. “No es noruega; es finlandesa”. El vino tinto con mariguana resulta un emético tiránico. “¿Fornicarías con ella como conmigo?” Alucina bajo la mota. “Hagamos el amor e imaginaré que es ella para saber si me gustaría”. Ebria o sobria, jamás entiende sarcasmos. “Oh, yes”. Culpa del Padre Kino: disfunción eréctil al fondo de la garrafa. “Yo imaginaré que estoy con Izaguirre”. Eso ya no me gustó. “Pero soy un jefe muy malo: por más que cojas bonito no te aumentaré el salario”. La pelotita de Maik. Su complejo de perro de aguas. Querrá que se la lance lejos una y otra vez. Gato loco. Helen vendrá en mi ausencia para llevarse sus cosas. ¿A dónde? Seguro que con Amanda Nalgorda. La muy sáfica ha coleccionado amantes dándoles asilo nocturno. Desde esta distancia, la pelotita de Maik parece tener letras impresas. La otra posibilidad es que ella venga a solicitar perdón. Pero no lo creo; orgullosa que es. “Machos mexicanos del orto”, dirá por adiós. Resabios lingüísticos de su relación con el argentino.

Me levanto como puedo de la King Size; no sé porqué. Al paso recojo la pelotita color crema del piso; ¿cuándo escogerá Helen el color de alfombra? En la cocina, el rito del café: agua tres milímetros encima del tope marcado, media cucharada más en la dosis de grano molido, definir el tiempo de preparación en la cafetera por números primos: setenta y nueve, ochenta y tres, según el ánimo. Dudar entre la taza de Hamburgo para recordar a una niña belga o

la taza del Hospicio Cabañas para celebrar las fiestas patrias. Mejor la de Toronto, que me dio la coreanita para compensar su anorgasmia, para disfrutar esta depresión. Regresar con lentitud. Me echo a la cama de sábanas frías como presidiario en su plancha de cemento. Despliego el papel: podría ser un mensaje urgente de Maik, un ultimátum ajedrecístico.

Una mala impresión, con el tóner ya desleído. Un poema al parecer. Un título: “Ritual de Lluvia”.

Unos versos: “Llanto inmóvil: naufragio de retratos./ El paisaje: un pastizal cenizo./ Sin embargo, la lluvia/ no acaba de bajar”.

¡Putra madre: los versitos de su alumno y ella negándolo! “En las esquirlas de un espejo roto/ se multiplica la imagen de cuanto fuimos:/ resuena la palabra prohibida,/ reverberan aromas de una espiga/ frente a mis ojos insinuada,/ se eriza la nuca por un beso/ mientras a ciegas lamo memorias y olvidos”.

El Maik se apersona sobre las sábanas de ochocientos hilos azul imperial y se amolda a mis pies con cinismo. Escúchame, gato: cinismo se refiere a perros, según la etimología. Sus ojos de oro relumbran de placer estético.

Percibo cómo la adrenalina de los celos me aterra, trastorna mi ser esquizo, jugador de tableros múltiples. Siento entonces cómo un Don Masoquista, perito en celos, escapa de mí, se acuesta conmigo sufriente y feliz, para continuar leyendo sobre mi hombro: “Allí están,/ en fotografías,/ cuerpos que se entrecruzan...”

Adrenalina, terror, esquizofrenia del amor. Un Otro Yo, tipo detectivesco, lupa en mano, se acuesta a mi izquierda y descubre con gesto apodíctico las pruebas del delito: “o sea, existen fotografías del poetastro aquel con ella”, dice para provocarme. Pinche Helen; quedamos que todo vale menos ocultar la traición. Una cogida no daña; lo que mata es el silencio hipócrita.

El Maik se relame los bigotes. Creo que gusta de la poesía. Le fascina. Aunque sea de mal gusto.

Para no perderme, releo: “Allí están,/ en fotografías,/ cuerpos que se entrecruzan/ jadeantes, sin caricia:/ trueque de lágrimas; como Los Otros/ ofrendan guiños, pláticas del día,/ complicidad en sus relojes”.

—Sí, claro: por eso ella lo llevaba a medianoche a su casa— opina el Detective mi Otro Yo que todos llevamos dentro.

—Sigue leyendo; sigue— ordena mi Otro Yo masoquista, perito en celos.

El Maik ronronea.

“Tacto insensible a los detalles:/ café puntual,/ generoso vino,/ obediencia muda,/ suspiros en secreto...” Claro: así es la inmadura Helen; le importa madre lo que tú hagas por ella; únicamente se preocupa por lo que tú no haces. “El espejo, preciso,/ digo, persiste en su caída./ En sus fragmentos,/ pesadillas entre dos inconfesables:/ confusión de nombres y ciudades,/ pensar alto, decir bajo;/ tener frío, rechazar abrazos;/ morir en orgasmos perdidizos...”

—Seguro también gritó al orgasmearse con el poeta igual que con Izaguirre— especula el Licenciado Detective a mi lado.

“Para sonreír, ahora/ quiebro en mis labios copas,/ muerdo navajas y cuchillos,/ lengüeteo los fillos de mi llanto.../ Aspiro el copal que ardía en nuestras manos/ por el radiante dios de los rencores,/ demonio de imposible adiós,/ súcubo furioso que nunca aprendió a llorar”.

No entiendo.

—No te hagas buey, mi rey— me aconseja el Masoquista—: son metáforas de la carnalidad. Sigue, sigue.

“Entre sueños, hundo/ mi mano en el pecho del gato,/ para arrebatarle su corazón/ y reiniciar el rito”. ¿Y esto? Seguro se lo traje aquí a coger en el jardín, bajo la regadera, en la cocina, en su despacho. El Maik debió intentar mi defensa como buen hijo en ausencia del pater familia; le arañó los testículos al intruso, no: las nalgas, y el muchachito adúltero querría vengarse entonces del felino

arrancándole su corazoncito de felpa. Además de infiel, asesino el desgraciado. Así debió ser.

Meau...

Pinche gato: hasta ahora me lo dices.

—Sigue, sigue— presionan a dúo mis otros Yo, Don Masoquista y Licenciado Detective.

“Pero en las astillas del cristal,/ congeladas como esta tarde,/ ya desde entonces/ hallo su pan de ausencia,/ el queso cotidiano,/ ceniza de hogueras antiguas, cavernosas,/ siluetas del que Yo no era,/ sombras que no te perseguían”.

—Mmm— reflexiona/ deduce/ especula el Licenciado Detective—: ¿pan de ausencia, queso cotidiano? La conoce bastante bien el ojete.

—Sigue, sigue.

“¿Quién era la muchacha/ que agonizaba bajo la ducha?/ No lo sé. No lo sabías...”

—También a él le contó aquel sueño recurrente con su tíadigo más allá de mis dientes, sin importarme que los dos egos míos escuchen mi rabia de cornudo a granel. Gringuita mosca muerta.

—Sigue, sigue.

“La pesadilla insistente es una broma/ que tornamos cierta cuando no reímos”. Por eso no me gusta la poesía: me dan ganas de llorar; por eso odio a los poetas: me bajan a la mujer.

—Sigue, sigue.

“¿Dónde estás?/ ¿Dónde estoy?/ No lo sé:/ pregunta a los espejos de la lluvia./ Amanezco tranquilo,/ ¿sabes?/,/ cuando confieso adiós”.

Meau.

Un gato el único espectador de nuestro vuelo.

LIZBETH PADILLA

—TE INVITO UN TICKET DE AVIÓN a Cancún el próximo feriado de noviembre, la revolución de Pancho Villa, para probar que no hay... *Spitefulness*... ¿Cómo dicen ustedes...? ¿No hay pedos?

Manipula a su antojo, estresa a conveniencia como un torturador aburrido al final del secuestro: desde el lunes Maik no juega ajedrez en señal de protesta. Araña las paredes de mi secreter para que yo le devuelva su pelotita de papel color crema para jugar fútbol con las pruebas del adulterio. Pinche poema. Los Ochentaiocho Locos son imbéciles por vocación: Uma Thurman los mata como a cucarachas. Tarantino es la cumbre del sadismo superficial.

—Encono, molestia, *darling*.

Ella me puso los cuernos delante de una multitud. Orgasmo estereofónico. Pero, claro, no está molesta. No hay *spitefulness*. No hay pedos. Sus deficiencias idiomáticas son un monumento a la Babel del castellano: sus primeras palabras con un padre nicaragüense que nunca leyó a Darío, incapaz de comunicarse de verdad y con odio vergonzante a la lengua materna; en la escuela, profesores baturros del idioma que apoyaban su didáctica en cintas y discos de origen colombiano. Para colmo, un maestro argentino en la cama. Tampoco hoy zumban los mosquitos: secuelas de la alteración climática, como la falta de chahuixtle en los maizales. No *spitefulness*. Es gringa y Oklahoma quedó atrás; por eso actúa como mexicana. Amanda es lesbiana. Helen considera el chisme como inherente al

mundo académico. “Carlos es gay y le tiró mala onda al doctor; por eso lo botaron de la Universidad”. Confunde científico y académico, académico y político; ignora qué diferencia chilauques de enchiladas. “Por eso, *darling*, les elevaron el sueldo: para que nadie recuerde aquello que el doctor Meléndez dijo en casa del rector la Navidad pasada”. Trivializar vidas propias y ajenas —en imitación de su entorno— le parece humor intelectual. “Para un matemático otro matemático es un número más en su Universo, dato de estadística; cuando mucho, una posibilidad de competencia profesional”. Así se lo aclaré pero jamás entendió. El condón es una forma de transformar sus terrores en venganza. Duda por método de mis palabras y a cambio se cree cuanto dicen los otros en reuniones. Izaguirre, coleccionista de estilográficas, es impotente. El taxista también. Ya chismeaba en español. A la tierra que fueres... La mariguana me hace pensar demasiado en la cama. Helen no es ninfómana y carece de celos en verdad; cuando se pone celosa es por imitación de otras mujeres. Mi Ex es una puta. Mi hija también. Versión de Amanda Nalgorda, traducida al inglés, traducida por Helen en mi cama. El dolor es banal para la inteligencia; nada delimita intimidad y vida pública. Antes, ella argumentaba con el dramatismo de televisión gringa pero, luego de mis comentarios a noticieros y realitis autóctonos, argumenta con cinismo de televisión mexicana. La noche del grito en la encuestadora no pasó nada entre ella y su jefe; entró a su despacho sólo por agujonearme. Eso dice. Delante de todos. Con gritos orgásmicos de los que nada dice. Los Ochentaiocho Locos siguen muriendo como cerdos en matadero. Tarantino odia a los japoneses. Mona la Maorí es frígida y Fedro es onanista: le gusta prestar la mujer a sus alumnos para observar y masturbarse. En Semana Santa los atrapó la policía en un hotel de Puerto Vallarta con una niña. Catorce, quince años. Trascendió en periódicos de allá. Fedro es compadre del gobernador de Jalisco y por eso escapó de la cárcel. Pero el escándalo fue público y siniestro. Ella tampoco

diferencia político de público. Privado y personal. No es problema idiomático, sino conceptual. Helen me ama. No miente. Volvió arrepentida; hará lo que yo diga. Eso dice. La verdad: no obedece, nunca escucha, jamás responde. Pero no habla del seguro de la camioneta; lo está reservando para mejores ocasiones. Hasta prefirió coger sin condón. Exigió coger sin condón. Exigió fornicar sin condón. Me obligó. Otra vez tengo razón: ella desea un hijo aunque diga lo contrario. Luego se lo comentaré con actitud comprensiva, para que no vuelva a preguntar si la quiero, la amo, la deseo, si me gusta. O todo eso. O nada de eso. O combinación de factores.

—Cancún, no. Mejor vamos a la Luna.

La mariguana nunca ha sido su fuerte. Yo me encierro en meditación profunda; observo mejor. Como en este momento. La mota mejora al ser humano; por eso los políticos y sacerdotes la detestan en público. Maik tiene el cuello hacia adelante, señal de ataque. Desde la almohada, nos mira desnudos charlar amigablemente mientras fornicamos. Ahora dispone el cuerpo hacia atrás, 135 grados más o menos. Algo alucina en sus ojos pues se coloca a la defensiva. Escupe valentón y desafiante. Enarca el lomo y dispone las patas para un lanzamiento contra algo que alucina. Pero no lo puedes enfrentar pues los fantasmas no pueden morir. Y nada puedo aconsejarle a mi muchacho. No obedece, nunca escucha, jamás responde.

—De ahí nos vamos a Júpiter.

*De los ochentaiocho locos que tenía,
de los ochentaiocho locos que tenía
ya nomás me quedan treinta, treinta, treinta.*

Uma Thurman debe copular como Helen, puedo jurarlo: son idénticas, miran igual, tuercen los labios del mismo modo. Se movilizan de la misma manera. Maik debe coger como ellas, imagino de repente, pero continúo comparándolas. Como mellizas del alma.

Caminan lento, laxas como panteras en brama, corren con elegancia deportiva, con las orejas hacia delante, como un juego de su radar predador. Giran de tanto en tanto la cabeza, siempre alertas; con sus garras retráctiles, examinan con cautela el suelo al recorrer su territorio, recelosas y altivas, un paso tras otro, confiadas en su poderío animal. Qué pendeja forma de morir en ese japonés. Todo es falso en el análisis científico: los animales ignoran su locura, no pueden alucinar pues carecen del referente de normalidad mental. Pero este gato no es animal. Se llama Maik. Y juega ajedrez como un Gran Maestro. Y Helen ha encendido varios churros de mota que luego olvida en los ceniceros: como a ella no le toca joderse con la aspiradora.

*De los ochentaiocho locos que tenía
ya nomás me quedan veinte, veinte, veinte.*

—Me gusta tu pene.

—Hasta te escribió un poema.

—Qué rico.

Hasta Maik percibe artificio en nuestras palabras de coito vespertino: congela su movimiento como una estatua egipcia, igual que si hubiera escuchado una rata correr u olisqueado la cercanía del Rottweiler vecino. Sesenta locos muertos; pero nada más se ven trece cadáveres y ocho supervivientes mutilados en la escena. Uma Thurman no mueve las caderas mientras mata japoneses cada dos segundos; debe ser su doble quien asesina matones amarillos. Bigotes y cejas funcionan como sensores de alta precisión: respingan al captar olores. Mantiene la actitud nerviosa del paranoico, esa curiosidad que algún día lo matará. Es cazador innato y por gusto; corre de puntillas hasta donde se encuentra la presa. Helen, por cierto, no es así. Uma Thurman tampoco: una vez que mata no juega con los cadáveres de Los Ochentaiocho Locos. Maik lo hace porque no

le gusta la comida caliente. Termina de enfriar los cuerpos antes de zampárselos. Es un gato. Cuando se percibe contento dispone su cola en ángulo recto con un ganchito como remate que me deja una interrogante en la mirada. Bruce Lee era mejor bailarín en las coreografías asesinas y golpeaba con mayor convencimiento a los malos que debían morir. Pero, seguro, no cogía como la Thurman.

—Leí el poema que te escribió tu alumnito.

Frasas que nunca debieron pronunciarse pues la sinceridad corroe con acidez la ilusoria piel del amor. “Coges mejor que Mi Ex”. Palabras que te perseguirán el resto de la relación en pareja pues, en tales momentos, los perdones, cuando se conceden, son tácticos, no estratégicos. “Él cocinaba riquísimo”. Expresiones sobre el pasado que se instalan como hiedras venenosas en el presente infecundo. “¿Y que más hacía riquísimo?” El test sonriente de los celos envidia los juegos de que fuimos excluidos. “Lo quisiste demasiado”. El deporte de competir contra fantasmas y sonreír confiesa una derrota por *no contest*. Celadas de la Modernidad, cosmopolitismo que presume situarse por encima de las circunstancias adversas. “¿Cuántas amantes has tenido en tu vida?” Setentaitrés locos muertos. El interrogatorio entre amantes debiera prohibirse por ley. Como Maik que tira zarpazos al aire, contra un enemigo invisible. Respuestas que nunca debieron darse. “El argentino era un boludo pero no le guardo rencor”. Debiéramos aprender del lenguaje ambiguo de los gatos.

El maullido de Maik es un Stradivarius. Y juega ajedrez. Y araña la espalda de Helen en el momento preciso.

—*Puppy, puppy; more, more... Yeah...*

El orgasmo de Helen es un violonchelo *in crescendo*; desafinado, pero *in crescendo*. La tengo. Campanas lejanas. Maik en su alucine. *More, more...* Una Thurman mata, mata. Galopa sobre las sábanas en absoluta dependencia de mí. Está sometida como la gata que acorrala el macho. ¡Lo sabía: ochentainueve locos muertos!

Más, más... Traduce para que yo no frene. La tengo y no puede escapar. Su violonchelo oscila entre quejido y ronroneo, *fortissimo*. Excitante. *Yeah...* Arañazos en mi pierna. No es Maik. Pero el poema... *Yeah, yeah...* Su placer me excita; el recuerdo del poema se pierde.

—*Yeah, yeah...*

—Ahora, dime, cabrona, ¿quién tiene el poder?

—*Yeah, yeah...*

Helen aúlla y trata de zafarse. Más la castigo. La castigo más. Más. Y más. El gato quiere escapar.

La realidad no existe.

En alarido común, los tres nos vamos.

*Pueden imaginárselo —si alguno de ustedes ha
tenido un gato—.*

T. CORAGHESSAN BOYLE

LA GUERRA reanudó con un plato contra el piso.

—Otra vez tu pinche gato.

La ventana abierta. Su luminosidad me emociona cuando escampa en azul. Un cuadro de Magritte sin mí frente al paisaje urbano, de espaldas a mí, espectador de ciudades. Cierro los ojos otra vez. Dos vientos se entrecruzan por la habitación, intercambian aires del otoño: calidez de octubre por un verano remiso y la ternura hiemal de noviembre.

Once, doce del domingo. Puede ser...

Me lastima una erección tremenda pero mecánica por la entrepierna; simple presión de orines y gases sobre el prostatismo incipiente. Ecos de una fantasía onírica con uno de aquellos alebrijes sensuales que huyen al despertar. Deseo automático de una puñeta matinal. Música folk desde la sala. A todo volumen: la nostalgia de Oklahoma de nuevo en casa. Para Helen la masturbación es pecado grave; la fábula de Onán como desperdicio de los dones divinos. Un tic tac remoto. El tic tac arrulla. La puñeta puede esperar. No satisfacerse de vez en cuando afecta el orgasmo femenino pero ella no lo acepta y me deja toda la responsabilidad de su placer. Aroma cercano de crema de maní, pan con mantequilla y jugo de naranja. Comer en cama revela depresión, abandonar el cuerpo como trapo sucio, descuidar las normas elementales. Helen no está aquí, en la cama; pero retornó ayer. Fellatio no pedida, inculpación manifiesta.

Sin muchas palabras, cogimos como en los viejos tiempos. Con muchos besos. Tres veces. Cuatro, si contamos la última, con apoyo de Uma Thurman que mataba japoneses locos en la televisión. Sin condón, contra sus cánones de seguridad e higiene. Nada existe como el coito de la reconciliación tras un pleito. Ahora entiendo por qué los amancebados disputan tanto: para reconciliarse entre besos que perdonan mientras son perdonados. Delicioso. Una quemadura de sábana en la rodilla derecha. Un chupete sobre mi tetilla. Un testículo adolorido. Ardor en el glande. Músculos de madera en la espalda. Pequeños dolores, vestigios del combate cuerpo a cuerpo. Una fotografía nocturna: su rostro contra el colchón, nalgas al aire. Su voz enronquecida pidiendo más. Delicioso.

Otoño en la cama.

Remiro la ventana abierta sin mí. Cierro los ojos. Un libro abierto que nadie lee. Un Magritte sin mi sombrero de hongo. Reverberaciones de la dulce mariguana. Riquísimo. Todo está bien.

Maik, ladronzuelo perseguido por mil patrullas municipales, viene a refugiarse bajo la cama. Papi, papi: sálvame de los villanos alienígenas. Detrás viene ella, casual, desnuda y cachonda. Recoge el camisón del piso, nalgatorio al aire, se cubre a medias y se tira a mi lado con una ligera expresión de berrinche. Finjo despertar. Desperzarme con la sencillez de un emperador frente a la cortesana de turno. Tomo aire con tranquilidad. Sospecho que mi actuación de matiné no funciona. *Enojo en ojo*. Los cuervos de la guerra predicen una sarracina sangrienta; esperan por el cadáver de sus tutores para sacarle los ojos. Chomp, chomp, los escucho jamar. Craac, craac, graznan. Los cuervos de la guerra en medio de la cama real.

—¿Hiciste desayuno?

Cuando el silencio habla retiemblan los atabales.

—Tu gato lo tiró al piso.

Primera táctica para eludir un conflicto bélico: contraatacar en la parte más débil del cuerpo enemigo (Clausewitz *dixit*) en la

búsqueda de su aniquilación total. Sin miramientos. Para conseguir el objetivo es fundamental la inmovilización de los recursos naturales del antagonista: lanzar una caricia inesperada sobre mano, muslo, costillar o caderas, con la fineza de un adolescente inexperto; nuca, espaldas u orejas si es hipersensible; el pubis o los senos, jamás: implica ofrecimientos de complacencia mayor y, por otro lado, la erección mecánica ha desaparecido al vaciar la vejiga. Manual/ compendio/ prontuario para la guerra: si se detectara rechazo abierto o implícito por parte de los ejércitos de hostil resistencia, imponer con firmeza la superioridad de nuestra guerra defensiva.

—No pelees, güerita: dame un besito.

Huele a cerveza del amanecer: otro signo pésimo; cuando no le importa engordar imita actitudes machistas, se halla dispuesta a invadir los terrenos del enemigo. ¿Qué conviene más, según el vademécum para emergencias bélicas: acciones a la ofensiva o a la defensiva? Como en el ajedrez, cálculo anticipado de siete jugadas al menos. Sopesar los movimientos propios y del enemigo: ¿quién tiene la ventaja? De tanto en tanto, olvidar cuál es la táctica y replantear la situación estratégica. Un coito, por bueno que sea, no siempre determina el final de la tregua.

—Debieras salir ahora a ver cómo nos dejó el estudio tu gato.

Tu gato, dijo. No *pinche* gato: ahora no privilegió el insulto, la agresión repentina, catarsis de su irritación; desde la cocina ha reflexionado sus próximos movimientos. *Tu* gato, dijo; nada más. Separación de bienes y de males: indicios de un alejamiento entre dos que, en la urgencia de compañía, nos negamos a reconocer: la aniquilación total ya es el objetivo. De ambos. Maik no causa el pleito entre nosotros. Encarna el cronómetro entre ajedrecistas, su cola como metrónomo. Es hora de elegir las armas adecuadas para este juego sangriento. Helen delira con el billar; es carambolista extraordinaria, por cierto; yo, no: nada más apuesto en el ajedrez. Ahora ha seleccionado misiles para la ocasión; yo responderé con

bombas molotov, chinampas de la buena suerte. Que el buen dios se apiade de los guerreros.

Segunda táctica para eludir un conflicto militar de cien días: establecer desde un principio la diplomacia como un instrumento más de combate. Pero sin olvidar lo estratégico: insistir en la inmovilización de sus recursos naturales desde otra perspectiva. Imponer paso a paso la superioridad de nuestro objetivo, fortalecer el discurso, recordar el pasado común y la magnitud de nuestra propuesta, la lógica de liberación nacional aplicada al amor, con palabras suaves pero grandilocuentes, con ingenio enfático pero sutil en el planteamiento.

—Estuvo riquísimo; estás buenísima. Quedé exhausto.

Clausewitz: el manual infalible de la guerra.

—¿Qué? ¿Nunca te cansas?

Propaganda es guerra. Ya nada entre nosotros puede argumentarse como fruto de la inocencia. Ella prefiere a Sun Tzu al anochecer; yo, a Clausewitz, desde que amanece. Ella cree en Dios; yo sé que existe el Diablo. Ella carece de pruebas del Ser Supremo; yo leo, escucho, veo noticias sobre la expansión del Cosmos. Ella investiga entre libros para resolver incertidumbres; yo confirmo hipótesis y teorías. Ella busca; yo encuentro. Ella muerde mi sexo para rebelarse; yo lamo sus agridulces intimidades. Añora a los Bee Gees; yo, en fechas recientes, a Sex Pistols. Helen es táctica; yo, estrategia. Ella llora como último argumento; yo canto y me entrego al ajedrez. Lee con método durante el día; yo, con el hábito nocturno de los conspiradores. Ella es técnica en la lucha libre; yo un rudo sin pudores. Estilista de tres rounds; yo, fajador de quince asaltos. Yo jamás perdono a quien atenta contra mi espacio vital; ella ofrece la otra mejilla. Olvida para ceder; yo memorizo en silencio. Pacta con sinceridad; yo apalabro con letra chiquita cada contrato y promesa. Toda tregua en ella significa principio de armisticio y esperanza; para mí, en cambio, oportunidad de fortalecerse para cuando reanuden las hostilidades. Romántica que sueña finales felices oscila entre polos: se enoja por todo y se contenta por nada; rompe y concilia; se va y

regresa. Como ahora. Retorna sin pedos; *no spitefulness*. En cambio, yo no me voy porque el departamento es mío. Ella habla de ruptura en situación extrema; yo sólo imagino posibilidades. Colorín, colorado, dice mientras rompe la vajilla; yo respondo: había una vez en un lugar remoto. Nunca han funcionado sus chantajes: amenazas, lágrimas, mentadas, pucheritos, groserías. Que se lleve la camioneta Hegemony si quiere. Ahora mismo. Que se lleve el televisor de alta definición, la pantalla de plasma, el centro de lavado, la computadora común, los aparatos de ejercicio, el abrelatas eléctrico. Las lámparas que compramos juntos. Lo que quiera llevarse no me importa. Pero la casa se queda aquí. Y me vale madre lo demás. Pero persiste una incertidumbre. Duda menor. ¿Qué haría yo si en estos momentos Helen me demandara ante tribunales civiles por la custodia del Maik? ¿Me permitiría verlo al menos una vez a la semana? ¿Le conseguiría un padre nuevo con el primer sudamericano que viera en la próxima esquina y lo obligaría a decirle papi, papi?

Pero eso de pasarle pensión alimenticia, que ni lo sueñe.

Tercera táctica para eludir un conflicto: retirada estratégica para reubicar el punto de choque.

—¿Qué horas son? Creo que ya comenzó el juego de los Pumas.

—Tus pinches Pumas.

Tu pinche gato. Tus pinches Acereros. Tus pinches Potros.

Y sale.

Me enfurece que me deje con la palabra en la boca y en el último instante reprimo gritarle que tiene envidia de mis pumitas porque Oklahoma carece de un equipo decente en cualquier deporte.

Me contengo, sin embargo.

No es tiempo de guerra todavía.

Los gatos maúllan cuando exigen tu atención.

—¿Cuándo recogerás las piezas de ajedrez que tu gato miserable regó por todo el departamento?

Un ultimátum plantea dos posibilidades: o anticipa la epifanía

espectacular de una gran historia o es el inicio de la guerra verdadera. Un jaque simple para el reposicionamiento o la terminación del juego. El ultimátum aún no es la guerra definitiva; pero, con frecuencia, ya no es diplomacia. Debe plantearse como una auténtica guerra de mentiritas: mentiritas en cada cláusula de los tratados de paz, mentiritas en la tregua, mentiritas en la agresión simulada. Nunca la verdad del deseo. Propaganda que no pretende convencer pues vencer es el objetivo total. Como aquellos heraldos negros que se anuncian entre fanfarrias: el frufrú del gato contra las cobijas, la televisión apagada, Elvis Presley a todo volumen, entregarse a las redes sociales, reírse a solas con el ingenio de la superficialidad, monosílabos en cada respuesta, el ulular del viento cuya intensidad anticipa las furias del invierno, preparar desayuno y no compartir ni las migajas. Sueño y hambre que disputan mi deseo más urgente. Las palabras de amor son para entonces alfileres contra la balística del hastío. El ultimátum en ella es un calzón sin encaje. Puesto en su lugar. Piernas cerradas como trinchera. Cinturón de castidad. Debo releer el *Penúltimátum*, de Ambroce Bierce, pero no me lo prometo porque en la guerra tan sólo debe cumplirse la sangre prometida.

Primera táctica para enfrentar la guerra: ganar tiempo para escapar, fingir que ahora duermes. Asordarse ante el sarcasmo o la ironía, no ver los gestos del desdén, reprimir las ideas, las emociones.

Implica el riesgo de provocar violencia impredecible en los escenarios de obligatorio control, verter gasolina en la hoguera; pero a cambio facilita un tiempo para pensar con cuidado, reconocer al enemigo: desde el talón a la frente, pasando por el nalgatorio y las uñas, calcular cada paso y caderazo, hurgar entre sus debilidades antes del combate, elegir el Armagedón propicio para el choque frontal. Repasar toda la información sobre el contrincante sin obviar datos, por sencillos que sean. ¿Cuáles son sus razones para beligerancia tan rotunda? Posibilidad primera: ella está cruda ahora y le duele la cabeza, las sienes y la espalda, resaca que la culpa agrava

por el pecado de gula en la bebida. Segunda posibilidad en el caso: después de cinco cervezas en solitario, retornó a la borrachera y en el mareo de la felicidad artificiosa se culpa de soberbia. Tercera: no se concentra en la lectura debido a su creciente complejo de culpa por el pecado de lujuria y violación al mandato de no fornicarás. Cuarta opción: es el menstruado, maestro; y la ira culposa la derrumba. Quinta: ya se aburrió de tanto fin de semana y se culpa de pereza rampante. Sexta posibilidad: se encuentra harta de la situación pues le apremian sus vaguedades de deudas y pendientes; la culpa del dinero, avaricia. Séptima: ella quisiera estar en este momento con otro en otro lugar, envidia de la peor. Octava: una mezcla de factores y pecados. Novena: todos los factores. Décima: la variante no considerada todavía, el imponderable de la ecuación perfecta.

En cualquier caso, desde la modorra creciente, acepto esta mala posición con humildad de peón del Rey. Sea, pues. Por el momento. Sin comprometerme para un después: no estoy preparado para la guerra.

—¿Quieres que salgamos a comer?

—Ya comí.

No está peda.

Segunda táctica para enfrentar la guerra que ya nada detiene: ganar tiempo para organizar la logística.

Infalible, en situaciones de esta naturaleza, asumir el ultimátum como un papel oficio, un despacho de guerra que se hubiera traspapelado por inexperiencia de un archivista novel:

Señor general (dos puntos) detenga sus ejércitos (punto) Mi secretaria no informó a tiempo que usted quería combatir (punto y coma) le ruego acepte mis disculpas por la respuesta tardía (punto)

—¿Estás enojada?

Lo obvio, limón agrio cuyo sabor se suaviza con abundante azúcar, nutren las horas de cursilería en el desamor.

—Es tu pinche gato, ya me tiene harta. Pero te aclaro: no estoy

buscando pleito. Insisto en que ese animal me odia.

¿La odias, gato?

Meau.

Ya, por favor. Dejen de pelear.

Tengan piedad de mi jaqueca.

Tú, Maik, vete por ahí y no regreses sino hasta la cena. Y tú, Helen, Gringuita Boba, madura ya: olvídate del minino por un momento y cancela los preparativos del combate. No inventes *casus belli* donde nada existe.

Acéptalo, Helen, no es el gato.

Es Mona la Maorí y la trampa que ella dispuso únicamente para humillarte: yo, como cebo en el sofá de la oficina.

Es Mi Ex y su beso de provocación en mi mejilla.

Es mi vecina territorial, su nalgatorio sagrado, su boquita de inocencia, la chelista que arrulla mis insomnios.

Es la esposa de Izaguirre que me coquetea para competir entre rubias.

Es la fama que me han hecho, que yo me hice.

No es el gato (que no se llama Pinche).

Es el argentino cuyo fantasma juega a pipis y gañas entre nosotros.

Es Izaguirre que pretende la fama de macho Alfa frente a todas las mujeres de su entorno.

Es el taxista que divirtió sus frustraciones a mis costillas.

Es Amanda Nalgorda que le dio hospedaje y quién sabe qué más por una noche.

Es Carlos que envidia porque se cree mi fama donjuanesca y la envidia para no confesarse gay, jamás salir del clóset y liberarse de la imagen de su padre ladrón de poca monta.

Es don Smithson, su padre, que fue a la quiebra por su experimento de hacer un destilado de maíz para crear un whiskey medicinal, producto semejante en sus efectos financieros a la cocacola que fue bálsamo de pueblo en pueblo. Una ambición que

no correspondía a sus talentos.

No es el gato, Helen.

El auténtico pleito entre nosotros, como en cualquier pareja, es por la verdad propia disfrazada de lealtad ajena.

Pero ésta deja de existir entre matemáticos cuando en las ecuaciones del amor uno más uno suman tres. O cuatro.

O más, como entre nosotros.

*Hay días en que me siento habitado por un tigre
Que acecha en la puerta de mis ojos*

JOSÉ ALFREDO MONDRAGÓN

MI CLAUSEWITZ del amor se entiende tan sencillo como Navaja de Ockham durante un examen de párvulos idiotas: los amantes guerrearán por su verdad mítica con mentiras verdaderas, fruto salvaje de un miedo común y el deseo por ambos erigido. ¿En qué piensas? En nada; te lo juro. Miedos y deseos inconfesables pero necesarios, donde privacidad e intimidad se confunden entre dos como el aire exhalado y el viento. *Discúlpame: necesito mi espacio. Ve sola al cine; necesito acabar esto.* Se miente también por la urgencia de jamás cumplir la fantasía propia pues, sin el imaginario individual, nada somos. *Algún día viajaremos juntos a las pirámides de Egipto.* Ocurren como accidentes, como la fugacidad de amores pretéritos durante un beso o en medio del Kamasutra personal. ¿No que tú nunca? No sé quién te enseñó eso. Fraseo defensivo contra los interrogatorios intrusivos. *No sé. No lo recuerdo.* Mentiras para construirse o para destruir, mentiras piadosas o preventivas, mentiras por error o certeza que nacen de los miedos. Micromiedos o terrores. En cualquier caso, las pequeñas mentiras devienen en escaramuzas de recelo. Primeros celos. *Yo no me llamo así.* Nada grave aún. El ocultamiento de la verdad, sin embargo, evoluciona en asaltos menores o emboscadas: rechazos sin querer, desaires al desgaire, besos fríos como gelatina de refrigerador, coitos vertiginosos, desatenciones, negligencias que facilitan el reproche. ¿Por qué llegas hasta ahora? Adiestramiento de las tropas en el desamor, leva

forzada de emociones guerreras. *Me importa poco lo que pienses*. Lo que sigue es el comienzo de esta fantasía. Engaño como traición ya es combate, entre humillaciones, palabras bruscas, golpes, ofensas que van desde el escándalo en público al silencio absoluto. La pasión sin límites termina siempre en guerra de aniquilación. Escaramuzas que no se resuelven derivan en batallas tácticas; cada batalla sin solución deriva en combates estratégicos y, pronto, en guerra total. El que engañe primero desaprovecha puntos a favor en este tablero donde nada se gana; sólo se pierde. La infidelidad, sin embargo, implica traición sin duda; la traición es opuesta a sinceridad, ese camuflaje de la verdad. Pero cuando uno de dos no desea una escaramuza, eleva el tono del conflicto a pequeñas emboscadas y el otro responde con combates de ego herido. *Es que tú. Es que yo. Quedamos que entre nosotros* —las reglas de combate que se olvidan en la primera escaramuza—. *Acuérdate que tú. Pero tú ya olvidaste que. Quien no recuerda sus promesas eres tú*. Cambiar gris por blanco y blanco sobre negro. Sinceridad es un instrumento de combate cuando dudamos del enemigo. Es terreno de combate a muerte; es batalla cuerpo a cuerpo. Es reconciliación, cuando es sincera.

O nada más hormonas que pactan, a espaldas de toda ideología, tregua mientras dura el placer.

Tercera táctica para enfrentar la guerra: iniciar la guerra. Con todo. Objetivo: la aniquilación total del enemigo.

Meau.

Gato, hijito, vete de aquí. No me gusta que veas sangre.

Entonces me incorporo con los codos sobre la almohada para que ella note la diferencia entre nuestras tallas. Ella es *nada más* una gringuita de Oklahoma y yo resumo genes de artistas, científicos y atletas. Un movimiento rápido pero seguro el que hago para crear la sorpresa que desconcierta al opositor. Objetivo: inmovilización de los recursos naturales del enemigo e imponer la superioridad de nuestros argumentos históricos y proféticos.

Una preocupación nada más me distrae del choque de trenes ineludible: ¿cómo quedaron los Pumas?

—No, Helen. Esta vez no te doy la razón. Revisa con atención lo que nos está ocurriendo desde hace varios días. El enojado debiera ser yo después de que una noche te metiste con Izaguirre, coqueteaste en mi cara con Carlos (al que, bien sabes, no soporto), te largaste con un taxista neurótico y chantajista que nos arruinó la Hegemony y, por si no bastara con todo, remataste esa noche en la cama de Amanda. Y eso que no supe que más pasó el resto del día. Yo debiera enojarme porque juegas conmigo para lograr tus objetivos. Y entonces, como si no te importara lo nuestro, me ridiculizas ante mis amigos, tus compañeros de trabajo que yo te presenté. Pero dime, ¿alguna vez te he reclamado una sola de tus acciones?

—No, no... Yo he sido sincera, pero tú...

El Maik ronronea porque este pleito le recuerda romances entre gatos y quizá quiere que hagamos el trío.

Discutir con sinceridad es básico.

Aunque para decir con propiedad “el enojado debiera ser yo”, debo olvidar que aquella noche de fiesta mexicana no cumplí mi promesa de jamás volver a saludar con abrazo y beso a Mi Ex. Helen no tolera bromas, sarcasmos, ironías o frases condescendientes de las mujeres de su entorno respecto del beso entre divorciados. Inventan para joderla. La sinceridad como axioma inverosímil entre matemáticos. O ajedrecistas. Así, exagero sobre un supuesto coqueteo suyo con Carlos pues comprendo bien que nunca se metería con él: ella teme al sida de los bisexuales como una peste nueva. Más aún: su encerrona en la oficina de Izaguirre (me resulta incuestionable ahora) fue perjudicada por la brevedad del encuentro y la embriaguez de su jefe. Que se largara con el taxista sí me dolió y mucho; pero que rematara en la cama de Amanda Nalgorda exhibe otro exceso de mi parte. “Qué más pasó el resto del día”, ya es drama desproporcionado, escarnio amatorio, regodeo en la voz de macho

para hacerla dudar de sí misma. La sinceridad nunca fue mi mejor carta durante los debates. Eso de enojarme porque juega conmigo es mera bomba de humo; soslaya mis juegos sociales con ella. Mi pretendido ridículo ante los otros es una broma: ¿quién de ellos no ha puesto o recibido cuernos en público? Representa una categoría intelectual frente al dolor, significativo *status quo* en nuestro ambiente de tecnócratas que se presumen científicos. “Como si no te importara lo nuestro” nada más funciona como retórica maximalista: a estas alturas, ¿qué es lo nuestro? Respecto a que yo le presenté a sus compañeros de trabajo se explica como vulgar chantaje. Y que jamás le he reclamado sus acciones es un sofisma de baja estofa, fuga por el frente: justo en este momento estoy reprochando con elegancia de macho emputado. La sinceridad entre dos es patrimonio de quien se la apropia.

—Entiende nuestra situación, Helen: no se trata de mí. Y además, nunca has sido sincera del todo.

Golpe bajo a la cuáquera asustadiza de la mentira, de mentirse, de mentir a un dios que tan sólo ven los matemáticos místicos.

—¿Me estás acusando?

Cayó.

Es mi terreno, yo elegí las armas, tengo motivación adecuada y la conciencia histórica de mi parte; la razón de la fuerza y la fuerza de la razón. Mi sadismo aflora como el platillo frío de la venganza. Ella se encuentra a la defensiva: no argumenta, responde con preguntas.

—No finjas, Helen, que no te queda. Además, tengo las pruebas: ya leí el poema que te escribió tu alumnito.

El Maik ha salido de su modorra habitual para contribuir al conflicto de sus padres, nosotros, al borde del holocausto. Rasguña con felina ansiedad las paredes de mi secreter; cofre del tesoro donde resguardo mi simbólico pañuelo de Yago predispuesto sobre la almohada de esta Desdémona de Oklahoma State. El astuto sabe que ahí se encuentra el poemita, su baloncito de papel color crema.

Los gatos no son inteligentes: son irónicos por vocación, punzantes; humoristas mordaces, dioses sarcásticos ante sus criaturas; satíricos de tiempo completo, mimos burlones, bufones de su propio reino. Todos son gatos de Cheshire.

—¿Poema? ¿Qué alumnito?

Golpe de izquierda y derecha del campeón en su mejor momento; la retadora Helen, contra las cuerdas. Ahora descubro, como epifanía, la jugada que el Maik intentará con su rey blanco, *blanco rey de carey*: un escape al futuro.

—¡Ah...!— la teatralidad necesaria para engrandecer la victoria; salgo de entre sábanas, huevos al aire para más impactarla visualmente—. Ahora resulta que nada sabes. Mmm. Te estoy diciendo que leí sus versitos mediocres.

—¿Qué leíste?

Típico en ella: ganar tiempo.

—Meau.

¡Aquí está, papá; aquí está!

Sí, gato. Lo sé.

—O sea, ¿quieres que te lo muestre?

Sonríó irónico para remachar mi supremacía en combate, esta propiedad absoluta sobre la sinceridad.

—*I don't know, darling.*

El enemigo maniobra para tocar a retiro cuando se descubre copada. Pretende un refugio en la madre, su lengua materna. Evidencia que carece de municiones como el padre en bancarrota. Salgo —¿o corro?— para ir al secreter. El arma secreta está ahí. Al paso, pateo un peón blanco. El Maik no se esperaba esa jugada maestra. *Meau...* Retorno —¿o corro?— donde Helen se encuentra demudada tras la máscara del desconcierto: ¿cuándo viene la caballería a salvarla? Pero esto no es una película gringa, querida; es una obertura: las campanas de la Santa Rusia y mi 1812 particular (Tchaicovsky y yo) se oyen hasta en la fábrica de encuestas.

—¿Qué es esto?

Topología: juguete matemático; transformar un plano en esfera. Despliega la pelotita de Maik y le muestro el poemita.

—*I don't know.*

Maik, émulo de Baryshnikov, brinca sobre la almohada para contemplar la escena con placer y curiosidad desde las sábanas en azul imperio. Por ahora, prefiere el box al ajedrez. Nos sonrío. *Ring side* para él.

—¿Querías hacerme el favor de leerlo con atención y decirme de qué se trata, *querida*?

Maik bosteza y se relame los bigotes: hasta al momento no hay sangre entre los contendientes.

—Es un poema.

En su mirada boba, más que en sus palabras, intuyo que por fin Helen ha comprendido el cerco donde se halla perdida y, en su desesperación, ya concibió cómo escapar de su Stalingrado particular, de su Waterloo, el Gettysburgo del general Lee. No ha descubierto que, frente a mi lapidaria ofensiva, le restan tres jugadas como máximo: es carambolista y su mente se reduce a pensar en tacadas.

—Un poema, ¿eh?... Veo que eres una crítica experta en literatura. Ahora, explícamelo por favor.

—*I don't know.* Nunca lo entendí; tú lo escribiste.

El Maik, descubro de soslayo, finge que lame su mano para contener la carcajada. Sonrío por la respuesta de *su* reina blanca.

...pesadillas entre dos inconfesables:

confusión de nombres y ciudades,

(...) tener frío, rechazar abrazos;

morir en orgasmos perdidizos...

—¿Que yo qué?

—Me lo escribiste en Cuernavaca.

*Allí están,
en fotografías,
cuerpos que se entrecruzan...*

Las fotografías que nos tomamos desnudos para estrenar celular. El pleito posterior. Las revelaciones que tuvo cuando intenté subirlas a la red. Su rebelión entonces. Mi labia entonces. Acuerdos sobre confesar aquellarres, orgías, divertimentos y accidentes sin causarnos daños. Confianza pura. Si vas a coger a mis espaldas, que sea en otra ciudad, que no sea con gente de nuestro círculo. Y nunca me lo cuentas. ¿Estás de acuerdo? *Yes*. Feria de las vanidades.

—¿En Cuernavaca?

—Sí. La primera vez que me hiciste fumar mariguana *juntos*. Escribiste en una servilleta y yo lo acabo de transcribir para que no se perdiera. Nunca lo entendí, pero me lo dedicaste.

Meau.

Jaque mate.

Pinche gato.

—No recuerdo.

Helen: nunca olvido. De momento, no recuerdo. ¿Memorista falso o mentiroso? Quizá aún es tiempo de tocar retirada.

—¿De qué me quieres acusar?

—Nada... No recuerdo.

Meau.

Acéptalo: jaque mate.

Pinche Maik.

—La mariguana te enloquece.

Y se va.

Escaramuza sin solución: Otro día discutiremos lo de Izaguirre, el taxista, Carlos y Amanda; pero ya no lo de su alumnito. ¿Ese niño que creíste me había escrito un poema que en realidad eran

tus versos mediocres? Se transformará en batalla porque ella contraatacará con Mona la Maorí, con Mi Ex, con la esposa de Izaguirre y, ahora habrá recordado, con la guatemalteca de Cuernavaca.

Y para no perder entonces, declararé la guerra total.

Es el amor entre matemáticos cuando en la ecuación de uno más uno nos resulta tres. O cuatro. O más, como entre nosotros.

*A los gatos, tigrillos por el día,
serpientes en la noche.*

EFRAÍN HUERTA

—**L**A REINA negra está destrozada.

Primeras palabras tras la guerra concluida. La paz implica un tiempo precioso para preparar la revancha.

Un fin de semana de locura: recoger cada uno de los cadáveres dispersos por el campo de batalla y, con las primeras heladas de invierno, depositarlos en su sitio con el ceremonial adecuado. Helen, Emperatriz de Oklahoma, como una Estuardo de paseo por sus vastos territorios. El rey negro, mi rey, negro rey de mamey, se hallaba sepultado en el arenero del Maik.

—Gracias.

La humildad del vencido.

—Meau.

Ahora no, Maik. Déjame gozar los gajes de esta depresión dominical: el silencio de Helen, mi nuevo cargo y su fastidiosa exigencia de cocteles y desayunos, la reciente entrevista con mi terapeuta, las tres quincenas recuperadas, el empate de los Pumas ayer, el viaje de mi hija a Italia por su doctorado, el soborno al ajustador del seguro para solucionar los atrasos con la camioneta, la foto de mi abuelo, una Polaroid que hallé en el mismo secreter donde aparecieron mis peones extraviados. Aléjate, gato; reconozco que perdí. Y ya no te burles. No estoy acostumbrado a la derrota. Además, surgieron muchos pendientes tras la guerra. Ella marca su territorio con blasones. Enmarcar fotografías y ubicarlas sobre muros nada

más sustituye al rito ancestral de robar el poder a vírgenes y santos apropiándose de sus figuras. Elemental. Mi Ex nunca lo entendió porque era una tradición desde sus bisabuelos. Nuevos modos de fetichismo visual: robar el alma de todos tus amigos, encerrarlas en un calabozo digital y olvidarte del fantasma de una felicidad que nunca volverá. Como la niña idiota que cada mañana toma una fotografía de su propio rostro para visualizar cómo envejece día tras día. Estupideces para combatir la estupidez. Helen guarda toneladas de álbumes con fotos personales y de familia. Yo, nada más una e ignoro para qué la conservo.

¿Dónde quedó mi Castillo de la Belleza? Debiera borrar esta mi pueril memoria y cumplir mi fantasía de retirarme a morir en una selva. Pero no: limpio el tablero y coloco las distintas piezas en su lugar. Mientras tanto, una como nostalgia incontrolable aniebla mis sentidos.

Mi abuelo era presente, su estabilidad; la razón, el dinero, la ciencia.

Mi abuela era el pasado, su emoción; la fiesta, su arte.

El origen del mal, desde la perspectiva de Harris.

Él era hijo de un diplomático costarricense; mi abuela, una huérfana entre perseguidos eslovacos.

La única patria que poseían era este país de ignorancia y violencia tribal donde siempre fueron vistos como extranjeros perturbados. Aceptaban en la resignación su condición apátrida; pero entre ellos nunca se pusieron de acuerdo quién era el dueño de la patria común que no les pertenecía. La patria del artículo 33 como una guillotina siempre pendular sobre sus existencias. Damocles bajo la espada. Prohibida la política participativa; asilo mental en ciencias y artes. Mis abuelos. Embarazo por la primogénita en Argel; encuentros fortuitos acullá y allá. Hasta que, por algún accidente migratorio, se casaron aquí, ante ellos mismos, por nombres separados. Su hija presentaba un apellido; su hijo, otro. Luego estos, puro amor fraternal, se casaron entre ellos el año del pacto suicida de mis abuelos. Para mis padres no hubo tabú, prohibición, ni impedimento legal.

Tampoco les urgíó legitimidad para sus cromosomas: amaron al unigénito (o sea, yo) con la certeza de que nunca compartieron los genes del macho Alfa. Nunca les importó el riesgo endogámico: él, según una estúpida fantasía de adolescente, era incapaz de reproducirse; ella era frígida social y no deseaba bebés. Pero una copa de más, un condón seco, una mala cuenta del menstruó. La pasión ustoria, pues; la carnalidad entre carnales. Albricias, hermanos tan amables entre ustedes: pronto serán padres. Al finalizar aquel embarazo, nací yo. Así me lo contaron ellos, para no engañarme con cigüeñas, coliflores y dientes para el ratón. Datos para la terapeuta que ni a mí me interesan.

—Meau.

Gato de la noche: gato traicionero. Gato sin *pedigree*. ¿Cuál es tu genealogía, gato? La Bianca era más genuina que tú; le costó setecientos dólares a Helen y aquella minina de Angora fue una menina auténtica para acompañarla por departamentos, soledades y príncipes que venían de tierras lejanas para obtener su mano (y sus caderas y sus genes exogámicos y sus blasones y su reino de maíz en Oklahoma). Y tú, gato mexicano, ¿qué puedes contar de tu ralea?

Los abuelos maternos de Helen se declaraban de la más pura estirpe *swap*: sajones, blancos, anglicanos y protestantes. Su hija, una Estuardo de Salem, genealogía en ruinas, culo a la venta.

Su abuelo paterno, somocista fraudulento o sandinista embozado según quien narre la historia, venía perseguido por la ley de su país. Pero se afamó como un típico *made-him-self*: un nicaragüense astuto que logró fortuna durante la prohibición. Versión de Helen: trabajando duro. Versión mía: traficando whiskey desde Ciudad Juárez (¿de qué otro modo en esa época?). Un *sine nobilis* con tantos dólares que requería señorío: compró a la Estuardo de Salem para casarla con su hijo tartamudo por contrahecho. Pero éste no era astuto ni trabajaba como negro: cuando no se dedicaba a tañer la balalaika —como le enseñó su madre— dilapidaba dólares en sus inventos. El último, elaborar un sucedáneo de whiskey con maíz.

Versión de Helen: era un genio sin estudios. Versión mía: estaba obsesionado en cómo su padre había hecho fortuna con whiskey falsificado y requería crear algo propio. Crac. Quiebra. Ahora el padre vaga bajo los puentes de Nueva York, concluye su biografía de arruinado, pero este dato no sé hasta dónde fue especulación de ella o fantasía de yerno maligno con su padre político.

Para Helen, sin embargo, en su árbol genealógico sólo cuenta su bisabuela de Harlem, una legítima descendiente de Estuardos que murió en un psiquiátrico. ¿Cómo sé esto? La madrugada en que finalizó su lectura de *Noticias del Imperio*, Helen se recostó sobre mí y dijo: “¡pobre Carlota!”. Sus lágrimas humedecieron mi pecho y yo respeté su duelo ingenuo pero genuino, homenaje de una Estuardo a una Habsburgo muerta. Estuvo triste algunos días y luego recuperó el estilo hablándome de una bisabuela que, hasta donde yo sé, jamás vio más de tres veces.

—Meau.

No ironices, panterita de juguete. No finjas llanto de cocodrilo para ocultar la carcajada de desprecio hacia la existencia humana. Helen actúa así porque siente que de tal modo cumple su vocación familiar. Tu icono es tu logos, ¿comprendes, Maik? En tus aburrimientos, dolores y falsas alegrías nada más persigues la ruta de un guión de vida: en los hechos continúas a ciegas el Libro de tus Destinos, de anónima autoría. No me mires así y obsérvate bien ante el espejo. Gato esnob, gato de baja estofa, pregúntate: ¿por qué te gusta tanto jugar ajedrez? Cuando lo haces, te ves compulsivo y loco. De seguro te comportas como un suicida frenético porque tus padres, habitantes de una torre de cristal en su tienda de mascotas, fueron alimentados a tenedor libre con carne de caballo, proteína barata, y entonces fuiste feliz rodeado de peones: *nurse* alemana o francesa, jardinero de Haití, cocinera española y mucama en la cama. Felicidad ficticia. Tu vida cuadrículada desde el principio.

Gato alienado.

Recuérdame enviarte pronto con la terapeuta para que una tarde sin gata de oportunidad comprendas tu locura.

Descubre que la vida de cada quien se reduce a consumir un guión establecido y a consumir existencias propias y ajenas. Un libreto trágico o cómico. O fársico. O melodramático. Como tú quieras, pero con la trama ya escrita por los otros que te rodean. No hay, sin embargo, inocencia en el juego de vivir. Jamás culpes a tus padres de tus errores y melancolías porque, tarde o temprano, el verdadero guión de tu vida lo escribirás con tu sangre felina. Claro, para redactarlo, recurrirás a la estilográfica de tu abuelo y a la caligrafía de tu chozna, al verbalismo copioso de un padrino y a los trucos sucios de la televisión mexicana.

Así es el mal chiste de nuestras vidas.

Helen cree en Dios porque no tiene padres. Yo, descreo por método; porque jamás me engaño.

Su icono es Einstein; el mío, Bruce Lee.

Genésica y apocalíptica a un tiempo, la niña de Oklahoma imagina un destino con final feliz, lo cual no es imposible dentro de su cosmogonía peculiar donde hay seres humanos en perpetua pugna con un dios olvidadizo de su obra, perdidizo frente a los ruegos de sus criaturas huérfanas. La matemática como discurso de los científicos idealistas que aceptan la posibilidad del milagro para no descubrirse solitarios frente a la Nada universal. Una matemática quijotesca donde se ignora que los números jamás yerran; son las calculadoras que fracasan cuando no dominan el Pi, máquinas y mentes que confunden Caos con desorden, y reducen el Pi a una metáfora sobre la esfericidad del pensamiento religioso. Donde no entienden ubican a Dios, inventan el milagro con que resuelve las soledades de la inteligencia. Así su lógica, desconozco qué piensa Helen de la resurrección, reencarnación o metempsicosis pues nunca acepta especular frente a mí sobre temas con estadística insuficiente.

Yo sé, por experimentos en cabeza social y ajena, que la teocracia cientista trabaja contra todo destino y que el único milagro posible es el orgasmo compartido para la vida y la muerte: la trágica dicha del caguamo en flor y la emasculación selectiva entre zánganos que cumple la abeja reina, la justificación de las veintitrés horas de existencia de la mosca efímera y el festín de la mantis religiosa mientras reza, fornicia y se alimenta a costillas de un semental calenturiento y sorprendido por el amor a muerte: casa, vestido y sustento el pobre mantis machín.

Las matemáticas entre ambos son lo único tangible y el abstracto absoluto donde se aparean nuestras mentes; aunque a últimas fechas, ya ni siquiera compartimos teoremas, antilogaritmos y vectores. Pitágoras murió entre nosotros hace buen rato. Helen, por un posgrado a que la obligó su empleo y por sus nuevas ocupaciones, se ha especializado en la clase de disciplinas que siempre desdeñó: anticipación e interpretación de resultados. La aplicación de la ciencia pare tecnología, gato de trapo no lo olvides, no necesariamente conocimiento. Prefiero las preguntas a las respuestas; el enigma a la hipótesis. A veces, cuando Helen y yo tratamos temas comunes para pasar el tiempo o sacamos revistas de juegos de lógica, fingimos para condescender. Los Te quiero y Buenas tardes de rutina peliculesca. Un sistema binario en descomposición: donde ella es Uno, yo soy Cero. O al revés, poco importa.

El orgasmo, en cambio, todavía conecta nuestros cuerpos porque nos recuerda la palpable vida. Tocamos la propia soledad en piel ajena. Tan diminuta muerte justifica el dolor cotidiano como espera, para llegar a la noche por esa ruta y entonces (todo lenguaje sintetiza símbolos, notaciones, geometría, la imagen del poeta) morir con mansedumbre en brazos del Otro, resucitar entre sus brazos, renacer al universo vivo, explorar juntos revistas, videos y juguetes para intensificar las sensaciones que soslayan la herida diurna, dar y recibir sin atavismos, descubrir cosquillas nuevas en el enemigo

y sonreír con sinceridad de cadáver a cadáver. Aunque, maldita la honestidad, a últimas fechas tampoco coincidimos en las diversiones del cuerpo. Condescendemos a veces para no pelear, simulamos placer con gratitud por una caricia forzada o un beso desde el recuerdo. Tangentes y cotangentes de la creencia. Ella necesita creer en Dios porque no tiene padre verdadero (el *homeless* de Manhattan no cuenta ya) y en su imaginario podría sustituirlo con un hijo. Yo no me engaño: mi Castillo de la Belleza rara vez vuelve a cobijarme. Soy un *homeless* en Ciudad Virtud.

Por qué ella y yo confluimos en el mismo espacio, tiempo e interés de vida, explica nuestra sumisión trágica al Caos. Por qué decidimos ser matemáticos y no militares o estadistas, payasos o millonarios, denota comunión en el enigma existencial que compartimos pero tal coincidencia también implica una divergencia definitiva en la interpretación final de resultantes. Para ella, que considera los libros sagrados en su marco teórico, al extremo de la ecuación existe una incógnita significativa que no puede clarificar y la cuestiona con un dramatismo ramplón que nada aporta al esclarecimiento de las cuestiones.

—Que, por limitaciones del conocimiento actual, ignoremos la respuesta no significa que la solución sea Dios.

Pero no me cree: carece de sustituto terrenal de la figura paterna y refugia su esperanza en que pueda reencontrarlo en otra dimensión.

—Nos abrumba la noción de eternidad pues partimos de la estrecha perspectiva de nuestra carne.

—Meau.

Tú no te metas, gato: tus nueve vidas no son eternidad.

—Cierto, Helen; pero si todavía no conocemos la totalidad el Universo, ¿cómo saber cómo se hizo, que alguien lo hizo?

Jaque.

Ella acepta que nuestra totalidad de conocimiento es mínima, que apenas empezamos a conocer la materia, la psique, las relaciones algebraicas entre las sociedades.

—Sólo somos el semen de Dios.

Poesía einsteniana y nada más que reviro a la Bukowsky:

—O mierda del Diablo; o un simple pedo de ángel y nada más, o una pavesa del cohete del gran estallido. O menos que eso.

Atrapados en algún silogismo falso que la emoción disfrazada como el nodo de la polémica, con frío aburrimento, ella asegura que mis razonamientos nada más pretenden molestarla: En realidad es un mecanismo de defensa contra su álgebra de abolengo Estuardo mezclado con brujería de Salem. Prefiero escucharla cuando expone sus ecuaciones ante otros o cuando gime y me llama *puppy*.

—Meau.

Ha oscurecido. Coloco la última pieza en el tablero y voy a la recámara para recibir mi estrellita en la frente, o un beso maternal o un coito de cortesana que practica sus lecciones de sexología aplicada. Pero ella finge que duerme.

La televisión a esta hora, la que sea, ilumina la noche con mierda pestilente: un millón de cápsulas comerciales bombardean con efectos de alta definición al bichito solitario que ocasiona las diarreas. Diecinueve quejas formales y aún no reinstalan el cable. En otro canal, película de acción y propaganda patriota: sanguinolencia pura; primera masacre. Los noticiarios imitan al cine: son propaganda patriota con imágenes de acción y sanguinolencia pura. Más cartografía del tracto digestivo entre mil anuncios: alguna panacea de laboratorio devasta al estreñimiento —efectos especiales a todo color de por medio—. Ensangrentadas úlceras recuperan su tonalidad sonrosada y son felices para siempre. Reanuda la película de acción: otra masacre con más muertos. El pie de atleta huye —apestoso efecto de por medio— y hasta sanan tu espíritu —efectos especiales de por medio— los taumaturgos electrónicos. Fragmento de película: tercera

masacre; buenas propinas esperará el sepulturero. El acné desaparece y tú vuelves a tener quince años; niños cagones anuncian pañales. Otro cacho de película: la cornucopia de mil apocalipsis en cada masacre. Dientes careados y halitosos vuelven a su blancura radiante por arte de birlibirloque y las hemorroides —efectos de mierda de por medio— se disuelven en un final de culo feliz. Residuos de película: masacre definitiva; más de quinientos muertos y ningún herido. Infomerciales: refugio contra el vacío existencial, los insomnios y la reflexión. Debo aceptar que nos falta un buen aparato para reproducir películas piratas o pornos y, de tanto en tanto, un documental de arte. Pero Helen, respetuosa *in extremis* de la Biblia, la Ley y el fisco se opone a evadir los beneficios por derechos de autor. Ciudadana de otro planeta, ignora que la piratería representa el deporte de revancha de las masas humilladas y ofendidas.

—¿Qué horas son, *darling*?

Su cuerpo tibio al desperezarse me provoca como una leona sensual que se distingue de la manada para atraer al rey. ¿Me habrá perdonado lo suficiente como para rematar un domingo fornicando como el diablo manda? Rápido recuento. Los condones están en el auto, el ajedrez en su lugar, el Maik se encuentra lejos. Puedo lanzarme rápido por la cajilla de condones pero quizá al regreso ella pierda el ánimo o no habrá apreciado que levanté todas las piezas. Además, mi lance pudiera verse muy apresurado cuando, protocolos del amor delicado, debo iniciar el ridículo baile nupcial por los perdones; o sea, asumir la derrota con espíritu deportivo. Aunque un no-me-dolió-cariño pudiera sugerir un *síguele-con-tus-jueguitos-a-costa-de-mi-orgullo*. Eso, si de verdad ha decidido que siete días de hielo fueron castigo suficiente.

—Aún es temprano; podemos ir al cine.

Silencio: la emperatriz está decidiendo si escucha o archiva la solicitud de audiencia de su humilde vasallo. Desde la sala, Maik

improvisa un arpa con su mueble más favorito: la poltrona más favorita de Helen.

Después de quinientos anuncios de productos que alivian de urticarias, acné juvenil, estreñimientos con retortijones, caries halitosas, diarreas de escándalo, úlceras y hemorroides, epílogo de la película de acción: el galán fornido, que evidentemente odia las matemáticas porque no las comprende, triunfa por encima de los villanos. Las agencias funerarias celebran su victoria, en asociación con los fabricantes de armas. Beso de la doncella tonta pero cachonda. El guionista sin imaginación ha dejado de sufrir. Final impredecible. En serio.

—¿Qué estás viendo?

Evidencias en su tono de voz: aún no perdona pero ya se cansó de castigar. El implícito de mi respuesta puede ser que busco perdón o me cansé del castigo. Ella debe darme pistas para entenderla.

—Comenzó el noticiario deportivo.

Pasión deportiva como un sucedáneo de la pasión carnal para dos televidentes al final de una semana de guerra glacial. Aunque los domingos podrían ser peores si transmitieran telenovelas a medianoche. Todos los goles, los mismos de siempre, uno por uno, en cámara lenta, entre efectos especiales y anuncios disimulados, con comentaristas deportivos que semejan leales intérpretes de encuestas sobre preferencias electorales: objetivos y contundentes, como si no existieran detrás de cada juego el interés financiero de los patrocinadores, las casas de apuesta con sus mafiosos profesionales, la presión de accionistas avariciosos sobre cada empresa deportiva, los apremios de las televisoras por asegurarse espectáculo y la falibilidad de cada árbitro bajo un lema propiciatorio: errar es humano. Todos los goles en cámara lenta para el análisis científico y apolítico. Los mismos goles de siempre. La Historia registrada en el anuario atlético. De vez en cuando ella se maravilla con alguna imagen: “mira: de niña, yo estuve en ese estadio; allí, justo sobre el *doug out*”.

—¿Qué pasan en el cine?

Qué importa el título de la cinta: al final de cuentas, ella siempre decide, cualquier tema que pueda vincularla con su paraíso perdido; de preferencia una comedia urbana con música folk o pop. Ninguna que implique críticas al *American way of life* o que cuestione los Diez Mandamientos. Extraño el cine alemán con *Mi Ex*.

—Está la muestra retrospectiva de Jack Nicholson, el documental de tu paisano Moore, esa otra película que ganó el Óscar...

—Vamos. En un minuto estoy lista.

Saldremos una hora después.

—Meau.

Tú no vas, gato. Es una película para adultos.

—Me costó trabajo encontrar todas las piezas.

Pero ella no celebra que las piezas del ajedrez ya se encuentren en su lugar.

—Meau.

No te rías, gato.

Juego de probabilidades y sus resultantes en la vida cotidiana de dos personajes en conflicto: mil posibles eventos a mi favor contra uno a que Helen disfrutaría la última función (“acertaste en la elección, querida”). Quinientas veintiocho posibilidades a favor, una en contra, a que después disfrutaría muy relajada la cena italiana (“*darling*, güerita preciosa, olvida la dieta por una noche”). Treinta y siete posibilidades a favor contra una a que me aceptaría, más relajada, un trago de vino tinto por el regusto de la lasaña (“es vino casero, amor; al estilo italiano”). Ciento trece a mi favor y una en contra, tras la aceptación de esa copa de vino tinto, a que después no me rechazaría otro traguito en el departamento (“¡por la Emperatriz de Oklahoma!”). Y si aceptaba entonces, trescientas a mi favor a que terminábamos usando al menos un par de condones (“eres una Lady Di, pero en cachondo”).

Fortuna, *Imperatrix mundi*, dixit.

Posible título para un *best seller* que los libreros reclaman a gritos: *La Ley de Probabilidades también va al cinema los domingos por la noche: prontuario de autoayuda para mentes ociosas*. Seguro que el libro llegaría a la décima séptima edición, más las traducciones.

Ceder para ganar: que ella eligiera lugar, película y cena era mi objetivo durante el trayecto en automóvil.

Sin embargo, fuera de especulaciones, ¿qué probabilidad entre cuántas se requieren para provocar determinado acontecimiento?

¿Cuántos eventos cósmicos y terrenales se requirieron para que coincidiéramos en la entrada del cine Mona la Maorí con su Fedro faldero, nuestra (buenísima) vecina solitaria, la noruega (que es finlandesa) con otro que no era Izaguirre y Amanda Nalgorda con dos amigas prófugas del Hustler? ¿Cuántos sucesos probabilísticos más debieron encadenarse para que, ya ubicados en nuestras respectivas butacas, aparecieran *Mi Ex* con su estúpido veinteañero de turno y el taxista con su matrona vulgaris antes de que se apagaran las luces? ¿Cuántos cataclismos más para que, a la salida, viniera su ex argentino a saludarla con abrazo y beso y, para colmo, Carlos que nos manoseó a ambos a su antojo bajo pretexto de mi nuevo cargo?

Una demostración en vivo de la teoría del caos: un pequeño elemento que por ociosidad aletea y mueve a otro elemento cercano el cual, a su vez, altera otros pequeños elementos y se desencadena un huracán que acaba con el mundo. Y nosotros dos en el ojo del huracán.

Desde que ese pequeño elemento aleteó pudo pronosticarse el desastre. Porque, contra lo previsto, Helen dejó/ pidió/ ordenó que yo eligiera cine y película. Cambió de táctica: cuando yo escojo argumenta que es mi turno al bat y, si falla la selección, no será por culpa suya. Desde un principio, acaso error freudiano, reforcé el desastre. Porque asistimos a la flamante sala de moda, a la película de moda, a donde van la inteligencia y la moda el domingo por la noche. Y allí estaban todos y unos cuantos más. Caras Vip. Sonrientes y a la moda.

Homosexual de infierno grande, Fedro el Aldeano fingió no vernos y quiso pasar de largo. Pero Mona la Turbulenta me lanzó un beso que vino volando como hipo de mariposa monarca, con tan mala puntería que el polvo de sus alas cayó como un escupitajo en la naricilla de la Princesa de Oklahoma. El beso volador del diablo. Helen, para evitarse una respuesta tipo Marine a La Maorí, buscó refugio en el sanitario mientras yo adquiría los boletos. En la fila esperé tras un nalgatorio sacrosanto, con sus respectivos senotes sagrados: mi vecina; la chula chelista que practica su instrumento durante mis insomnios. Mi ojo coqueto. Su porte. Mi urgencia de afectos. Su perfume. Mis fantasías no cumplidas de buen vecino. Su boquita de inocencia. El erotismo de las coincidencias: también quedó delante de mí mientras nos encaminábamos a nuestras respectivas salas. Su elegantísimo saludo, boquita de fagot: “buenas noches”. Helen, retorno repentino, respondió por mí: “adiós”. La innumerable, sin nombre posible entre nosotros, se alejó. Iba sola al parecer. Helen se quedó conmigo con un berrinche potencial. Jugada de distracción. “Mira dis- cre- ta- men- te quién se aproxima hacia nosotros”. La curiosidad femenina puede más que el enojo. En cualquier idioma. Mi gringuita giró su elegantísimo cuello para descubrir a la esposa de Izaguirre del brazo de un desconocido con tatuajes hasta el culo. Sin inmutarse, la mujer me saludó con un abrazo de película sueca, a Helen con chasquido de labios al aire y para rematar nos contó la sorpresa final de la película.

—Saludos a tu esposo— intentó venganza Helen, aprendiz de mexicana los domingos por la noche.

—De tu parte, *darling*— contestó el más sofisticado cinismo de Finlandia.

No era el mejor momento, reflexioné como verraco en ayunas, para proponer el cuarteto de nuestras fantasías.

—¡Hola, muchachos!

—Amanda, ¡qué gusto!

Las mujeres que se han preparado para dirigir, siempre se allegan a una amiga mucho más hermosa que ellas y otra mucho más fea, recordé con el pomposo arribo de Amanda Nalgorda, con su bonita y su fea a diestra y siniestra.

La adolescente flacachonda con guedejas a la Venus de Boticelli, carita de estoy-en-pleno-proceso-de-aprendizaje, caderas de cantante pop que destroza guitarras, mirada de Lolita viuda de Navokov y botas de soldado, era la fea de aquel trío. Amanda cabellera negra, sin embargo, estaba por encima de aquella niña feroz y de su otra acompañante, pelirroja de estética unisex, modelo profesional de pantimedias (la reconocí al instante; anuncia en televisión y adorna espectaculares de avenida principal). Helen, grito de quinceañera que nunca la escuché antes, saltó de inmediato hacia su salvadora de noches atrás; la abrazó con efusividad de amigas a prueba de chismes de arrabal y la retuvo contra su pecho durante el tiempo necesario para que yo me preguntara qué había pasado realmente entre ambas aquella madrugada tras el grito. Sonreí a un hipotético viento por si los *paparazzi* estaban merodeando por los alrededores. Tranquilo, camarada, tranquilo. Si la Emperatriz de Salem recurría a ese truco callejero para provocar mis celos como sucia revancha, ¿qué respondería si ahora le propusiera un quinteto con las dos acompañantes de Amanda?

—¿Entramos?

—Apenas están los anuncios y *thrillers*.

La modelo de pantis, ojos de papel volando, latigazo de pestañas, debió adivinar mis pensamientos y pidió que Amanda la acompañara al sanitario mientras que la niña feroz corría hacia el despachador de dulces.

—¿Entramos, *dar-ling*?

Helen ironiza pocas veces; cuando lo hace resulta demoledora.

La oscuridad es vestimenta casual de la muerte: la luz proyectada nos permite renacer a un mundo nuevo, maravilloso, mágico.

Pero ese mundo nuevo, maravilloso y mágico se veía igual que el anterior. “Mira quién entró, *dar-ling*”. El tono sarcástico persistía como cuchillo al cuello, pero fue mayor mi curiosidad y descubrí a Mi Ex filas adelante, amartelada con un veinteañero con pinta de grafitero, indeciso entre punketo y darketo. Juventud mata Viagra. Como supuse que Helen estaría pendiente de mi reacción en ese instante, miré hacia otro punto con fingimiento natural. Seguro Mi Ex había notado nuestra presencia y jugaba sus naipes. Tres butacas hacia la izquierda de los tortolillos detecté un rostro conocido. La Ley de Probabilidades en su momento estelar. “¿Te referes a tu amigo el taxista?” Sorpresa, Gringuita boba. “¿Dónde?” Las luces terminaron de apagarse. La tregua también se disfraza de películas recargadas de efectos a falta de un buen guión. Para colmo, hartado de no concentrarme en la proyección e imaginando la posibilidad de que Mi Ex no hubiera notado mi presencia, me dormí. Sin roncar para no interrumpir comentarios de Helen sobre la fotografía. Abrí los ojos cuando corrían los créditos del *film*.

Helen salió contenta de su oscuridad: repitió una y otra vez que la historia había iniciado en el *college* donde estudió. O eso creyó ver. O se había divertido cuando encontré a Mi Ex con el muchachito baboso que le ensalivaba cuello y oreja. O porque asomé celos por la presencia del taxista. O porque hacía cuatro meses que no íbamos en pareja al cine. Carlos, que venía de otra sala, otra película, vino con maquillaje de sinceridad a felicitarnos por mi nuevo cargo. Casi tocó las nalgas de Helen cuando la abrazó. Casi tocó mis nalgas cuando me abrazó. Su clóset estaba abierto de par en par. Con él venía un hombre de su edad, perfumado para encubrir culpas recientes, quien, al sernos presentado, joteó de lo lindo.

Me despedí de ambos entre cortesías pero con prisa y casi arrastré a Helen de la mano.

¿Yo estaba huyendo de Carlos?

No, me respondió don Alter Ego: era Mi Ex que ya había encendido el motor de su autito. Nunca me vio.

—Debiéramos venir más seguido al cine.

—¿Para que te duermas?

No aprecié sarcasmo alguno en su voz y sí una mirada de cuáquera en buen plan que prometía aceptar el guión de cena italiana, con una copa de vino de estilo casero, otra copa en el departamento con jazz de fondo, un par de condones al viento, etcétera. Tal vez no sucedería con la precisión que yo había supuesto, pero el objetivo de aquella noche parecía cercano. De verdad: Helen se parece a Lady Di, pero en cachonda. Y un poco a Uma Thurman. Es la combinación de ambas, pero en versión de matemática lujuriosa. Es imaginación viva. Es...

—¡Piba!

Un tono inconfundible de rata argentina a nuestras espaldas me cagó. No quise escuchar más.

—Te espero en el auto— dije.

No volví el rostro atrás para evitarme retortijones de hígado.

Esperé media hora.

Helen vino más que feliz. Sin ganas de cenar.

El Maik me proponía un juego revancha. Allí estaba su apertura con el peón blanco de su reina.

—Otra vez tu pinche gato tiró el ajedrez.

Etcétera.

—Meau.

El tiempo de paz había concluido.

EL SECRETO DE HELEN se hallaba bajo custodia en el laberinto inesperado de sus pesadillas Una tétrica caverna que la aprisionaba de tanto en tanto entre muros de fantasías atemorizantes (ecolalias recuerdos imposibles alucinaciones olfativas Reverberaciones extrañas de Roothville Oklahoma State Una infancia de soledades en la cual habitaban personajes imaginarios entre :figuras geométricas en mutación por paisaje incesante :poliedros irregulares :topologías entre acrobáticas perspectivas :geodesias del sabor :ideas sintetizadas en colores o sonidos que únicamente pueden soñarse Abstracciones de una mente sin obstáculos que la acompañaban por igual a través del día que durante los insomnios ensueños fantásticos y duermevelas de frecuente amanecer Formas imprecisas pero siempre sorprendentes bailoteando ante sus ojos de niña con una música sorda bajo cierta luminosidad intensísima que ni el sol de mediodía proporcionaba Un escenario vibrátil intrusivo vivísimo para desasosiego de su intelecto silvestre

De modo incesante A cualquier hora A veces también mientras la diminuta Helly dormía en su camastro ajeno al resto del hogar muy separada del cuarto de los adultos En ocasiones en su casa aislada por millas y millas del caserío principal En Roothville condado de apenas un siglo que incluso el mapa de la línea del ferrocarril aún no registraba

A veces todavía en México la geometría lúdica de su mente A través de la pesadilla o los orgasmos alucinantes

Dime Helly dolly ¿qué sueñas

Aquella luz testimonial luz intensísima era a un tiempo carcelera y protectora del mundo acezante de sombras y de ruidos Un cosmos diminuto pero siempre en crisis el de su niñez en Oklahoma poblado de inmanencias y fuego de metralla La guerra donde ella (niña entre combatientes nada más era carne de misil turista testigo del horror víctima de bombas terroristas/ polémicas religiosas/ disputas estériles entre adultos donde, niña sin voz— fungía como convidada de piedra ante la comunidad ¿Qué infante no, en aquella sociedad donde la presencia de Dios era un libro hierático de mil interpretaciones mil señales y ordenamientos posibles Sus recuerdos más lejanos estaban permeados por aquella sensación inasible de pálpitos ante los acosos del absurdo y su imposibilidad de transformar aquel entorno de lógica arbitraria en vida concreta

La esencia de su rebeldía oculta al ojo ajeno era autodefensiva :trinchera pueril pero efectiva contra el conocimiento sin orden verdadero que las personas mayores esgrimían para esclavizarla al precepto :respuesta al rencor inoculado en los forcejeos verbales de fanáticos de iglesias enfrentadas versículo por versículo :insurgencia de su imaginación contra dogmas de templo discursos de campañas comiciales disquisición sobre los noticiarios

¿Por qué si ambos bandos tenían la Razón una razón válida su razón no podían entenderse para acuerdos de convivencia Se preguntaba más cercana al fastidio que a la curiosidad

Helen Valdepeñas —Stuart desde el College cuando ya el padre había huido de acreedores y vergüenza tras la quiebra, niña impertérrita mientras filosofaba en silencio padecía aquella pugna inacabable de los otros Enigmas del Universo en miniatura retos intelectivos obsesiones que ella pretendía resolver a distancia y con discreción Que la impulsaron a conocer el alfabeto casi sin ayuda

de adultos cuando todavía faltaba mucho para que cumpliera cuatro años de edad Urgencia de poseer elementos propios en tierra ajena porque bajo el dogma dominical (pronto descubrió no importaba la Verdad que unos a otros se exigían con furia soterrada Su geometría-parapeto la salvaba del monótono mundito de barras y estrellas pues enriquecía su fuero interior con hexágonos y cubos fractales en multiplicación solenoides al infinito espirales ascendentes y descendentes paralelogramos dramáticos o cómicos poliedros de caras multicolores En crear acertijos nada más para sí la niña se refugiaba en silencio Debería existir una razón suprema ante el absurdo mismo que (sin llamarse Dios explicara por qué su contento dependía de accidentes que derrumbaban su entorno en abundantes lágrimas y marejadas de dolor

Como la tarde de su tercer cumpleaños (3 siempre 3 como símbolo señal y promesa /Siempre Tres como parábola amuleto y geometría /III Siempre Como incertidumbre síntesis y epifanía

¡Cuánto recuerda ese momento

Fue durante una tarde por cierto de tolerancia inusual hacia la música profana Muchos invitados diecinueve incluyendo niños) Una especie de felicidad invencible Un pequeño pastel de aniversario en lilas rosas y mentas que gozaba entre carcajadas con sus padres —la última vez de trío feliz en su memoria Y un vestidito amplio que ya no era de bebé Pero cuando la docena de adultos acordaban el tono de un salmo adecuado para la ocasión (sólo hasta los trece habría de escuchar el *happy birthday to you*, el sheriff Nolan y un desconocido con vestimenta de militar se apersonaron en la casita de Helen con noticias fúnebres de guerra La muerte de los gemelos Whitaker Un bombazo de silencio Algo había sucedido descubrió la festejada Helly entre los rostros demudados Alguien entre los asistentes quizá el mismo que trajo el aparato de música lo desconectó con silenciosa discreción (*Over the rainbow* cómo olvidar, demasiado moderno pero tolerable para una fiesta infantil Un globo

de cumpleaños estalló en alguna parte de la casa ¡Ploom Entonces la madre de los soldados desaparecidos prorrumpió en un llanto estridente y Big Joe el padre se derrumbó sobre las rodillas desde sus dos metros de altura Murmurios ayos lentos carrasperas Tim y Tom Timmy y Tommy Mensajeros del Señor cuando nacieron Ecuánimes en los altercados sociales y ecuménicos de dos templos por un versículo separados Los dos hermanos asistían sonrientes y entusiastas a la liturgia dominical de ambas religiones con alegría y humor sin inmiscuirse en polémicas Lindos y sanos muchachos cuyo futuro inevitable sería presidir condado y templo dirigir los ceremoniales de barras estrellas y Von Soupé organizar salvamentos sociales de tanto en tanto /tornados esporádicos/ malas cosechas/ brotes epidémicos/ equilibrar los debates entre la mayoría republicana y los pocos demócratas los muchos Vaqueros y la minoría plural de Acereros Indios y Empacadores Timmy y Tommy eran la esperanza Porque el nacimiento de gemelos siempre es un mensaje de buenaventura Por eso la tristeza en aquella fiesta de cumpleaños Una pérdida más terrible en Roothville que la guerra inacabable Cada familia en el condado recordaba algún favor de los gemelos Cuidaron de Helly al menos un par de veces :cuando la madre de la menor debió trasladarse a Dallas para sacar de la cárcel al esposo nicaragüense encarcelado por escándalo y ebriedad :cuando murió el abuelo materno en Boston :cuando la plaga :cuando :Cuando Por eso Helly los apreciaba Porque cuando debían cuidarla Timmy y Tommy jugaban con ella a ser Ángel de la Guarda uno y Demonio provocador el otro Papeles que actuaban de modo indistinto Dale una mordida al pay que tu mami Mary dejó en la nevera —aconsejaba quien se fingía Mefistófeles ¡No niña no Jamás toques la deliciosa mermelada del pay que tu madre cocinó como premio para ti por ser buena cristiana —terciaba el otro suplicante de bondad Y entonces escenificaban combates del Bien contra el Mal para una Helly que se reía para complacerlos mientras dentro de sí crecía la certeza

de que Bien y Mal Yin y Yang Virtud y Vicio no sintetizaban una cosmogonía suficiente para su curiosidad

De la muerte de los gemelos sin embargo más la afectó el observar la caída estrepitosa de su héroe Big Joe

El anciano en realidad apenas frisaba los cincuenta) se hundió con la noticia de media fiesta que trajo el sheriff Nolan Se avejentó de la noche al día y a partir de entonces dejó de venir a casa con libros para leer a la niña o para provocarla pues gustaba de oír los increíblemente complejos pero claros razonamientos de la niña) para que ella le describiera su geométrico sutil y onírico mundo Por coincidencia advirtió Helly que todo lo razonaba, el hombre las visitaba cuando el nica ebrio de pueblo en pueblo se desaparecía semanas enteras con el pretexto de promover un whiskey medicinal Y por coincidencia con ese su distanciamiento tras la muerte de sus hijos la señora Mary Valdepeñas —Stuart de soltera madre de Helen se tornó distraída Su alegre sonrisa trocó por mueca enferma Siempre ausente ahora

Desde entonces dengue indescifrable para su hija

Casi siempre

Porque cierta mañana Mary se animó y juntas fueron a la feria en Emmytown montadas en una camioneta destartalada que la señora apenas podía manejar con el auxilio de muchos rezos

La idea materna según esto sería comprar ropa nueva para Helly porque durante la feria anual abundaban las ofertas Pero no sucedió así Estuvieron allí menos de una hora Tiempo suficiente para toparse con Big Joe lejos de la multitud feérica La niña observó que ambos adultos hablaban con seriedad entre sonrisas tristes

Y entre tantas pausas Helly aprovechó para preguntar algo sobre Timmy y Tommy

“Son pruebas de Él dijo Big Joe

Las únicas palabras que Helen aún recuerda bañadas con la mirada azul de un hombre en apariencia feliz dentro de su dolor

Más importante sin embargo fue la lógica de él en las respuestas a otros cuestionamientos de la niña (un fraseo diluido por los años pero persistente en el pensamiento de la matemática de sueños euclidianos ¿Por qué” Porque la guerra se alimenta de jóvenes campesinos pobres y tontos ¿Por qué” Y en la guerra los soldados mueren ¿Por qué” Eso ocurría por que la vida de los campesinos depende de la necesidad en las ciudades ¿Por qué” Y las ciudades dependen de la necesidad en las metrópolis ¿Por qué” Y las metrópolis dependen de la necesidad de los habitantes de sus rascacielos ¿Por qué” Y los rascacielos dependen del dueño del penthouse

¿Y dueño el penthouse

“De Dios, tragó saliva Joe

Mary sollozó un ya basta niña entre lágrimas de desesperación e impaciencia

Fue cuando él besó a la niña con rapidez dio media vuelta y se alejó para siempre

“Joe, Joe! quiso no gritar la madre entre la multitud curiosa

Una escena de neblina emocional para Helly

El lento regreso hasta Roothville en la camioneta tartaja fue de llanto sin pensamientos para la madre de pensamientos rebeldes para la hija No Jamás Dios no podía ser tan torpe de establecer infinitas cadenas de dolor cuando existían colores música aromas y sensaciones de calidez por la mañana Quizá las personas no habíamos comprendido su orden cósmico porque los hombres desvirtuaban la esencia con palabras sobre la Biblia Quizá deberíamos reinterpretar su orden comenzando por las aldeas hasta comprender los rascacielos ;no al revés Tres años tenía la niña y entendió que la Biblia causaba enojos y lágrimas cuando para ella exclusivamente dimanaba luminosidad cantos de sutil belleza historias maravillosas donde la primera pareja se repetía una y otra vez con distintos nombre y actitudes diferentes Eva y Adán enojados trocaban en Sansón y Dalila o Sara y Abraham ya envejecidos o Rut y Booz por un contrato de compraventa

Entre las dos Biblias del condado (se fue convenciendo con los años quizá se ubicaba una tercera versión que esclarecería las dudas Un mensaje desde la profundidad nocturna que no podía glosarse con palabras sino con otros signos que aguardaban ser desentrañados Quizá la palabra clave no fuera dios sino flor/ arcángel/ batracio/ canción/ mineral/ Quizá ni siquiera una palabra sino un código de naturaleza diferente Desde entonces tomó por táctica prudente sólo oír con discreción invisible Había descubierto que de cada libro los adultos extraían falsas conclusiones cuando en realidad cada línea solamente proponía preguntas como criptogramas charadas donde convergían lo divino y lo terreno frío y calor

Belleza y Proporción

Broom! en su mente asombrada de repente como un trueno en la lejanía Belleza y Proporción ¡Claro que sí No eran las palabras un mensaje definitivo sino el acceso tal vez a cierta música que preservaba un código cósmico de exactitudes y revelaciones Broom! Un símbolo no para entender a Dios o al Hombre sino para apropiarse del Universo

Broom! Una tormenta eléctrica de ideas

Fue el primer hallazgo de la pequeña Helly El umbral de acceso

Comenzó a buscar el código en su entorno inmediato Entre los sabores primero Pero las sensaciones gustativas variaban tanto entre sí a cada mordisco según lo dulce o salado lo cocido o crudo Algo había ahí No lo suficiente Cambió de ruta Y prosiguió con los colores y su gama infinita de manifestaciones Sin embargo al igual que las parvadas de córvidos con sus figuras aéreas y las formas variables del agua según el recipiente y las estrellas de lenta traslación y el tremolar de las hojas en su árbol y otros jeroglíficos de la Naturaleza dedujo que su lectura ofrecía limitaciones en la búsqueda y que ella ambicionaba la totalidad El Infinito Palabra aún no instalada en su léxico Era Tan sólo una niña que dialogaba/ veía/ soñaba con alebrijes geométricos y quimeras de poliedros inexactos mientras

(recurrencia de ciclos que se estrechaban semana tras semana según observó tras las visitas médicas, su madre enfebrecía por el cáncer entre rezos como estertores como tos contenida como susurros inaudibles para los piadosos vecinos que la atendían sin respuesta posible pero cuyos sonidos Helly captaba con nitidez

—Joe Joe Big Big

El vésper de tormenta eléctrica en que murió Mary cuando llegaron los dolientes (diecinueve desde distintos puntos del condado su hija de casi seis años vivió un acontecimiento epifánico

¡Poor Helly

Por el rostro de súbito sereno en el cadáver pálido/ inodoro/ frío/ amortajado/ supo que a Dios=Nombre del Infinito en el pueblo de sus alabanzas) nada más podía accederse por un lenguaje de aproximaciones geométricas musicales y palabras eventualmente Que la Creación se fundamentaba en Todo y Nada/ Uno y Cero/ Vida y Muerte Pero aún estaba incompleta su ecuación infantil hasta que tuvo otro hallazgo :la inteligencia humana como factor integrado a cada par posible (Espacio Tiempo por ejemplo perfeccionaba el código que el libro sagrado contenía La especie humana constituía el tercer elemento de un lenguaje trinario a través del cual podría palpase la infinitud desentrañar los mensajes crípticos de la Biblia y saber qué clase de Dios permitía que los gemelos murieran en la guerra que los padres abandonaran a sus hijas o que los demócratas ganaran con frecuencia los comicios y renacieran viejas querellas entre aldeanos

¡Poor Helly

En silencio también aceptó un largo peregrinar de casa en casa de las buenas familias del condado hasta que localizaron a su bisabuela materna una anciana que se las había ingeniado para resistir en Massachusetts con independencia desde su locura en un casita aislada/ abundante en goteras/ escasa de servicios en Salem Una estrambótica personalidad que se decía descendiente de Estuardos

y que en un rapto de lucidez comprendió :su bisnieta era un obsequio del destino para resolver la ausencia de servidumbre

Para Helly la débil octogenaria también fue un regalo Porque en esta casa había medio millar de libros contra tres versiones de la Biblia en su casita de Roothville Como una confitería de historias e ideas Pese al hambre la vieja anémica había preservado aquellos tomos en tres idiomas porque (de acuerdo con una fantasía onírica que había integrado a su vesánica realidad entre tantas páginas se leía el dato preciso de su genealogía real

Con la bisabuela Elizabeth construyó una amistad conveniente

La anciana lunática padecía un trastorno mental que la llevaba a recluirse durante horas en antiguos palacios para asistir a /bailes de la corte /largas lecturas del tarot /encabezar audiencias con súbditos peticionarios de mil fastidios /encierros en el despacho de Westminster para estudiar la correspondencia de otros jefes de Estado / decodificar mensajes crípticos de los espías dispersos por el planeta /sellar documentos reales y cuantos papeles que sintetizaban sus obligaciones trascendentales para con un vasto Imperio siempre disputado por las Dos Espadas Mucho trabajo para una reina Semanas enteras la mujer permanecía así yendo /de palacio en palacio /de la salita a la cocineta /del baño a su recámara /del Pabellón de las Rosas Invernales al coto de caza en verano en Eton/ De tanto en tanto Helly de niña Helen adolescente la trasladaba a su recámara desde la silla o retrete donde la anciana se dormía de repente abrumada por sus quehaceres cotidianos Para que la soberana permitiera ser removida de su lugar Nolite tangere! Nadie puede tocar esta piel que también es la piel de Dios” la niña aprendió a despertarla con delicadeza “Su Majestad :el príncipe de Polonia la espera en el Palacio de Buckingham :una delegación de campesinos de Lancashire aguarda desde hace algunos días en los jardines centrales de Aylesbury para entregar en persona obsequios a Su Alteza :el profeta de Bratislava se declara dispuesto para leer tarot/ cartas/ horóscopo/

mano Imperial/ sueños/ o el café cuando usted lo decida Señoría Y la mensajería real era un montón de papeles amarillentos /pólizas de seguros vencidas/ diarios de años anteriores/ revistas del corazón/ cartas de amor de amancebamiento antiguo/ manuscritos con recetas de cocina Por lo demás bailes /almuerzos /reuniones cortesanas / confabulaciones con embajadas /entrevistas con lores y cancilleres podían celebrarse en silencio cuando el protocolo se constreñía a solicitar su graciosa presencia

Helly búsqueda de perfección con interés matemático por encima del canon femenino) analizó los subterfugios recurrentes de la vieja Elizabeth (Tercera Quinta? para eludir con inimaginable sagacidad y buenas maneras a los predadores urbanos que con el pretexto de ayudarla en su enferma senilidad pretendían apropiarse del pequeño inmueble= castillo de Buckingham que había sobrevivido a mil especulaciones urbanas La niña aprendió a eludir exactores una vez cada semestre; a trabajadoras sociales ante las cuales se hizo pasar por una trilliza en disputa compleja con las otras hermanas; a abogados y agentes de bienes raíces desesperados por una propiedad enajenable; a inspectores de toda laya los más fácilmente sobornables con una cándida sonrisa Vendedores de puerta en puerta evangelizadores políticos en campaña y otras molestias semejantes que quedaban turbados ante los juegos de lógica impuestos por una niña hermosa tierna e inocente Exactores trabajadoras sociales abogados vendedores huían al final Siempre huían Con excepción del Pequeño Rey Moruno que a veces compartía los aposentos de la soberana

El Pequeño Rey

Para alejar al resto de invasores que las importunaba en la casita de Massachusetts Helly hacia trampa En sus acertijos jugaba con ventaja sobre ellos Sabía que a ningún adulto le interesaba alcanzar la Verdad Y ella siempre proponía como solución al enigma la aceptación de la Verdad Una geométrica y luminosa verdad de niña solitaria con abuela loca En Salem Tierra de brujas

*Eres, bajo la luna, esa pantera
que nos es dado divisar de lejos.*

JORGE LUIS BORGES

—M_{EAU}.

Sí, gato: todo está bien.

Por esa necesidad congénita que mata a los gatos, abriste con la defensa india que no dominas y, como siempre, pronto perdiste el control. En ajedrez no pasas de ser un tigre de papel, un teórico que jamás pasa de leer juegos de los grandes maestros. Te llevo dos peones de ventaja y mantengo posición.

Xanandú.

Los Pumas se escaparon de un descenso vergonzoso y antihistórico. Demasiado dinero a la investigación científica y poca inversión para el deporte. Helen en Monterrey con Izaguirre. En todo caso, el cabrito no me gusta; parece un despojo como la peor gastronomía texana. Pero tú no te preocupes, Maik, en el refrigerador existe comida suficiente para tres. Xanandú. Helen. De seguro el aspirante a gobernador adquirirá el paquete de encuestas que le han ofrecido sin regatear tarifas. Según las investigaciones de tu despacho, güerita boba, el tipo ya adquirió una franquicia partidista pues cuenta con fondos suficientes como para alquilar la Presidencia de la República o la Secretaría General de la ONU. Botox es la encuesta. Encuesta, propaganda. Propaganda, democracia. Democracia, cheque en blanco, negocio, fraude legal. Al tipo jamás le interesará la explicación de Fedro Bobedro sobre metodología estadística, campo de estudio, control de escenarios, período de trabajo, impacto

en medios, influencia de resultados por sectores, encuestas de salida. Menos aún le importará la aplicación de tu lógica de algoritmos sobre predicciones. Ni siquiera llamará su atención que le garanticen el fraude como instancia final para la necesaria aclamación del populacho en la Macroplaza. No, *darling*, en los encuentros de trabajo con quien-paga-manda sólo le importará la lógica de tus suculentas nalgas y tu espalda perfecta; en estricto sentido, ante la ley eres solterita y tu jefe no viajó con su finlandesa.

—Meau.

Disculpa, gato; me distraje: estoy hablando contigo.

Todo está bien. “Menos el corazón”, protesta el poeta italiano. ¿Cuál? Todo bien, gato. No *spitefulness*. No hay pedo. Las moscas en su lugar, el silencio del tiempo en un reloj de péndulo. Ha dejado de llover. El doctor por Brasil, con Amanda Nalgorda y la modelo de pantis y pantaletas. De última hora —versión oficial— Meléndez se sintió obligado a cancelar mi vuelo; necesitaba que alguien cubriera la oficina durante su ausencia: alguien debe atender asuntos de relieve nacional como la visita del plomero. Me hizo patrón por unos días para verse más patrón. Elegantísimo, el gandaya. No como Don Obviedades Izaguirre. El doctor adujo que sería pésimo signo ante los cariocas que el mandamás de esta firma no encabezara las negociaciones del contrato; el capitán al frente de sus tropas. En este momento, por la coyuntura que atravesamos, nuestro despacho requiere maximizar sus recursos; tú me comprendes, ¿no es verdad? Por supuesto, doctor; *no spitefulness*. Porque alguien de confianza (como yo; qué coincidencia) tenía que ceder su boleto a la acompañante de Amanda. No hay pedo, doctor; de verdad. Al menos eso calmó a Helen: al no concurrir en vuelo común, Amanda Nalgorda y yo jamás podríamos toparnos en el sanitario del avión (¿para qué le conté esa estupidez a mi güera?) ni correríamos riesgo de morir juntos en caso de accidente aéreo. Tampoco compartiríamos hotel en Río de Janeiro, con peligro de que no hubiera habitaciones

suficientes ante la inminencia del carnaval. Y, peor aún, que en la habitación hubiera escasez de camas. Meléndez, Amanda, modelo de pantaletas; *ménage à trois*. *Bon appetit*.

Todo normal, gato: la Ley de Probabilidades continúa aplicando su pena máxima contra mí. Yo creo que para escapar de su marido el malqueriente o quitarme las tentaciones, Mona voló a Guadalajara. Para colmo de mi desgracia, la finlandesa no contesta los mensajes. Un día de perros; tú sabes qué quiero decir. Durante horas, desde el sofá estuve escuchando cierto chelo solitario, pero no se me ocurrió estrategia alguna para abordar el asunto: la vecina me sigue intimidando nada más con su mirada. Los demonios del genio loco se ocultan en la neurona solitaria. Por fortuna, esta tarde me correspondía sesión con la nueva terapeuta. Antes de salir, fumé un poco de marihuana para sentirme relajado e intentar ser sincero durante la hora de entrevista. La señorita Xanandú. Le di clases de álgebra en la prepa. Eso me dice: como terapeuta profesional inventa pasados y genealogías a sus pacientes; yo no la ubico todavía pero sigo su juego de las identidades afines que están pendientes de plena realización. Cara preciosa. Llegué en punto y topé con ella en el estacionamiento del edificio, cigarro tembloroso entre dedos de mala manicura, psicoanalizando a un carrito cuya personalidad esquizoide se revelaba en una salpicadura resquebrajada, aunque el resto de la carrocería se notaba en condiciones satisfactorias para competir en Le Mans.

—¿Te molestaría mucho si cancelamos nuestra cita de las siete, maestro? Cuando venía para acá, me chocaron.

—¿Un taxista?

Si no fuera obsesivo, yo vendería seguros de casa en casa. La marihuana me provoca a especular qué sería de mí sin los números. Vendedor de seguros, cuentachiles, calculista del fisco, contador del narco, cazador de fortunas en las máquinas tragamonedas, deambulando entre casinos. O asesor de diputado para esquilmar urnas

y presupuestos. O nada. Un especialista en perder el tiempo. O buscarlo en su extravío. Como ahora. Ser sólo un ser. Un ser solo. Sólo ser. Divagar, perderme, recaer en el desnudo de aquella anciana en la azotea de mi infancia.

—Sí, una taxista. Una niña. ¿Cómo supiste?

—Poesía y profecía son mis divertimentos para no enloquecer con la factura de mis terapias. ¿Te puedo ayudar?

Así empieza la vida complicada: por solidaridad de casta entre profesionistas desclasados, por amor desinteresado al prójimo, urgencia de ayuda al desvalido, secuelas religiosas de la niñez sin referencias nítidas del pasado. En ese preciso instante ella requería apoyo profesional; su palidez era terrible: los enormes ojos refulgían por la tensión, su boquita bien delineada exigía frescor y urgía distender con dedos hábiles los músculos de la nuca. Quizá los jeans estaban muy apretados y elevaban su presión arterial. La señorita Xanandú. Entonces recordé quince años atrás, el año previo de mi doctorado. Por fin, ahora tenía curvas: senos, cosenos, tangentes y secantes con una exactitud que antes nunca vi.

—Pensaba llevar este auto al taller ahora mismo; algo pasó con la dirección y debo atender muchos asuntos mañana.

—Vamos; te sigo. Ve despacio, tómate tu tiempo. Yo veré esto como mera terapia ocupacional.

La coincidencia como una fenomenología que tanto inquietaba a Jung: el taller de un conocido estaba a medio kilómetro de mi departamento. Tregua de las probabilidades contra la posibilidad del individuo. El mecánico veterano de mil choques, de típico overol en color grasa, dirigió sus explicaciones a mí, como si yo fuera a pagar los golpes de la vida. Nada entendí de sus palabras cargadas de sabiduría y lenguaje alburero: me distraía el desnudo de una anciana en la azotea mi infancia. En cierto momento quise contestarle con mi versión de la teoría cuántica aplicada a la mecánica automotriz pero reconocí que, por el momento, aún existían

hoyos negros en mi planteamiento y cierta deficiencia en mi propuesta pedagógica.

—El viernes por la tarde se lo entrego como nuevo.

Hasta ese momento, Xanandú pareció comprender que ahora dependía de mí. De mi auto. De mi espíritu cristiano. Algún trueno con relámpago, como guión de telenovela o como destino revelado, apuntalaron mi ventaja. Amenazaba lluvia y yo le sonreía como un padre amoroso a sus hijos.

—¿Te llevo a algún sitio?

—No sé.

Error de los hijos es mostrar su ignorancia frente a los padres.

—Te invito un café. O lo que quieras, para tranquilizarte. Dejemos la terapia para mejor ocasión.

Aceptó con una sencillez que yo no habría imaginado. Optó por la mariguana y su papá fantasmal no la regañó por mostrarse desnuda ante un viejo maestro, ni la amonestó por las cosas que dijo, que hizo, que me enseñó. Lo más cercano a un correctivo fueron unas paternas nalgadillas para retardar su orgasmo. Mi esfuerzo para colocar el condón fue inútil; ella fue más rápida al desecharlo. Prefería lo natural. Aprecié un instante de incertidumbre en ella frente a mi desnudez quince años mayor, pero el Ananga Ranga se puso de mi lado con delicadeza. Y ella me enseñó a detalle su lectura personal del Kamasutra. Mi Castillo de la Belleza entre sus muslos bien perfilados. Hubo muchos relámpagos entonces.

—Meau.

Todo está bien, gato. Nada más no se lo cuentes a mamá. Yo jamás le conté sobre la vieja desnuda entre los tinacos.

Afuera, un chipichipi melodioso.

Otra vez tu pinche alfil: me partió el campo de batalla en dos.

—Meau.

Disculpa, gato; tan sólo fue una expresión.

La melodía del chipichipi: *chipichipi, chip chip*.

Modigliani ya no se engaña con pretextos científicos para justificar su gusto por el dinero, su desencanto frente a la vida y cierta fascinación por la comodidad sin compromiso. Insiste en que acepte su oferta: desarrollar un proyecto sobre desastres naturales en el continente; nos haríamos millonarios: se cobrará en dólares pues financian las Naciones Unidas, se viajará mucho, habrá aventuras. Apoyo mi negra torre con un peón que el Maik no había previsto. Los colgajos de piel vieja en la azotea; mi niño temeroso orina los pantalones. Modigliani casi me convence; tiene las llaves del tesoro. Pero Meléndez está en su cúspide política; posee todos los contactos, el directorio de la burocracia federal a su servicio. Contrario de Izaguirre, cuyo grupo político va de salida porque no puede con sus escándalos por corruptelas. ¡La madre del tuerto! Un intercambio de torres que me desconcierta. Cuando la señorita Xanandú pronunció aquel “sigue-papi-sigue” con su voz ronca, me excitó como no recuerdo. Pero deseo no es amor, Helen. El movimiento de su caballo blanco es un garlito; *este es el corrido del Caballo Blanco*. Esa canción me la sé. Si me hubieran dado a elegir trío con Amanda Nalgorda y su modelo o tarde de cópula con Xanandú, me habría equivocado: esta niña expresa la ternura de una hija desobediente, incestuosa y procaz. La perversión de su dedo en mi ano; truco de terapeuta. Todavía me cosquillea su uña. Pero cópula no significa romance, por supuesto. ¿Helen estará con Izaguirre? Tampoco es un coito de venganza, querida. Ni siquiera la escarpia que expulsa clavos pasados. Simplemente ocurrió; como un choque entre taxistas. ¿Torre o caballo? Necesito definir qué quiero ahora para después hablar claro con Helen. Lo nuestro no puede ser romance porque el amor es una moneda al viento: se apuesta al juguete o al compromiso. Adiós, caballo; pero juro, por la memoria de Bucéfalo, Babieca y Sieteleguas que tu muerte será vengada con creces. Los seres civilizados escogemos el juego porque es libertario y el placer, su única meta. Romanticismo en su connotación última: ser la

pareja primigenia, sin hijos ni serpientes; manzanas dulces nada más. Días de lo nuestro; cuando todo es común, nuestro. Lo tuyo es mío y lo mío es tuyo. (Con esa lógica egoísta se declara: con el Yo por delante). Los amantes descartamos cualquier apuesta por el compromiso en sus diversas variables porque implica, en última instancia, la imposición del tabú. El retorno del incesto simbólico o las mil formas del canibalismo; todo, en familia real o ficticia (el mundo del trabajo, la comunidad, los compadres). Involucra el emasculante esfuerzo de preservar el Universo desde la cama, crear tradiciones, respetarlas y transmitir las. Modigliani alucina; Meléndez es pragmatismo puro; Izaguirre, un imbécil. Por eso, gato, los seres humanos elegimos la libertad.

—Meau.

Ya tocaste esa pieza, Maik. Te vi.

Decidirse por la libertad, sin embargo, suele ser apresurado pues al término del coito o entre beso y beso propedéutico descubrimos que no existe juego sin reglas. Confiar uno en el otro se impone como broma o como reto. Y le denominamos lealtad. Por más que te esfuerces, sin embargo: la mayonesa, ¿dentro o fuera del refrigerador? La pasta de dientes que uno espachurra cuando al otro le obsede alisar el tubo. Ir a la lavandería hoy o mañana. Teatro o cine. Ninguno de los dos: tele. ¿De quién es el turno para lavar los trastes? Ya me tocó ayer. La hora de intimidad que preparaste con cuidado y su negativa irreductible: necesito terminar de leer esto. Es mi turno para elegir película. No; acuérdate bien. Pero, ¿quién es árbitro, réferi o ampáyer cuando sólo dos conocen las reglas? Surge “el tuyo” y, a la defensiva, su contrario “el mío”. El dulce enemigo. Dime, gato, quién puede mediar ante esas diferencias. ¿Cuál es el marco jurídico: la Carta Magna, los diez mandamientos, el qué hacer leninista, el malestar de la cultura? Cuando uno de dos parte del Génesis, el otro sueña Apocalipsis. ¿Cuál es la meta entrambos, el justo medio? Cuando uno quiere volver al pasado, el otro aspira

al futuro. Toda guerra pretende el Poder absoluto. Vivir nada más el presente, *darling*. Ja, ja... Volverse hacia El inexistente Jardín de las Delicias o navegar hacia la hipotética Utopía. La azotea infantil estaba prohibida por mi madre —no te rías, gato, es en serio— desde el desnudo de la anciana; aunque nada dije, intuyó mi espanto por los pantalones mojados. Porque uno puede argumentar mejor y la revancha del otro establece la primera prohibición y los primeros acuerdos erróneos entre dos. De ahora en adelante, para que no haya pleito. De acuerdo: un viernes tú y otro viernes yo. Okay: ninguno de los dos y cero discusiones desde ahora. Y como esa prohibición insta una forma tabuada, ocurre la primera réplica entre dos: otro precepto de sinrazones. Con más o menos intensidad en el forcejeo, ambos descubren que la serpiente Yago depositó en sitio provocativo el manzano de la sabiduría. Averiguan que Pandora y Epimeteo abrieron la cajita feliz y que de ahí ya se esparcieron por el mundo virus creados en laboratorio: cambios climáticos, decadencia de las culturas, neoliberalismo salvaje, troyanos o gusanos en la computadora. Hacinamiento urbano, fraudes electorales, trata mundial de blancas y otros monstruos. Que al término de la fábula griega, en la cajita nada más quedó una niña boba a quien motejaron Esperanza. Así debió llamarse la vieja del *striptease* de azotea: Esperanza. Pero no es lo que escapó de la cuadra del apocalipsis, gato; es la realidad quien ha entrado para reinar entrambos. Y ambos reconocen el precipicio común y, por amor al otro o terror ante el vacío que ninguna materia puede resolver, hallan una solución ideal: vivir el romance puro. ¡Qué lindo! ¿No te parece? Harán lo que sea necesario para preservar a Perita, su bebecita, heredera de la catástrofe: fraternizar, ceder cada vez que las circunstancias de su fugacidad lo impongan, condescender a los deseos del ser amando hasta donde la dignidad o el vicio permitan, descender hasta el llanto o la sangre, la aceptación del golpe, la humillación en el ruego mientras se calcula revancha inmediata. El contrato verbal

es lo de menos; el verdadero juego ha sido establecido entre ellos: a cada acto de romance cumplido corresponde un naufragio de la misma intensidad pero en sentido contrario. Ningún amante tarda en descubrir que los sobreentendidos, por regla infalible, son malos entendidos. Es que tú dijiste. No; lo que yo prometí. Sí lo dijiste. No; tú quisiste escuchar. Pero es que tú, pero es que yo. Y en ese péndulo de la historia en pareja, apropiarse de la gran verdad entre dos para abrogarse el derecho a ocultar las pequeñas mentiritas de uno.

—Meau.

Eso es moral callejera. Tienes razón, gato.

Escaramuzas; simples escaramuzas, la pasión. Formas a calzón quitado para olvidar la inexistencia del amor puro.

Créemelo, Maik, en esos momentos como nunca en la vida es apremiante creer más en lo que se cree y, para defender nuestra creencia, será obligatorio descreer, rechazar por método, lo que el otro cree. Dudar. Defender a ultranza nuestros campos ideales. Descalificar al enemigo mañana, tarde y noche entre coito y coito de reconciliación. ¿Qué preferimos: lastimarnos a dúo o en soledad?

La reconciliación nos devuelve entonces al romance. Pero posterga el naufragio definitivo.

Duda mata romance y, pronto, pleito mata orgasmo.

Surgen los primeros combates de artillería pesada más allá de los cuerpos en reposo. Se instituye el sistema de desconfianza mutua y para equilibrar, demorar el derrumbe, también se instaura un sistema de compensaciones. Cuando yo acepte que me equivoqué, te lo indicaré con un beso; si se tratara de algo grave, lo compensaré con un coito de alta calidad porno. Romance y naufragio; naufragio y romance. Qué lindo. ¿No te parece, gato de pelecha? Condescendencia y rebelión. Tregua y fuego. En secreto, cada quien por su lado, advierten que en su guerra está permitido cuanto no éste prohibido. Niños rebeldes jugando a la casita. Primeras batallas a muerte. A grito pelado, al principio; con silencios prolongados, después.

Surge el ultimátum explícito: lo que proponga uno, no será obedecido por dos. Táctica: el amor como discurso; estrategia: aniquilación total del enemigo. Luego, bajo la sensación de victoria, escudriñaremos nuevos territorios de conquista. Quien pierde, sale en busca de revancha en otro cuerpo. Y quien gana, también. La única ruta de escape para este juego es el suicidio. Real o simbólico, pero siempre verdadero.

—¿En qué piensas?

—En nada. Todo estuvo muy sabroso.

Besitos. Suena el teléfono celular. Xanandú me acaricia con uña sabia el pecho; quiere más. Y me inquieta de nuevo. El teléfono. Besitos. Xanandú no quiere que yo responda. Ring. Xanandú.

—Meau.

Es Helen.

Gato: déjame concentrar.

—Meau.

No respondo la llamada de Helen: soy de quienes creen que comunicar es vivir y que vivir debe ser a la antigua: cuerpo contra cuerpo. Xanandú también cree en la comunicación entre pieles cálidas y vivas. Y se deja vivir.

*Oh pequeño
emperador sin orbe,
conquistador sin patria,
mínimo tigre de salón.*

PABLO NERUDA

NADA ES PERFECTO ni gratuito en el amor. Un coito así de escala Ritcher mueve a sospecha. Ella me ensalivó hasta las uñas del pie.

—Meau.

Espérame, Maik. Después del cigarro respondo al jaque de tu reina.

Helen, aquí. Desnuda es perfecta: nada oculta. Su piel lechosa mantiene siempre la temperatura exacta; sus ojos me recuerdan el mar sedante de Cancún y un mareo delicioso me habla por su voz.

—Dime: ¿trabajaste mucho estos días?

Traducción del español de Helen a nuestra latente disputa: ¿qué hiciste durante mi ausencia, bastardo? ¿Con quién fornicaste, macho mexicano de puta madre? Contesta sin miedo para que yo retome el látigo y vuelva a controlarte.

—Nada, güerita. Lo de siempre.

Traducción de mi español casero: nada bueno puede pasar si me faltas, güerita. Sin ti me siento abandonado en un jardín de niños donde la madre tarda en llegar. Aunque, si insistes, puedo recordar los días sin ti: para no sufrir paranoica e intensamente por celos, localicé a Mona en su teléfono inalámbrico/ radio/ cel/ móvil/ pero La Maorí se había largado a Guadalajara, con no sé quién, para aprovechar la distancia de Fedro que cree ser escuchado por los compradores de encuestas prefabricadas mientras expone

metodología estadística y campos de estudio. Pero no me rendí a las adversidades. Como me urgía vengarme de que Izaguirre te llevó como edecán de lujo a Monterrey nada más para presumirte con el comprador de gubernaturas, envié siete mensajes a su finlandesa para cobrarle el cheque de sus coqueteos. Nunca me contestó la desgraciada. De seguro continuaba en la cama del tipo tatuado hasta el culo. Otro fracaso. Otro par de nombres en la agenda; una voz chillona me mandó al buzón de mensajes y otra me dijo que el número no servía. Pero cuando creí que yo seguiría en blanco, apareció Xanandú, mi terapeuta nueva, la que todavía no conoces, la que dije que estaba gorda y bizca, para que nunca sospecharas de mis anojos a futuro. Pero fue un encuentro accidental, te lo juro: yo nada más fui por la terapia como te prometí, pero ella sufrió un percance automovilístico con una taxista (te digo que hay demasiados taxis en esta ciudad) y también por accidente, aunque no me lo creas (ya te hablé de Jung y la coincidencia), terminamos cogiendo y fumando mota. Por tanto no contesté tus llamadas; eso de que se descargó mi batería de cel fue una mentirita mía. Porque la verdad: mientras yo cogía, pensaba en ti, te lo juro. Pero usé (lo intenté) un preservativo. Pero tenía motivos para la traición: me encontraba solo, con celos y un poco de marihuana encima. Pero.

—Meau.

Gracias, Maik. Cuando crezcas, serás un tigre como tu padre.

Gato: ¿escuchas? Es la primitiva lógica del espejo entre amantes.

El espejo de Cupido funciona de un modo exacto: cuando piensas que miras al otro en realidad nada más reflejas tu fantasía. En imagen invertida, claro. Ilusión óptica del amor. El avión de Monterrey arribó con demora y pude llegar a tiempo al aeropuerto. La besé como si nunca. Le dije (confesé como por casualidad) que la extrañé. Como si nunca. Cargué con su equipaje para decirle que estoy pendiente de sus cosas. Como si nunca. Le informé que arreglé asuntos para tener el día libre de oficina y permanecer (sugerencia del chef) en el

departamento, solos. Música adecuada. Acaricié su mano como adolescente casto. Ofrecí, corazón en mano, cocinar mi receta afrodisíaca, el espagueti vegetariano (je, je) que tanto le gusta y acompañarlo con un oporto seleccionado para la ocasión. Su beso en mi oreja izquierda resonó como la *Lluvia de temporal* de Moncayo. En definitiva: me urgía su cuerpo, la punta de sus pezones. Competir contra fantasmas amorios, excita. Para propiciar que ella manejara la Hegemony calibrada durante su ausencia, comenté la reciente solución al pendiente del seguro —nunca hables de gratificaciones especiales al ajustador (sobornos) con una cuáquera— y en el taller automotriz (clic mental/ flash back/ deja vù: un overol color grasa) dejaron la camioneta como nueva. Lista para otro choque. ¿Verdad que quedó como nueva? Ella sonreía. Tu amante es tu espejo. Y en el reflejo detecté que yo portaba una culpa de piel ajena y hablaba como cotorro hambriento para que no aflorara el escabroso tema de otras pieles entre nosotros. Helen sonreía. Satisfecha. La sonrisa como evidencia. Entonces observé con más cuidado aquel reflejo: ¿por qué ella sonríe tanto, qué pretende ocultar con ese desenfado, qué hizo a mis espaldas en Monterrey? Ahora bien, su imagen reflejada estaba invertida frente a mí; ergo, ella me sonreía con fingimiento; ergo, algo había hecho por allá. Ergo, a mis espaldas. Con el imbécil de Izaguirre. O peor: con Quien-paga-manda. Huida instantánea del dolor. Evoqué como una fugacidad el campus universitario. Cuando allí descubrí a la vecina solitaria en charla divertida con Carlos; estaban lejos y no me vieron. Yo ignoraba que se conocían. Creo. Otra vez me urge un cuerpo.

—Te traje un regalo.

—¿Qué?

Troya, hijo mío, cayó por un caballo embarazado de peones, reinas, alfiles, torres y reyes. Desconfía, nunca lo olvides, de los regalos que vienen de tierras lejanas. Tu culpa ante el espejo.

—Espera aquí. Ahora lo traigo.

Sus nalgas. A la Uma Thurman. Nadie es perfecto. Sobre todo, después de un coito extenuante.

—¡Meau!

Pisotón a la cola, arañeo a la defensiva.

—¡Pinche gato!

De plano: no se quieren.

Aquí arderá Troya, admito con estoicismo. Los amores más intensos imitan al ajedrez y los gatos: nos los venden sin instructivo. Nunca sabes qué jugar en tu turno cuando escuchas el violoncelo solitario de tu vecina y observas a tu mujer que regresa desnuda tras el amor y piensas en la mujer solitaria de a lado y comparas la edad de ambas caderas y te excitas sin saber los porqués. Lo único que te intriga es la obsesión de Helen por las corbatas.

Protejo mi rey con un peón y amenazo a su caballo.

—Gracias.

—¿Te gusta?

No. Mi gusto es europeo.

¿Quién prohibió la palabra Amor entre nosotros?

—Sí, gracias, amor. Hará juego con el saco de mi cumpleaños.

Un saco de lino blanco, moda Oklahoma 1967, que me puse por única vez aquel día. Debut y despedida de los obsequios que no nacieron para triunfar. Hay besos que no permiten dudas. Sin embargo. Deseo aprovechar la erección; sin embargo, ella nada más anhela un abracito paternal. Maik regresa con la dorada venganza entre sus garras. Un signo de interrogación en su cola equivale al pañuelo de Desdémona sobre su almohadón. Es la manzana envenenada. Un caballo troyano. El beso del Iscariote. Sin embargo. Cuando el tigrito de felpa aparece con su garbo inquieta la broma que oculta entre las zarpas. Tin-tin: sonido metálico. Evoco la sonrisa de Helen en el aeropuerto y deposito la corbata lejos de mí. Evoco también la Universidad, la carcajada que Carlos causó en la vecina solitaria. Su chelo que practica y la ubica aquí.

—Ya huelo tu espagueti *vegetariano*.

Estomaguito precioso, ¿cómo te sientes hoy? No tengo hambre pese a que nada comí ayer ni desayuné lo suficiente esta mañana. Bien, estomaguito; y más abajo, ¿cómo están las cosas? La erección ha cedido lugar al pleito postergado. Maik juega con una esferita dorada entre zarpas. Tin-tin. Algo metálico me suena. Trato de concentrarme en la corbata Oklahoma 1967. Quizá la combinación de negro y amarillo simbolice algo para Helen. O es un mensaje. Un símbolo que me trata de imponer. En la naturaleza es un portentoso signo de peligro: anémonas caribeñas, ranas de Costa Rica y abejas de ciudad advierten al predador que ambos colores, en su unión, son tóxicos, letales y de pésimo sabor. En este momento carezco de ánimos para discutir. Tampoco me interesa la cocina vegetariana. Mientras no exista una razón tangible, Clausewitz aconseja, carece de sentido realizar preparativos de guerra. Busco una raíz imaginaria pero mi mente se estanca en cubiletes de molestia impalpable, enojo contenido, depresión en potencia.

—Y a ti, ¿cómo te fue?

Pregunto y descubro frialdad en mi voz: los genes recesivos de Gengis Khan que se manifiestan por nosotros. Creo que necesito ayuda del exterior para motivar la adrenalina básica en un conflicto. Ahora lo comprendo: todo lo que ella mencione sobre Izaguirre será utilizado en su contra. Los celos como un gargajo negro que urge escupir al piso. La jurisprudencia del imaginario pasional establece que todos somos culpables mientras no demostremos lo contrario.

Resuena la esferita dorada de Maik.

Presiento una venganza de gato callejero. Con el instrumento de manipulación de siempre. Con maniobras retorcidas, sutiles y aviesas inducirá a Helen hacia una reacción específica, que ella considerará obra del destino, mensaje angélico o mera iluminación frente al Cosmos. Ignorará para siempre que no pasa de ser instrumento de un gato que sucumbió en una partida de ajedrez.

Mal perdedor el muchacho.

Cuando te digas Amo de un gato, menciónalo con ironía. Para la bestia territorial tú eres un invasor de su espacio y luchará con alfanjes y verduguillos en sus zarpas, cartografías mentales que tú ignoras, pelos envenenados, bombas pestilentes y otros recursos hasta expulsarte de su nación o hasta que aceptes pagar un tributo cotidiano de croquetas y humillaciones. Tu única posibilidad de salvamento es distraerle con cuentos o las mil y un partidas de ajedrez desde el ocaso al alba.

Presto oídos sordos a la relatoría de trabajo que Helen me por-
menoriza con entusiasmo de adolescente tras un concierto de rock: *wonderful*, excelente, candidato carismático y muy positivo (ay, Helen, piensa, gringuita boba: es pura mercadotecnia; aquel político está practicando sus mentiras públicas en privado). Que la secretaria particular del casi gobernador (“tan culta como fea”) los atendió a cuerpo de rey. Que les obsequió libros de arte, discos compactos y dulces. Que luego los placeó por Nuevo León, por la megalomaniaca tendencia de los regios a imitar lo norteamericano: si es descomunal, es bello. En síntesis: “el simpático candidato se quedó muy impresionado, según comentó, con mi modelo de algoritmos”. (Con tus nalgas, *dar-ling*). Sensacional. Un detalle en su relato: nunca pronuncia Izaguirre. Otra evidencia: ante su espejo (yo) reconoce una culpa. Ella podría alegar ahora su derecho de persona adulta a decir la verdad sin miedo, como en otras ocasiones; parece, sin embargo, que por el momento tampoco desea un pleito tras la reconciliación de hace unos momentos.

La disyuntiva de pelear o no.

—Meau.

El sonido metálico: tin-tin como cadenas arrastradas en un castillo de fantasmas. Maik: algo tramas, te conozco bien.

La curiosidad mató a la amada. Helen recoge algo del piso. Acepta la ofrenda felina. No sé que sea Helen; pero no lo hagas, por favor, Helenita de Troya. Este gato es Judas, Yago, Mefistófeles. El Malo en persona.

Demasiado tarde: Helen frunce el ceño peligrosamente ante la esferita dorada que el gato trajo desde cualquier rincón.

—¿Qué es esto?

La huella de Xanandú, querida.

—Lo ignoro.

Fingir demencia desde un principio es fundamental para evitar reproches emanados desde el enigma del mundo. El reto de la estrategia es preservar una locura coherente el resto del diálogo.

—Es un broquel de oro. ¿De dónde salió?

Contéstale, Maik: ¿dónde lo hallaste?

—Debe ser tuyo.

Mala salida por descuido de soberbia: después del primer aniversario en pareja disputamos porque ella prefiere las arracadas y yo no aprecio, pues nunca recuerdo, sus preferencias más íntimas. Fue cuando acuñó su frase favorita de este quinquenio de apasionados desencuentros: “eres un patán mexicano, insensible a todo, engreído”. Etcétera.

—No; porque jamás me ha gustado esa clase de joyas.

—Tal vez los dejó la señora del aseo.

Doña Algo. De manera vaga recuerdo cuando Helen aportó como pruebas de mi racismo el detalle de que nunca memorizo nombres de aquellas personas, que según ella, yo considero de tercera categoría.

—A doña Nina no le gusta el oro.

Xanandú y su manipulación freudiana de egos a la parrilla. Olvidar un broquel de diseño, veinticuatro kilates. En amores perros, nunca olvidas gato, cada arete perdido es un pendiente. Reinos, Estados y matrimonios se han disuelto de modo repentino a causa de un pendiente sin explicación.

—Se le caerían a alguien durante la última fiesta que organizamos. Con frecuencia olvidan celulares, chamarras, boinas. Hasta condones.

—Eso ocurrió hace más de un año.

—Pues hasta ahora apareció. Siempre he dicho que doña Nina es muy descuidada cuando pasa la aspiradora.

Flashback: el dedo de Xanandú en mi culo.

Los sibilinos murmurios de la terapeuta al oído. Nada es casual ahora entre nosotros. El sexto sentido más famoso de Roothville. La velocidad en las respuestas de Helen por más de cinco ocasiones consecutivas (número primo) no es obsesión: son tambores indios de Oklahoma.

—¿De verdad no imaginas de dónde salieron?

—Meau.

A ti no te preguntó, minino.

—Ahora que lo dices, hace unos días llamó Amanda para preguntar por un objeto que había perdido aquí. Su mensaje quedó en la contestadora.

—Fue el botón de su blusa. Y apareció en el bolsillo de tu pantalón.

“El que pega primero, pega dos veces”, te aconsejan los otros muchachos durante el primer pleito callejero durante la pubertad.

Nunca he desdeñado los apotegmas luminosos de aquella época. Sin embargo, igual que en aquellos días de hemorragia nasal y aprendizaje, nunca los aplico a tiempo. Según la teoría de entonces, en este momento debo adelantarme al campanazo que anticipan las palabras de Helen Stuart. La concentración mental, sin embargo, no me favorece en situaciones de tensión hormonal. Se cruza la imagen de Carlos en la Universidad divirtiendo a mi vecinita y estimula mi pésimo humor, acentúa mi enigma frente a los pleitos, exorciza la culpa que debilita antes del combate. Feromonas de alto octanaje, estoy listo para combatir en las Termópilas.

—Ya sé por dónde vas, Helen. Y tú sabes que tampoco yo utilizo esa clase de objetos. Pero ya que estás en ese plan, ¿por qué no mejor me hablas cómo te la pasaste con tu jefe en Monterrey?

Su rostro parece una prueba de su inocencia o de mi candidez frente a sus falsas sorpresas.

Me asombra esta tranquilidad con que la ataco con dureza calculada sin escudarme en retóricas de la diplomacia. Asombran más los hallazgos en el hastío: ya ni siquiera fluye el ánimo deportivo en estas situaciones de tensión. Silencio brevísimo pero patente. Ella no responde de inmediato. Su gesto de perplejidad puede darse porque, en la inocencia, no esperaba una acusación indebida; o porque, en su culpabilidad manifiesta, carece de explicaciones confiables. Te pillé, Helen; acéptalo por una vez en tu vida. Maik sale corriendo a cazar una sombra. Xanandú sonríe desde su *background* incestuoso. Más silencio. Los celos terminan por aburrir: son un juego demasiado previsible por falta de imaginación de los contrincantes. O acaso ella no contesta porque es su forma de minusvaldar mi pregunta.

—No entiendo qué pretendes insinuar.

Si acusas a ciegas, te contestan a sordas.

Son los odios viscerales que te entran por un oído y salen por tu boca.

Olisqueas un error en su jugada defensiva, paladeas su derrota, sientes en tus dedos la victoria inminente. “Siempre tus estúpidos celos”. Ella, sin embargo, porque acepta o rechaza, se recupera con un as de la manga. “¿Sabes que Fedro tiene pruebas sobre tu *affaire* con Amanda?” No importa qué respondas con verdad: es su turno de atribuir fantasmas donde no. El juego ahora avanza a otra etapa: definir cuál de los dos fantasmas se integra mejor al trío. Porque los celos son un juego entre dos donde participan tres. O cuatro. Como en el dominó. Porque uno contra uno cansa y se requiere un tercero para variar la diversión o de plano construir las dos parejas para repartir las fichas con exactitud. Ambos lo sabemos, pero completar el terceto conveniente o jugar a las parejas de carne y hueso nunca ha pasado de ser una fantasía entre nosotros.

El broquel por el piso. Por el momento, ella no asocia qué objeto detonó la contienda. Quizá una broma permita mitigar el rencor y concluir frente a un espagueti vegetariano con vino blanco espumoso (le gusta, en serio) y retornar a esta cama para justificar nuestra inversión de la semana en condones.

—Pactemos tablas y olvidemos esto como buenos deportistas.

—Eres un patán.

Su mejor argumento cuando ya no puede defenderse. Ergo, es culpable.

—Aclárame eso: ¿patán significa sembrador de maíz?

La mentada de padre es un exceso, golpe bajo. Pero ya no puedes detenerlo porque tu ira corresponde a su ira.

—Eres un puto hijo de la chingada.

Su enojo tiene la tez roja. Por defenderse, deja de lado el *affaire* Amanda. La rendición del adversario nunca es suficiente: buscamos la aniquilación como demostración irreversible de nuestro poder.

—Entonces, ¿ya comprobaste que Izaguirre no es puto?

Llanto: canción de la derrota.

—Esto no puede seguir así.

—¿Te ofreció matrimonio?

Lágrimas: vino del vencido.

—Estúpido mexicano. Eres un macho-chinga-tu-madre. Si este juego te gusta, a mí no. Pero, por mí, ya se acabó. Ahora mismo. Quiero saber si alguna vez encontrarás a otra idiota como yo.

Me enardece verla vestirse a mitad del enojo. Sus insultos racistas no cuentan. Sin embargo, soy incapaz de ir tras ella entonces para que no interprete disculpa donde nada más hay excitación.

Me vale.

—Llévale su aretito a Amanda.

Escucho el ronronear de la Hegemony, su motor como nuevo que enciende y un rugido al arrancar.

Cuando voy a orinar, piso el otro broquel de Xanandú. Aúllo.
Me duele tanto que me siento solo.

—Meau.

El Maik se ha tragado mi reina.

*Pero el menor ruido te ahuyenta
y te veo salir
por la puerta del libro
o por el atlas del techo.*

XAVIER VILLAURRUTIA

TAL VEZ MAIK intentó de nuevo el suicidio

—Son maravillas de la Posmodernidad, maestro. ¡Salud!

O quizá la cuáquera Helen por fin se rebeló a su Dios euclidiano y algorítmico, y asesinó al pinche gato. Lo mataría nueve veces. Crimen pasional. De ocurrir, ella podrá alegar en tribunales defensa propia o demencia temporal, producto de la tortura psicológica a que era sometida por un felino sádico de frac que jugaba al ajedrez con su papi. Del amor al amok. Muy probable. Luego ella se entregaría durante una semana completa a almorzar carne de felino, a la tártara o en milanesas, para desaparecer toda prueba de delito. Muy posible. Hannibal Helen en acción: se traga a su enemigo y termina por hacerlo mierda. Las evidencias al drenaje. Ella argumentaría que nada más come liebre, no gato. ¡Salud, por ella, por su astucia bíblica! Extraño la Hegemony, ya reparada y con seguro vigente. Cinco días en que Maik no responde al jaque y no tengo con quién practicar mis estudios sobre Boris Spassky. Suicidio heroico de tigre siberiano: en combate. Una vez más debió cruzar por el patio de don Gruñón Jubilado para retar a su rottweiler cara homicida. Fue la última noche que lo vi; según calculo, era la quinta o sexta de sus vidas. Mi gato azul ayer se me perdió; pastando lo dejé y desapareció.

Aquella noche. Y no tengo más. Y aunque tuviera dos. Me confieso desesperado y sin humor. La noche que Helen me mandó a la chingada en su torpe lingüística: “eres un macho-chinga-tu-madre”. Muy probable. Maik: regresa a casa; mamá confesó.

Siete días en que soltería es soledad. Otro traguito. ¡Salud, amigos imaginarios de mi panteón infantil!

—¿Cómo está Helen?

Pregunta exacta, momento preciso, lugar inadecuado. El doctor Meléndez nunca sabe: intuye. A su edad, ya no caza: se volvió carroñero. Respeta a las parejas, espera los despojos de la ruptura. Sonríe como hiena hemipléjica, con ojo de buitres y sagacidad de selacio. Ya no lee: sus alumnos —sin saberlo— sintetizan para él diarios, revistas, libros, páginas electrónicas, tendencias pictóricas y musicales. Vista cansada, mente cansada. Hormona en su lugar.

—Bien (hip), doctor; gracias.

Su sonrisa *secuela-de-parálisis-facial-la-tarde-del-adulterio-en-contr*, siempre gesto ambiguo, nutre mi ebria paranoia de oficina. En este país, los jefes se abrogan todavía el derecho de pernada. El objeto del Poder es joder. Gracias, doctor: ahora permíteme desconfiar de tus tragos de amargo licor. Ignoro si pretendes sacarme información de pareja con tu boca chueca o nada más es mera cortesía de patrón después de que me bajaste del avión a Brasil.

—No, güey; vivimos la Era del Estruendo, el miedo a la reflexión y al compromiso. ¿Verdad, profesor?

Fingir que me embriago como mariposa al vuelo sirve para reiterar con falso descuido mi acatamiento al macho Alfa entre nosotros. Hip. Hip. Hop. Ambos nos volvemos hacia sus cachorros que aún no saben fingir sobriedad en estas reuniones que no son grilla ni academia. Los muchachos tratan de ganarse al viejo con ideas novedosas por sorprendentes: simple cultura de Discovery Channel, sabiduría pura de Nacional Geographic, pequeñas dosis de ciencia de radio UNAM o nada más el onánico placer de los jóvenes: las leyendas urbanas de

internet, los rumores fantasmales desde la red social. Porque bajo la superficie del mundo digital nada hay. Por ello, la ventaja de la web estriba en que permite la sabiduría sin reflexión.

Un rápido mi paneo de camarógrafo beodo por el restaurantito de oropel, esnobismo y peor gusto musical en el ambiente. Menú con letras en francés y odres a granel para entretener a contadores del fisco. ¡Gaudeamus! Allí están los aprendices de brujo en decadencia. Izquierda a derecha.

Jano Martínez, *tatuajes-demoníacos-entre-muslos*, rinde pleitesía a su nombre: territorial e invasora a la vez; ruda y dura en el debate; izquierdista de noche, demócrata de día; anarquista en la fornicación, anfibológica como amante; un macho de verdad con cuerpo de señorita siniestra.

Manfredo, *pedantería-inmaculada*, ante el ojo educado, parece un manfloro culilindo en capullo: niño ecléctico entre las discusiones profundas, curioso a muerte, antropólogo de su propio tótem. Después de tantas mujeres que se le han envidiado, pronto hallará al hombre de su vida. Mientras, seguirá traicionando a diestra y siniestra, sin saber por qué, y será perdonado siempre que continúe suministrando lo prohibido: coca, mota, pastas, muchachitas putas.

Richard Richi Ricardo *perfume-de-piratería* es mi asistente por méritos propios. El mejor pagado en su categoría porque yo lo decidí. Eficaz y eficiente, discreto y hábil para ocultar su vida (lo único que sabemos de él es una fidelidad perruna hacia su Mami, como llama a su doña Buena Insípida, doce años mayor). Nadie como él para la informática y el ajedrez. Meléndez lo tiene a mi lado para controlarme: no importa: es efectivo como adversario a contrarreloj.

Las más turbadora, Cecilia: pensamiento audaz, timidez astuta, histriónica desde la infancia, estoy seguro. Nos ama a todos para nunca mirar su rostro verdadero; personifica a la diosa Glamoure: se embellece o afea a voluntad; cuando se maquilla por razones de trabajo es exuberante, pero ni por asomo la imagino en cama, pues los platónicos deseos de Meléndez son intocables.

No sé por qué en cada uno de ellos observo, desde mi nebulosa etílica, un detalle particular que me recuerda al Maik.

—Sí, cabrón: el neoliberalismo nos expropió hasta el silencio.

—Agarra el pedo, Mandi: es la posmodernidad.

—Yo creo que Jano tiene razón: es la Era de la Sordera.

—Era, Era...

—¿La Era del Aturdimiento, Jano?

—Sí, doctor. Así le llama Manteleiev.

Yo escucho necedades de falsa academia. El aburrido intercambio de conceptos ingeniosos que nada profundizan. Manteleiev no existe. Hip. Sin Maik, la cama está vacía como la Luna. Que no es de queso. Hip. Hip. Hop. Mi vieja fantasía de equivocarme de departamento y entrar bajo sábanas de la vecina que, pese a comprender mi confusión, me acepta y me desnuda. Mi problema es que el hipo fermentado a veces se confunde con mi realidad. Hip. Muchas hipótesis; ninguna teoría. Científicos ágrafos: en el mejor de los casos escriben para editores o para políticos, pero ya nadie intenta comunicarse con el pensamiento que trasciende al individuo para construir especie. Hip. El conocimiento está retornando al sacerdocio de sus torres de cristal, lejos de la plebe. Los monjes digitales quieren, gato, que otra vez seas símbolo de aquelarres y brujería, para asarte vivo y comerte en las escandalosas fiestas de príncipes y papas. Ellos creen en su verdad, yo descreo hasta de lo que creo: ¿quién es el irracional? Prepárate para ser devorado a las brasas: la civilización muere, la antropofagia resucita.

—Cierto: el ruido ha invadido las plazas, la calle y las oficinas.

—No mames, cabrón: y los restaurantes y los cafés y el metro y los autobuses. Hasta en los aviones.

—Hasta en el pensamiento hay ruido.

—Como diría mi antiguo profesor de lógica (hip), el doctor Clausewitz: la televisión ha cubierto todos los frentes. El rey del mundo es un locutor que gobierna la Casa Blanca, Los Pinos, Drozdi...

—Nomás es neurosis colectiva, Ceci.

—...el Palacio de Nariño, (hip) la Casa del Almirantazgo, Sussex Drive (hop), La Moneda, la Casa Rosada...

Alerta, alerta: nadie me pela. O he sobreactuado la borrachera a grado de ignominia o ya estoy ebrio otra vez. Aleluya.

—Es más que eso, güey: el estruendo se reduce a ser un mero intercambio de neurosis. Lalande sugiere que vivimos la Era de los Desafectos. Ese libro hay que leerlo; es la neta del planeta.

—Era, Era...

—¿Tienes el libro?

—Sí, doctor Meléndez.

—Consíguemelo, por favor.

—Sí, doctor. Mañana se lo presto.

—Era, Era...

—Cállate, Mandi, ya estás pedo.

—Ricardo ojete, nada más estoy contento. Era, Era...

—Síguele, Jano.

—Lalande asegura que nomás exportamos dolor y miedo de individuo a individuo, como simple mercancía para cubrir los vacíos existenciales, así sea con angustia que no pertenece a nuestra experiencia individual.

Xanandú. Helen. Mi Ex. Maik.

*Diciendo tu nombre,
oyendo mi voz.*

—No oír evita el compromiso. Hip.

Cuando el filósofo Javier Solís canta a mi oído, ya estoy ebrio como burro quebrado de Acapulco. Tampoco Lalande existe. Y para colmo Bakunin murió. Hip. Nadie me escucha, sonríen en la condescendencia que restaura egos apagados. Me vale: tampoco me interesa su competencia por sesenta y cuatro mil pedos. Hip. Hora

de marcharme, sin avisar, ni saber: me importa madre que las vías del tren me aterren cada que cruzo por ahí. Hip. Hop.

—Esa es mera nostalgia provinciana, Richi; no divagues. Es la incapacidad de adaptación al vértigo urbano. Resistencia a los cambios. Fíjate cómo en plena Zona Rosa, al momento que tú quieras, encuentras muchos espacios para meditar sin que nadie estorbe tu privacidad.

—Era, Era.

¿Qué rumbo tomaste mi vida?

¿Qué puerta a tu paso se abrió?

¿A dónde te fuiste, Maik?

Golpeo con una cucharilla mi copa hasta que todos callan.

—Silencio todos. Hip. ¿Alguno de ustedes podría decir qué tanto alteran nuestras encuestas los cincuenta mil muertos de la guerra? La demoscopia para control de la masa de piedra, ¿cuál es su objeto de estudio?

—¿A qué se refiere, profesor?

—Voy al baño.

Y me voy.

Sólo entre sueños puedes confesar este miedo del que te protegen sus ubérrimos pechos pendulares (despierto, ante esta idea telúrica y trepidatoria, te preguntaría qué talla de corpiño usaba tu madre a los sesenta años de edad). Helen, Helen. Sólo en sueños descubres el temor ante sus orejas de loba blanca y su vagina dentada. Sólo durante el sueño reconoces la angustia de perder su curiosa mirada verdemar como una caricia a tu pubertad lastimada. Sólo entre sueños aceptas la vergüenza de traicionar el nasardo soprano de su voz a medio coito. Sólo entre sueños entiendes tu soledad que envejece sin el pentagonal óvalo de su rostro con sonrisa. Sólo en sueños admites celos de que sus muslos de gata en movimiento trajinen otros tejados.

(Despierto, ante esta imagen de abandono pueril, repetirías: “no tengo celos” cuatrocientas veces hasta convencerte). *Sólo durante el sueño la contemplas exacta en sus hipnóticas nalgas oscilantes, en el torso de mármol pulido en su retozo, en la inexistente cintura que divide el mundo, la vida, su cuerpo en norte y sur. Sólo en sueños bendices la pálida piel que desde todos sus rincones —donde jamás el sol se oculta— ilumina tu existencia en álgebra vacía. Sólo en sueños su melena es melodía diáfana, juguete de las modas baladíes, castaña en la intimidad que has hurgado. Sólo durante el sueño tu indefensión estalla en sus carcajadas. Solamente entre sueños. Solo. Entre sueños.*

La palabra Cruda es más contundente que Resaca.

Entonces te apesta la piel de media mañana, tu saliva es pegajosa y amarillenta, la náusea concede razón a Sartre, ignoras entonces dónde y cómo amaneciste, entonces tus esfínteres se hartan de contener sólidos y líquidos, cefalea y mareo disputan tu cabeza trepidante entonces. La palabra diplopía encuentra su sentido entonces. Arde la garganta de mil tabacos entonces. Arde el estómago entonces. Y todo esto apenas es la envoltura de tu depresión. Entonces.

No te levantes: sería peor.

Maik no está en el departamento.

¿Amaneciste con alguien? ¿Con quién?

La sed es un tiburón hambriento en tu boca. Tu piel apesta a lo que bebiste y comiste. Los excesos han frutecido. Quema el estómago y lo que resta de orgullo. Un adormecimiento de músculos faciales. Los murmurios públicos son estruendo privado. Cruda física. La desmemoria a la defensiva, sin embargo, no borra las estupideces. Es cuando habitas sin escapatoria posible el lado oscuro de tu luna. Cruda moral. ¿Mandaste a la chingada o no al doctor Meléndez? ¿Cómo saliste de ese lugar? Duermes un minuto más, te traiciona el reloj. Fantasías sobre el suicidio. Dos tipos querían putearte. Otro ridículo. Con suerte no te sangraron la cara ni quebraron tus costillas falsas. No te preguntes más. Te arrepientes de cada misterio étlico.

Imágenes confusas. Cuando aún te creías cabal, fuiste en busca de Xanandú. Pero tocaste el claxon en tu antigua casa. Tu Ex nunca salió. ¿Quiénes eran los dos pendejos de traje que querían putearte anoche? Mejor no preguntes en esta situación. Otra respuesta fea: te estaban corriendo del hotel como a un teporocho invasor del Palacio de Buckingham. En la administración localizaste el registro de una Helen, Estuardo de Salem, Emperatriz de Oklahoma, Reina del Whiskey maicero y Princesa de la Balalaika. Pero nadie quiso molestar a la Zarina en sus reales aposentos. ¡Que les corten la cabeza!

¡Putra madre: qué siniestro vómito!

Y el Maik que no aparece.

EL SECRETO DE HELEN se hallaba bajo custodia en el laberinto inesperado de sus pesadillas entre ecolalias recuerdos alucinaciones sápidas /olfativas /táctiles /euclidianas/ reverberaciones como un cenotafio abierto el de Roothville Oklahoma State que la acosaban durante madrugadas vésperos y neomenias infinitas Una tétrica caverna donde la embromaban con travesura pueriles “*trick or treat* a media primavera en julio cuatro día de gracias halloween y en todas las fechas) personajes imaginarios ya muertos algunos o entresacados de los libros sin ilustraciones que la bisabuela Elizabeth Stuart atesoraba en el cuartito asignado a la niña Personajes endémicos de un planeta poligonal con leyes distintas al Mundo— Otro planeta el suyo donde el paisaje mutaba vertiginosamente entre geometrías irregulares :topologías palpitantes :cartografías tridimensionales :ideas colores y sonidos que sólo pueden soñarse Allí en su búnker mental dialogaba/ pedía consejo/ escuchaba/ veía con asombro/ soñaba con alebrijes *poliédricos* y quimeras de aristas inexactas Abstracciones como poltergeists amorfos espectros bulliciosos siluetas de simetrías radiales que acompañaban sus insomnios ensueños fantásticos y duermevelas en el cuartito de Salem con orfandad adormecida por quinientos libros en tres o cuatro idiomas La niña disfrutaba con viveza su fantasía cotidiana pródiga en formas imprecisas de movimiento ondulante y personajes danzando ante sus ojos con música suave Todo bajo cierta luminosidad ambarina tornasolada

o cetrina Tres siempre 3 como símbolo señal y promesa) Una luz cósmica Una geometría lúdica Y un elenco en movimiento incesante Elementos necesarios de cada historia Con personajes de su magín o de los libros o de su panteón extenso en tan breves años

Dime Helly dolly ¿qué sueñas

Por Su Real Majestad Elizabeth su bisabuela Estuardo a un tiempo carcelera y protectora de cierto mundo interior poblado por fantasmales protocolos/ fortunas imperiales/ designios divinos/ cortesanas/ Helly aceptó su cosmos diminuto donde bien sabía) aguardaba un mensaje que no podía glosarse con palabras sino con otros signos por desentrañar

La revelación vino durante alguno de los /espontáneos/ extraños/ infrecuentes/ momentos de lucidez de la anciana durante esos días en que vivir la realidad agotaba a la mujer hasta hundirla /desguanzada /débil /vencida/ temerosa/ consciente de su cuerpo/ en el lecho de esta parte de su existencia con el gesto señorial de quien asume la inminencia irreversible Breve lucidez por cierto que le gratificaba más allá del vesánico desastre del que no era consciente Permanecía derrumbada allí como un fardo hasta la siguiente alucinación en su corte

Qué día es?

Marzo ocho

Ciento trece días

Ciento catorce Es año bisiesto

Gracias Hell

A sus órdenes majestad

¿Majestad ¡Bah Olvídate de mis sueños y esas paparruchas que ni yo creo Estoy loca pero no tonta todavía sé que nunca he jurado sobre la Piedra del destino y que el Pabellón de las rosas invernales me lo inventé aburrida del protocolo imperial que me tiene prisionera ¿Qué estás leyendo ahora princesita

Hojas de hierba

Otra vez Whitman Algún día saldremos para actualizar la bibliografía

El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha dijo usted

Cuando domines el español

Sí abuela

¿Oí marzo ocho

Dos semanas para la primavera

Espero estar despierta para cuando llegue el Pequeño Rey Moruno

Dormida también lo hace bien

Pero ya lo sabrás en su justo tiempo) del amor que se vive entre sueños nada queda en la sangre

Elizabeth (Estuardo por apellido y destino Tudor por desatino y ligereza, no podía dormir a plenitud durante su cordura y con gran esfuerzo para no agotar a su esclava real/ verdadera/ tangible/ procuraba no acosarla para que la niña reposara de sus tareas de asistencia a la vieja Nada exigía a la pequeña para compensarla así de tantas incomodidades Helly sin embargo disfrutaba con intensidad las poco comunes conversaciones con la señora Stuart pese a la molestia del tener que salir de su mente para dialogar con un ser vivo Porque la pregunta siempre estaba allí y además venía con las mismas palabras de Big Joe

Dime Helly dolly ¿qué sueñas

Y la diminuta Helly entonces agradecida por la amistosa invitación volvía a vivir ahora con palabras) los sueños recientes soñados con ojos abiertos recostándose sobre el regazo de su bisabuela Ely y comenzaba a hablar de Dorothy y de Alice y de la Señora Cube y comenzaba a dormir con los ojos cerrados sin perder coherencia narrativa mientras informaba a su abuela sobre los días recientes Ely y Helly como dos seres impalpables por la Otredad mundana Y la anciana entonces soñaba con los ojos abiertos a partir de las historias de la nieta dormida a su lado Y la antigua escenógrafa de Broadway soñaba que Dios era un ente femenino en su sabiduría y

que había enviado al mundo a su unigénita para ser sacrificada como prueba de un Renacimiento pronto de llegar para salvación de la Humanidad toda Luego de cuatro o cinco días de sensatez dentro a la realidad que le enervaba Ely=Elizabet volvía a recorrer durante meses de serenidad los jardines centrales de Aylesbury el Pabellón de las Rosas Invernales el coto de caza en verano en Eton o su favorito Palacio de Buckingham donde se habían acumulado durante su ausencia las solicitudes de audiencia por parte de príncipes de reinos vecinos lores y cortesanos diplomáticos para la guerra y espías para la paz taumaturgos de Bratislava y campesinos de Birmingham laboristas y conservadores de mil quejas al viento Un fastidio de trabajo el suyo Una locura inaceptable Pero qué se le hace Es obligación

Los encuentros de lucidez con su bisabuela Elizabeth Stuart por cierto le permitían a Helly relanzar su debate interior sobre todos los temas con los amigos imaginarios muertos o librescos de ideologías tan diversas Sin embargo en esta ocasión la charla epifánica de aquel invierno agonizante puso de soslayo información crucial para su estancia en Salem y su futuro como mujer Una referencia fundamental sobre su querida Ely

La revelación fue saber (Olvídate de mis sueños y esas paparruchas que ni yo creo” que la vigilia del espíritu/ mente/ conciencia/ tan sólo es otra clase de sueño profundo Así de llano Con muchas implicaciones por supuesto y descubrimientos colaterales en abundancia La principal Que ella era un ser vivo como cualquier ente autónomo Y que los otros estaban tan vivos como ella Luego entonces era normal que las personas sin importar su edad soñaran con ojos cerrados O abiertos Que imaginar fractales paralelepípedos líneas al infinito durante el día y formas con las estrellas durante la noche podía darse como una colateral de su vida con Otros Que al final de cuentas no era triste soñar Que los seres imaginarios estaban vivos aunque se dijeran muertos o se confesaran parte del guión de un libro Y eso le dio contento y esplendor a sus enormes ojos marinos

Un hallazgo que la relajaba de tanto tiempo de sentirse mal culpable extraña por soñar distinto Durmió tres consecutivos en paz Sin sueños ni polémicas interiores

El acontecimiento necesario para comprender la historia viva de la cual participaba como personaje secundario fue reconocer con perspicacia que la visita más reciente del Pequeño Rey Moruno (un año atrás no había ocurrido por casualidad sino que correspondía a un programa específico pactado entre ancianos de alta civilidad alcornia y entendimiento Ello explicaba un brevísimo diálogo entre Ely y Helly por esas fechas

Debo estar despierta en primavera

Sí abuela

Para ello princesita de mi corazón deberás cumplir una encomienda sin rechistar ni olvidar los detalles por insignificantes que parezcan (Jamás olvides que una monarquía es la exclusividad auténtica Detalles por cumplir y sólo eso Ahora escucha Necesito que al amanecer del día diecinueve me des un trago de esa botella ambarina No importa que sea veneno escocés Y que luego cada treinta y siete minutos me ofrezcas té Y en su lugar me suministres esa pócima contra mi voluntad con engaño diciendo que es auténtico té de la India con miel del Congo Belga (país que creo que ya ni existe pero no importa Un trago del brebaje escocés cada vez mintiéndome con el cuento de la India el Congo Belga y la miel Hasta que yo me levante y comience a vocalizar para cantar a capela Hasta que te hartes de arias y operetas Entonces dirás que mi presencia es requerida en el locutorio real y me conducirás a esta cama con un ceremonial digno de mi linaje y estarás todo el tiempo junto a mí aceptando mis ordenamientos/ mandatos/ edictos/ sentencias/ proclamas/ sin cumplirme nada por supuesto Hasta que me veas dormir Déjame reposar entonces como si ya hubiera muerto Del resto me encargo yo ¿Entendiste

Sí Su Majestad

Su Majestad? Ya te he dicho que

Nada más estoy ensayando abuela

Eres una buena Tudor aunque te apellides Estuardo

Y al amanecer del vigésimo día la real resaca despertó a la bisabuela Elizabeth Stuart entre vómitos principescos Con la soberana consecuencia de una jaqueca augusta la regia temblorina de los dedos y la suprema conciencia del dolor de vivir como un mortal más Entre sus dos mundos por rescoldos del whiskey el cuerpo y la mente habían coincidido en levantarse de la cama con felicidad genuina y esperanza para acicalarse los cabellos con esmero maquillarse con discreción mientras se ensaya la coquetería, elegir entre dudas el vestido idóneo (el único de brocado en el guardarropa Consultar el reloj de pie cada cuarentaitrés treintaisiete veintinueve trece minutos Preguntar luego de contemplarse al espejo por enésima ocasión cómo me ves? sonreír sin miedo tararear con desenfado guiñar un ojo a la nieta Creer que la eternidad es un instante que debe vivirse con intensidad sin límite Reloj espejo sonrisa tarareo guiño Un ciclo reiterativo durante veinticuatro horas

Hasta que él por fin llegó

El abogado cara de niño triste quizá ya octogenario traje de lino impoluto nombre árabe Abdul apellido latino Vivar ojos rasgados piel morena idioma inglés con ligero acento alemán o austriaco abrió con llave propia la puerta de la casita Con porte majestuoso Elizabeth Stuart le recibió y ambos ignorando la presencia infantil se besaron como púberes en alameda sin despegarse rumbo al dormitorio La niña permaneció en su cuarto biblioteca sin inmutarse Mientras tanto una mucama vietnamita treintañera circunspecta se apersonó con enormes bolsas y cajas de víveres selectos desde pan queso embutidos y tomate hasta pizzas congeladas) y avíos domésticos (papel higiénico jabón dentrífico bombillas eléctricas escobas —los mil y un etcéteras de la vida cotidiana para después arreglar

el lugar con rapidez inusitada Como un tifón ordenó la alacena en minutos renovó los elementos de la nevera limpió pisos paredes y muebles Luego sonrió para sí misma y se marchó satisfecha sin pronunciar palabras Los amantes permanecieron encerrados en el dormitorio principal durante cuatro días entre susurros como rezo y promesa risillas de cosquilloso placer gemidos de parto y agonía gimoteos silencios abruptos suspiros del amanecer y más susurros y risillas Durante una pausa/ tregua/ descanso/ los tres Helly por delante fueron en limusina dorada con chofer uruguayo mudo y eficaz a parques templos librerías un mediodía completo en el zoológico restaurantes tiendas departamentales durante una semana de actividad incesante que incluía noches de lectura a tres voces en la salita con la bibliografía nueva Algunos muebles de sala y cocina observó Helly fueron cambiados durante su ausencia Quizá la mucama O el uruguayo durante las jaulas de gorilas tigres y osos En el tiempo de intimidad casera la pareja provocaba a Helly para que les entretuviera con sus relatos de geometría polifónica para ellos mantener sus manos entrelazadas sin hablar como príncipes enamorados en su fábula sin fin

La niña entonces tuvo otro descubrimiento en ese lapso Algo sencillo como aprender a respirar

Al percibir que la Verdad como el Amor no exigía palabras supo que ella podía contar historias para los demás pues mientras en su mente persistían desencadenándose pensamientos distintos sin distraer sus construcciones lógicas sin descuidar su vínculo con otros sin perder la esencia de su búsqueda cosmogónica Ideas como su creciente obsesión por la gran clave del conocimiento Quizá la ruta hacia el código esperado insistía en su polémica interna no fuera una palabra como Dios / Salem/ hipocampo/ flor/ manganeso/ Supuso que todos los libros sin importar tema o idioma se entraban como preguntas como criptogramas como charadas como dudas donde convergían lo divino y lo terreno frío y calor Belleza

y Proporción No eran sus palabras un mensaje definitivo sino una sinfonía que preservaba un símbolo cósmico de exactitudes y revelaciones No para entender a Dios o al Hombre sino para saberse parte del Universo y ubicar la existencia en el Tiempo mayor Esto concluía la pequeña mientras contaba historias para la reina Elizabeth Stuart y al Pequeño Rey Moruno Abdul Vivar abogado antiguo pacifista de Oakland preso consuetudinario de California por causa de Vietnam el jipismo y la defensa de los psicotrópicos más tarde residente en Hamburgo (hasta la actualidad heredero de mala suerte (no saber rechazar un bien no deseado administrador ahora de empresas bélicas y espía industrial para el gobierno francés cara de niño triste Tristísimo

Y una mañana Ely y Helly volvieron a despertar solas

Él se había marchado a donde no existía como un hombre amoroso y vital sino que actuaba como un exitoso hombre de negocios más pendiente de las fluctuaciones bursátiles y las guerras Y Elizabeth por su parte retornó a su Palacio en Buckingham donde el número de audiencias sin atender ya eran tantas que amenazan de caos a su reino

Pero la vida cotidiana de los otros a Helly le parecía irrelevante para sus búsquedas urgentes

La importancia del Pequeño Rey Moruno explicaba la epifanía comprendida durante sus charlas con la bisabuela Ely :Que no había culpa en reconocerse una Dorothy sin Toto que a lomos de tornado había cambiado de domicilio y ahora vivía de Salem y su leyenda de brujas :Que nada malo había en ajustar la anécdota de *The wonderful Wizard of Oz* para trocar Kansas por Oklahoma o cambiar a Dorothy por Alice y cruzar túneles maravillosos y sueños de enigmas y espejos donde lo inverso era el plano correcto O ser Mrs Cube la heroína de ese libro sin palabras que en otro tiempo le obsequió Big Joe sobre un poliedro rebelde y furioso ante los absurdos de un mundo bidimensional

Cuando durante la primavera siguiente retornó el abogado Abdul Vivar ella y él descubrieron que la reina Elizabeth desde la majestad del sueño había proclamado como voluntad soberana el fijar residencia definitiva en el Palacio de Buckingham/ o el Pabellón de las Rosas Invernales/ o en Eton/ o cualquier otro sitio de descanso La definitiva ciudad celestial lejos para siempre de la monótona ciudad terrenal (Un edicto que databa de por lo menos cinco días atrás dijo el perito forense que conoció el cuerpo incorrupto

Y la vieja Ely jamás regresó

Y un tornado nuevo llamado Abdul Vivar transportó a Helly Dorothy Alice Mrs Cube por el mundo

La historia de Helen quería comenzar

Y su secreto frutecer

Llega, no se sabe de dónde, a todas partes. Sólo ignora el juego del orden. Maestro en todos. Paso la mano por su espalda y se alarga como un gato.

GILBERTO OWEN

—**P**ON ATENCIÓN que no lo voy a repetir. El famosísimo dilema griego que no conoces parte de un planteamiento sencillo: un cocodrilo atrapa a un niño. Viene el padre y pide la devolución de su hijo. El cocodrilo acepta regresarlo pero condiciona: “Solamente si adivinas qué voy a hacer con tu hijo: ¿crees que te lo entregaré o no?” Si el padre contesta: “me lo darás”, el cocodrilo entonces responde: “fallaste” y se come al niño. Pero si el padre dice: “no me lo darás”, el cocodrilo está en un lío. Si no lo regresa, le dará la razón al padre que adivinó la respuesta; pero entonces, al regresarlo, convertirá en falsa la respuesta del padre y ya tendría derecho de no devolver al niño. Pero entonces se repite el problema. ¿Ahora ya entendiste, camarada?

Carlos y Amanda Nalgorda comparten el brazo.

—No.

El alcohol potencia la candidez de Fedro.

—¿Quieres que te lo cuente al revés? Un cocodrilo atrapa a un niño. El padre puede recuperarlo si contesta una adivinanza del cocodrilo: “¿te lo entregaré o no?” Si el padre contesta: “no me lo darás”, el cocodrilo cae en su propia trampa. Porque si no lo regresa, le dará la razón al padre que adivinó la respuesta y ganó; pero, si lo devuelve, hará falsa la respuesta y como el señor no adivinó,

como pedía el cocodrilo, ya tendría derecho de quedarse con el niño. ¿*Capisci?*

—En mis clases de lógica con el profesor Dromundo, en el *college*, nos invitó a jugar con una cuestión similar, semejante. Un abogado de Missisipi demanda ante el juez a su discípulo con quien había pactado recibir honorarios en cuanto el muchacho ganara su primera causa. El abogado de Missisipi creía que de todos modos cobraría sus honorarios: si ganaba la causa, por el *pactos*; pero, si perdía, por la sentencia. Pero el alumno dijo: “nunca te pagaré; si porque pierdo, por el *pactos* y, si gano, por la sentencia”. Ambos tenían razón, pero el juez no sabría a quién dársela. Ji, ji. Un dilema sensacional me lo parece. ¿*Me entendi?*

Por eso el planeta quiere tanto a mi querida Helen: ella jamás comprende la lógica de este mundo. No capta que Carlos, quien se sabe de memoria su cocodrilo, desconoce el dilema del abogado. Ignora que Amanda no quiere involucrarse en la derrota del otro y se aleja. O no quiere que Helen le pida opinión. Fedro, con levedad tambaleante, cree que ella habló para rescatarlo del conflicto y agradece con sonrisa de perro beodo. Y ella imagina que el esclavo de La Maorí coquetea.

—*No sé si te entendiste* Helen, pero yo sí capté la esencia del conflicto lógico. Carlos es quien pide repetición del problema, pero en cámara lenta.

Izaguirre (ahora veo con nitidez la escena) necesita humillar a Helen ante los otros, porque ella no cedió en Monterrey. Al paso, raspa a Carlos que coquetea con todas sus mujeres.

—Permíteme, Arturo.

Tan sólo Meléndez tutea a Izaguirre.

—Sí, doctor.

—Me parece oportuno, salvo mejor opinión de ustedes, ubicar que el *affaire* del cocodrilo taimado tiene una data muy antigua, con raíces asiáticas muy profundas, quizá derivadas de algún rito. En

el origen del enigma, pudo tratarse de cualquier animal predador: un tigre, un león, una boa; pero los egipcios se lo apropiaron con el ejemplo del cocodrilo. Y los griegos nada más lo copiaron.

Nadie como Meléndez, Wikipedia en dos pies, pendejea de tal forma a alguien. Izaguirre no sabe dónde esconder la cara. Ricardo Richi Richard arrinconado con su mami cincuentona, finge no entender. Meléndez ya perdonó a Carlos y hasta lo recontrató con más salario. La mami buenona coquetea feliz en su ignorancia; no por coger (nadie querría), sino para demostrar en vivo y en directo quién toma las decisiones en la pareja del gran genio. Sólo que Meléndez no soporta que alguien compita por su brazo. Sólo Meléndez y su control de los detalles. Sólo Meléndez y su poder. Por eso, Amanda huyó. Sólo Meléndez. Sólo Helen no comprende qué pasa aquí.

—Yo hablaba del abogado que nos contó el profesor Dromundo.

—Permítame, doctora.

Nada más Meléndez la llama por su *nobilis* académico. Y Meléndez nada más menciona grados académicos cuando se interesa por alguien. Viejo cabrón: te conozco. Pero también sabes quién soy: no compitas en mi terreno por ser Alfa.

—Sí, doctor.

Ay, Helen. Ay, Maik. ¿Dónde estás? Cha cha cha.

—A ese cocodrilo coherente en su ideología y respetuoso de sus principios, lo amamos y conocemos por Diógenes o Galeno. (Disculpen los efectos del vino espumoso, muchachos). Pienso que el profesor Dromundo del *college* era un genio: adaptó para sus escolapios un problema atribuido a Protágoras. (Que no era abogado, sino filósofo). Por lo demás, Fedro, te lo recuerdo: en matemáticas existe un axioma básico: problema mal planteado no tiene solución. ¿Le parece correcto, Helen?

—Sí, doctor.

¡Helen, preciosa! Agarra la onda, Blonda: en este país, con esta gente, todo problema matemático se reduce a filosofía

de salón. Silogismos: premisa mayor, premisa menor y conclusión. Pensamientos fugaces, juegos florales del ingenio, enciclopedismo de televisión. Porque en este residuo de país pensar es patrimonio exclusivo de los políticos y su corte. Tu cocodrilo, tu abogado, Izaguirre y Meléndez transforman todo en política. Y el resto de la madrugada nunca entenderás por qué nadie intentó resolver ese dilema que te recuerda al profesor Dromundo, un filósofo que disfrazaba su fracaso en creatividad al servicio de sus alumnos. Querías hablar de matemáticas para saltar a logaritmos y algoritmos, pero te lo cambiaron a un caso político. Nunca sabrás por qué sucedió; por qué siempre sucede así. Eres tan ingenua, tan genuina. Me das ternura. Te amo, Helen. A la única que respeto entre esta caterva de fariseos, escultores de becerros áureos. De verdad. Tan sólo a ti puedo confesarte que extraño al Maik. No. Jamás me creas, güerita. Ya estoy ebrio. Salud.

—*Un aplauso para el doctor Meléndez. Es usted un sabio. Salud.*

Mis palabras tocan a Meléndez. Sonríe en complicidad; recordará nuestra reciente charla sobre los usos del conocimiento: erudición y fanfarronería en público; grilla editorial y prevaricación política en privado. “El conocimiento científico, Joaquín, está controlado desde Wall Street y hasta El Vaticano ya adquirió los derechos sobre mecánica cuántica para engañar bobos; los idealistas, tú sabes, entre menos entienden la materia más justifican la existencia de Dios: escudan tras su ignorancia el temor a la oscuridad cósmica; en su cabeza no cabe la idea de que, donde termina el Infinito, no hay un más allá para refugiar las soledades cósmicas”.

—Salud— responde y, al nada añadir, declina la dama como buen estratega.

Agua de cola y soda son el engaño perfecto en esta Era de las Adicciones. Jano nunca entregó a Meléndez el libro de Lalande porque no existía. Manteleiev, Oneska y Ovlady (“*o bla da, o bla da, life goes on bra*”) son invenciones de ella porque así simula conocer a los

creadores del pensamiento. Una amazona que conquista al mundo tal como le enseñaron los varones: con mentiras. No coge bien pero consigue mejor coca que Manfredo. Mi teoría sobre la Era de las Adicciones es sencilla: no existen adictos, únicamente obsesivos que cumplen una manda de sus ancestros. Como mi tía Ana que murió debiéndole favores a la Virgen de San Juan de los Lagos, al Santo Señor de Chalma, a la Virgen del Tepeyac, al Santo Niño de Atocha y otras divinidades prehispánicas con otro nombre (como Batman y Bruce Wayne, Peter Parker y Spiderman, el doctor Meléndez Jeckyll y el señor Pepe Hide). La buena mujer debía tantos favores que no pudo morir sino hasta que repartió sus mandas entre muchos que la ayudaron a cumplir y finalizar su agonía cósmica. Sus hijos son incondicionales del Santo Señor de Tal o de la Virgen de por cual, porque heredaron una obsesión. Otros heredan la manda de obtener un título académico del Santo Señor de Harvard, ser deportistas de la Virgen del Atlético de Madrid o ser devoto del Santo Niño Picasso.

—¿Te encuentras bien, *darling*?

Cursi no es lo que dices, sino lo que escuchas. Amor suena tan bien.

—Sí, *darling*.

Sí, Santa Niña Helen. En este momento solamente soy tu incondicional en esta codependencia de sueños y traiciones. Debes saber que la adicción es “una dependencia de”. Aunque yo de nada dependo; ni siquiera del gato o el ajedrez. Sin heroína alguien es capaz de violar a su padre si el proveedor se lo exige. Por falta de coca, otro puede mutilar a su hija y vender esa pierna en el mercado negro. Yo de nada dependo. De vez en cuando bebo, pero nunca a solas. Tú sabes: compro una botella de vino para estimular mi relación contigo. No más de tres veces al mes; el amor sobrio es la única verdad de nuestro cuerpo. Puedo, de modo ocasional, competir por quien traga un litro de tequila en menos tiempo. No más de cinco veces al año. Acepto un churro de mota con los cachorros de Meléndez en algún cumpleaños y nada más. Café, un par de

ocasiones a la semana: mínimo dos litros al día cuando sucede. Compro una cajetilla de cigarros en la quincena y fumo un habano a la siguiente. Si estoy tenso, voy a la oficina un sábado para jugar *Age of empire* hasta que me hartó o (no lo sabes) debo regresar contigo. Si no basta, una pasta (tampoco lo sabes); cada siete o nueve días. El adicto depende de algo para enfrentar su vida cotidiana. Yo no. Un día esto, otro aquello, mañana lo otro. No dependo. Una temporada engordo y otra (sí lo sabes) cojo sin parar. Antes de cada quincena trabajo con locura en la Mac y a la siguiente en la Pecé. Una tarde al mes chateo y otra contesto el correo. Un mes después. Unas noches voy al cine y un mes no dejo de leer sino hasta que me muero. No soy un adicto, Helen. Esta noche me tocó la coca y medio litro de vodka y un poco de Vermouth. ¿A dónde vas, güerita santa? No me dejes solo entre los chimpancés caníbales. Soy un pobre bonobos que habita la serranía.

Carajo: el único que me comprende es Maik.

Los gatos fornican entre tinacos. La Era del Estruendo ha existido desde que los gatos lúbricos acorralan a las gatas coquetuelas entre tinacos por la madrugada. (El ronroneo de una anciana desnuda en la azotea me persigue). Oigo maullidos de placer como un felino en el Trópico de Cáncer que controla la vida a través de sus hembras. Afuera chispea un poco; el viejo noviembre se encubre de mozo julio. Chillan los gatos ciudadanos por las cabronas gatas que se rebelan contra un papel histórico de ser solamente vientres. Gatos cínicos. Pero ninguno de ellos es Maik.

Helen de regreso.

—*Darling*, te amo como a la bandera de mi país, como a la Reina de Inglaterra, como a. ¿Tú lo entiendes todo verdad?

Ya está peda.

—De esas antinomias tipo cocodrilo, la más famosa es la de Borges. ¿Verdad, Helen?

—¿*What?*

Ya está peda. Y me gusta cuando calla. El resto persiste en sus retozos de curiosidades: creen que la Web es Dios y cuanto aparece ahí es verdadero. Desde hace buen rato, entre los comensales ha principiado el verdadero juego de la decadencia en grupo: la depredación colectiva, cazar a la pareja ajena sin perder la propia, definir quién es el macho Alfa, el Elegido, el conquistador, el nuevo jefe de la tribu, el padre de todos, el poseedor de la Verdad. Seres territoriales que, urgidos de trascendencia genética, invaden la comarca vecina y arrasan amores a su paso. Como los ladrones que saquean casas; adoradores del dios Caco, cuando concluyen su trabajo, firman sus hazañas dejando su mierda sobre los muebles como testimonio. Brujos y aprendices intentan olvidar que el único juego en vida es contra la Muerte y aparentan ser ganadores. *Game over*. El gran simulacro de eternidad es fornicar: en el orgasmo mueren y resucitan desnudos, extenuados, eternos, invencibles. Pero fornicar como triunfo sobre la muerte se traduce en incapacidad amorosa: amar verdaderamente los trastocaría en seres mortales. Sólo si fornican como deporte, sus genes se multiplicarán más allá de esta vida como un Amazonas. El orgasmo como muerte virtual, eleva entonces el nivel de competencia. Y nada más hay un trofeo: ser el Macho Alfa, la hembra favorita, la pareja universal que porta la genealogía de la especie. ¡Aleluya, aleluya: gaudeamus!

—Me *cai* que sí. Comentaron en la televisión que esos chavos del Tec amarraron a un voluntario del grupo, lo dejaron desnudo por horas en pleno Periférico, a plena luz del día, nomás para investigar la reacción de la gente, determinar el grado de solidaridad urbana. Filmaron por horas y nada sucedió. Hasta que por fin se acerca un tipo, pero el hijo de puta no llegó para prestarle ayuda: quería violar al voluntario aprovechando que lo tenía allí, desnudo e indefenso.

—¿Por qué no decimos salud cuando brindamos por la salud y nos curamos en salud?

Carmina, la modelo de pantaletas, casi está tan ebria como Helen. Pero no tiene la mitad de su ingenio. Casi es tan cachonda como Helen. Pero. Y tampoco distingue entre filosofía y matemáticas.

—Un hombre de Grecia dice que todos los gringos mienten.

—¿Los gringos?

Quiso decir griegos, Helen. Pero Izaguirre ya está ebrio y su Daimón habla por él. No es personal, *darling*.

—Todos los gringos mienten; pero él es gringo. Ergo, el gringo dice la verdad. Pero si él dice la verdad, no todos los gringos mienten. Ergo, miente.

—¿Podrías repetir tu expresión?

No, Helen. No te agrade, es lo contrario: quiere decir que, según él, eres la única estadounidense que habla con verdad. Quiere contigo: su finlandesa de internet no le satisface.

—Arturo, eres un espectáculo: debiste apellidarte Kane o ser maestro de grado de Aristóteles en tu vida anterior. Esa fábula del ladrón mentiroso la cuentas como un clásico Cicerón.

El doctor jugando a las canicas con el corazón de sus hijos. Izaguirre estúpida sonrisa de beodo.

—Pinche Meléndez, eres mi hermano.

Ingenio de borrachera; Meléndez campeón. Vejiga llena, corazón inquieto. El grupo está en las últimas. Escucho lo de siempre: el padre que condicionó la entrega de su ubérrima herencia a que los beneficiarios se lo comieran ante notario, hallazgos de cura para la cirrosis o del colesterol, otro pedazo de Antártica que desaparece y viejas hecatombes contra el ambiente, la pareja de varoniles presidentes a quienes sorprendieron fornicando durante la Cumbre de Osaka, un traductor de idiomas al Braille, novedades tecnológicas y otras bagatelas digitales, la polémica sobre un Rubens hallado en un cobertizo, el libro nuevo de cierta poetisa de moda a quien nadie ha leído, el vómito público del Papa.

—Interesantísimo eso sobre el lenguaje.

—¿Cómo dices que empieza?

—Según esto, lo más primitivo es un lenguaje convulso, lo que dice nuestro cuerpo: cómo bailas, tiemblos de frío, sudas de miedo, etcétera. Este lenguaje corporal comienza a dominarse, primero, con los pies (las pataletas del niño, la violencia de los jóvenes, por ejemplo) y luego viene el lenguaje de las manos; en tus dedos expresas o reprimes tus emociones.

—¿Cómo se llama el libro?

—Espérame. Después de las manos, sigue la cabeza: dices sí o no, la echas para atrás o hacia delante si te sorprendes. Aquí está el límite entre lenguaje gestual y hablado. Porque ya en el rostro empieza el código verdadero de comunicación. Lo básico es la frente, cuando interrogas o respondes, te asombras o molestas, antes de hablar. Luego viene la tez: te sonrojas o empalideces ante lo que no puedes responder. Y, por último, la boca que, a su vez, tiene tres niveles: sonrisa, risa o carcajada y beso. Y hasta el último se encuentra la palabra. Pero esta tiene muchísimos matices: es muy distinto lo que hablamos a lo que escribimos.

—¿Cómo se llama el autor?

La vejiga, en mi modesta opinión, también participa en los niveles de lenguaje. Habla con elocuencia. Casi siempre a gritos. Desde la infancia. Con aullidos de vejiga. Encuentro el baño ocupado. Mientras no orinen o caguen en la tina de hidromasaje como en otras ocasiones. El recto también se expresa con sinceridad y atiende a todos los sentidos: olfato, vista, tacto, etcétera. Fedro Ambivalencias abraza a Helen por la cintura. Ricardo con su Mami, la Buenona Insípida; les sonrío. Abro y cierro el medio baño: dentro, Amanda llora con berrinche por su Carmina show de medianoche. Hasta parece humana. Espero afuera. Mi cámara lenta en paneo por la sala topa con tres, cuatro indocumentados, alumnos de no sé quién, clavados en celulares y máquinas afines al autismo digital. Intentan fingirme respeto.

—¿Cómo está, doctor?

—Aquí el único doctor con honores es Zacarías Meléndez.

Quizá me conocen. Y me ignoran al instante. Retornan a sus maquinitas para entregarse al desvarío pueril de quienes dialogan con amigos imaginarios. ¡Oh, Web, nodriza virtual de huérfanos y abandonados! La ciencia que no pudo erigir Utopía se ha conformado con este *Neverneverland* tecnológico donde, al ritmo de un tambor de hojalata, nadie crece.

Señoras y señores: el Diablo agoniza de aburrimiento. Con tanto desmadre por aquí menos reaparecerá el Maik. Carlos intenta un baile frívolo en memoria de aquel *striptease* en Barcelona y su amplia difusión por las redes. El travesti que de tanto en tanto saca a pasear cabalga por aquí, con aquella incertidumbre de quien busca signos de lo que no quiere ser. Se tira en el sofá como odalisca entre almohadones y se hunde en el silencio. Música country por cortesía de Radio Nostalgia de Oklahoma. Vejiga en alerta amarilla. Nadie baila. El arquitecto típico-invitado-que-nadie-identifica con dos coquetonas de minifalda. Nada me sorprende; una desconocida charla con Meléndez pero el doctor carece de interés en niñas así. Tercera falta consecutiva de Mona La Maorí a nuestras reuniones. La noruega (¡existe!) tentalea el muslo interno de su amiguito. Damas, caballeros y afines: a Dios le aburre su propia agonía. Carmina modelo de pantaletas discute con Amanda, la humilla a la Nalgorda, nos muestra su poder sobre la socia de extraños negocios de la política. Meléndez mira mis ojos y toca con un dedo el culo de Izaguirre que ya trastabilla. Helen, seguro, fantasea con alguna supuesta putería y viene hacia mí cadenciosa, sonriente, genuinamente ingenua. Jano despertó y jura que ama a un hombre casado. Técnicamente, Helen, yo soy soltero. Desde el patio, alguien fuma mariguana. Afuera escampó (¿había llovido?). Manfredro continúa encerrado en mi estudio con Cecilia. Mi Castillo de la Belleza al servicio de la sinrazón de la inteligencia pura. Imagino el maullido retozón del Maik y que la noche triste de

Cortés no me pertenece. A Helen le surge esa gringa de película cursi que trae entre pechos: no sabe si llorar por la fiesta sorpresa o comportarse como adulta sin emociones verdaderas.

—Helen, para recordar la vida necesitas algo que se lo parezca. Un gato, por ejemplo.

El humor es un código de referentes que deben compartir emisor y receptor o no hay chiste. Ella no entiende lo mexicano; toma en serio el mecanismo intelectual de decir bromas sin chistar y jamás ríe de lo evidente. Yo sí comprendo su humor: he visto todos los gordos y flacos, hermanos Marx, chiflados y tantos clásicos del chiste fabricado en serie. En cambio, ella odia a Cantinflas por incomprensible. En los hechos, por fortuna, estamos de acuerdo con Búster Keaton y Tin Tan.

—Helen, eres tan solitaria como la palmera de Palm Beach en tu primera mezcalina, ¿recuerdas?

Estoy lucido con mi lucidez en cámara lenta. ¿Quiero llorar? Quizá por eso hablo, hablo y hablo. Me gusta dialogar con ella.

—Helen, no hay escapatoria: ¿quién no quiere tener un hijo: tú y yo?

Algo sucede: veo su linda boquita moverse, pero nada escucho.

Ay, Helen, mi madre se emborrachaba peor que tú. Ay, Helen, y por eso mi padre una vez lloró.

—*More, more... Yeah...*

—Te amo.

Salimos del baño, sudorosos. Felicidad histriónica porque todos vieron quién es la dueña de mis condones; todos vieron que la someto cuando se me antoja. Todos nos vieron entrar; pero pocos nos ven salir. ¿Cuánto tiempo estuvimos mientras ellos desaparecían? Tengo sueño y, calculo: en lo que llegamos al cuarto, nos desnudamos, si no hablo, quizá lo volvamos a hacer. Si ella empieza y logro terminar, antes de dormir le diré: “te amo, princesita”.

Afuera del dormitorio nada más quedan Fedro, Ricardo y su Mami: la Buenona Insípida. Sobre la alfombra. Desnudos. No más de cuatro gatos.

Y ningún rastro del Maik.

Como quien aprieta el cuello de un gatito negro.

JULIO CORTÁZAR

UNO ES IGUAL a Cero.

Todo significa Nada.

No existe arte o ciencia que escape a la dialéctica, Imperatrix mundi: contrapunto, claroscuro, causa-efecto, blancas-negras, Tiempo-Espacio. Frío calor. Calosfrío. El sonido del domingo nos llega como un rumor distinto al melisma entre semana. La diferencia se distingue por las voces de niños en su hábitat: exudan contento, lloran para probar un poder sobre sus padres, los adultos sacan a pasear al niño interior: imitan desde su infancia virtual a los padres neuróticos. Y se sienten felices de repetir el ciclo de familia. Algunos niños imitan el llanto lastimero de los gatos. Los Pumas, mis pumitas, perdieron ayer y no me importa. Uno-cero es nada. Pittsburg sigue sin dar pie con bola. Helen lee en su estudio. Yo no quiero salir de la cama. Maik no aparece. El ajedrez espera en formación a que el gato conteste al peón blanco que inicia cada juego. Uno es igual a Cero. Pero Cero no iguala a Uno. Colecciono sofismas matemáticos para engañar a incautos. Además, es el único chiste que Helen me entiende. No es un chiste, sin embargo: Uno es igual a cero. Nada somos. Somos Nada. Por el momento, no quiero saber los porqués de esta sensación de bienestar; necesito disfrutarlo sin cuestionarme qué deseo de mi relación con Helen. Las opciones de futuro concluirán donde siempre: que ella se quede aquí, sin envejecer, sin mirar a otro más que a mí, que ella desee lo mismo

que yo y la muerte no ocurra entre nosotros. O fueron muy felices para siempre o la separación de los amantes. ¡Cuánta depresión! Maik me ha abandonado. “El intercambio de parejas”, comenté tras una conferencia en Sahuayo, “significa una muerte simbólica, ver el orgasmo de la pareja y aceptar que ha muerto, imaginar que ha resucitado en una pareja nueva”. Los jóvenes de Sahuayo le iban al América y cambié de tema.

Uno es igual a Cero. Helen escucha a Dvorak; ergo, está aquí; en algún punto del departamento. Ergo, es Uno. Maik no está aquí; ergo, es Cero. Uno es igual a Cero. Pero ella teme este parangón pues le aterra. Evocación de su abuela cuáquera de Salem. Las masas libertarias en su ignorancia contra las Estuardo confundidas con brujas. Teme que alguien la acuse de haber depositado su alma de niña en un gato y que la quemem viva por practicar hechicerías. Nunca le he perdonado que una noche pronunciara el nombre del argentino a medio orgasmo. Y ella jamás perdonará lo de Mona. Empate técnico que nunca resolveremos. Uno es Cero.

Estoy crudo. Pero no me engaño. Imagino que ella tampoco: tan sólo vivimos una tregua.

—Vivimos una tregua, doctor.

—Me da gusto por ustedes; Amanda sugirió que Helen ya se había ido a vivir a un hotel.

Mentir no mentir, he ahí el dilema.

—Luego te cuento, Joaquín.

—Pero todo está bien, supongo.

Cero igual a Uno. Distraje entonces a Meléndez con las etapas definidas para el rito nupcial entre humanos.

—El niño que corta el cabello de su compañerita en la escuela primaria, el muchacho que en el pasillo del trabajo o la oficina ataja con su corpulencia a una muchachita para no dejarla pasar, la mirada severa de un adulto hacia la mujer que le interesa; son las agresiones donde comienza el baile nupcial. Es el instinto brutal

del macho de nuestra especie, doctor, ya documentado. Esa clase de ataques iniciales persiste hasta que la pretendida protesta con violencia, se enoja, enfurece y para al agresor. El juego agresivo se invierte entonces. La siguiente etapa obliga a que él se disculpe por la embestida; pero ella nada aceptará de él sino hasta que el machito se someta al ridículo. Como el palomo y su baile grotesco en las cornisas de cualquier edificio. Sólo hasta que ella considere suficiente la ofrenda de auto humillación, se permitirá reír. Y su risa será el perdón del otro. Si de verdad o en apariencia, él demuestra que comprende los significados del diálogo sordo (toma en cuenta, doctor, que se trata de construir un nido), ella en reciprocidad se volverá cortés y atenta con él. De verdad o en apariencia. En todo ese tiempo ella aprovecha para observar si el pretendiente posee energía suficiente para continuar el rito. Él insistirá con su broma pues ha reconocido en esa risa una debilidad. Entonces, entre más ría la pretendida, más estará provocando al machito. Un péndulo de agresión-castigo que continuará hasta el coito. Entonces comienza el verdadero rito de pareja, el juego erótico, la guerra sin apariencias. Por ello, la frase que te sonó muy sexista: una mujer está domesticada cuando pierde la risa.

Entonces la nostalgia a media copa. Helen y sus conflictos éticos. “Eres un patán que nada sabe de amor”, dijo alguna vez enfurecida. “¿Y yo para qué querría saber qué es el amor si no es mi objeto de estudio?”

Pude haber resistido más en soledad. Pero el mundo continuaba sin nosotros. Y nos arrastraba en su inercia.

Meléndez propuso a Izaguirre organizar una fiesta para que juntos celebráramos los éxitos de sus respectivos despachos en Río de Janeiro y Monterrey, el regreso de todos al mundo feliz, un anticipo del fin de año. Finalizaba noviembre. Una burda manipulación para celebrar sin la presencia de su esposa que odia nuestro ambiente: genios en todo, hermosos, de buen gusto y bien pagados, pero

decadentes sin principios, nuestras ciencias abandonadas o prosti-
tuidas, según nos define apodíctica mientras viaja con dinero de su
marido a comunidades indígenas, indigentes, indigestas para nues-
tra esfera de conocimiento. Con su tirada de la fiesta, Joaquín Me-
léndez también procuraba halagarme como fórmula por acercarse a
Helen y saber si ella ya estaba disponible; de paso, nos presumiría
a su modelo de pantaletas.

—Hagámoslo como una fiesta sorpresa para tu gringuita— dijo
con la vista fija en mis ojos, observando mi reacción, escaneando mi
movimiento *rem*. Un cabrón pastoreando cabritas perdidas.

—Buena idea, doctor.

Por eso me urgía hacer las paces con Helen, para no transformar
aquella fiesta en mi bienvenida de soltero.

Dubitativo, tenso y crudo como nunca, adolescente culposo de
la adultez envidiada, aparecí en el hotel de la emperatriz con una
disyuntiva inaplazable: mostrar arrepentimiento sincero por mis
palabras de aquella noche y pedirle que volviera o, simplemente,
repetir para ella mi ridículo de macho en celo, como el grotesco
baile del pez payaso entre las anémonas venenosas.

Supuse que un acto de contrición sincera no garantizaba que
ella aceptara mi discurso de amante arrepentido; además, una de-
bilidad de tal magnitud implicaba el riesgo de exhibir ante ella mis
armas reservadas para un pleito definitivo. Me decidí por la auto-
humillación momentánea, al estilo Capablanca menos conocido del
gran maestro: doblar con solemnidad mi rey ante el contrincante y,
al instante, proponer otra partida como si nada grave hubiera suce-
dido. Recordé entonces a Jano y su refranero del nuevo amor: “si
un amante abandona el lecho por monedas, volverá por nada más
monedas. Si se va entre lágrimas, nomás por un llanto volverá”. En
conclusión, nada más me quedaba limpiar sus lágrimas con mis propias
lágrimas. Fui dispuesto a representar el espectáculo matutino en
aquel hotel.

No me importó el público involuntario; de cualquier modo, nunca en mi vida vería de nuevo a los testigos casuales, turistas en cuarenta idiomas; nunca regresaría donde meseros y camaristas serviles pudieran haber vetado mi presencia en el vestíbulo por mi numerito nocturno. Como imaginé, ella trató de evitar el escándalo con una graciosa huida, pero yo venía preparado con la apasionada entrega: Helen no soporta una tercera lágrima. Es puritana y, como cualquier norteamericano, le estremece que por accidente estas situaciones lleguen a la televisión (“admire en exclusiva las imágenes de una güerita boba y cachondísima al provocar un zafarrancho en céntrico hotel, al enfrentarse su amasio, un doctor en matemáticas cuarentón, contra una docena de guaruras, bomberos y curiosos”). Además, ella no tenía hacia dónde escapar, había elegido un hotel caro y buscar apoyo en ese instante con Amanda le resultaría impensable pues, más allá de su curiosidad, teme a las perversiones homosexuales como degradación de la especie hija de doña Eva y su consorte.

Rendí mi rey, *negro rey de mamey*; perdí como los hombres. Pero gané: la partida reanudó con una fiesta sorpresa que la hizo llorar de emoción.

—Ahora no, *darling*. Este documento para Monterrey es muy complicado. Te prometo que antes del anochecer estaré lista para ir al cine o al teatro. Lo que prefieras. Yo invito. ¿Oquei?

—Bueno, pero dame un beso.

Los gatos son espantosos y ciegos al nacer. Pero pronto adquieren esa elegancia que caracteriza su paso, sin importar raza u origen, un porte que perdura aún durante la ancianidad.

En cambio, en las mujeres se comprueba la estética pendular.

Pueden nacer grotescas o sublimes. No importa. Porque en pocos años tornan a su contrario; se vuelven niñas insulsas o simpáticas. Luego, las mal parecidas embellecen en su adolescencia y las bonitas se desfiguran. Un derecho y un revés, un derecho y un

revés. No importa maquillaje, vestimenta, deporte, alimentación o clínicas de belleza. De nuevo se transforman cuando son adultas: las horribles emergen succulentas a la vista o, si fueron hermosas, regresan a su monstruosidad. El movimiento oscilatorio jamás se detiene. Más tarde, las muchachas que nadie pretendía en la escuela, resurgen como señoras guapérrimas y las campeonas de concurso caminan como gallinas. Ya ancianas, embellecen o se afean, según como hayan iniciado el ciclo. Lo he comprobado mil veces. Un derecho y un revés. Águila o sol, cruz o cuernos. Helen era una estudiante flaca, desgarrada y ñoña. Ahora es una cachonda profesional. Aunque después de coger queda espantosa y ciega: como gato recién nacido.

—Ven, Helen. Esto te gusta.

Afuera, desde el ventanal del estudio, se observa una parvada con cientos de auras que juguetean en el aire: lo que hace la mano hace la tras. Van y vienen. Vienen y van. El espíritu tangible del viento. Contra el nítido cielo de la tarde otoñal, los pájaros negros generan figuras abstractas al vuelo como los cardúmenes de sardinas en el mar cuando son atacados por tiburones, delfines y otros predadores. Fractales vivos. Caleidoscopios de la naturaleza para divertirse.

Mi Ex odiaba herpentarios, zoológicos, acuarios, parques naturales, aviarios, ranchos de avestruces, criaderos de cocodrilos. Hasta peceras de casa y hormigueros. En sus mocosas alergias de cada primavera ocultaba mil fobias por la vida. Si no representaba negocio seguro, todo movimiento le parecía horrendo, pestilente y asqueroso. Helen, en cambio, comparte mi curiosidad con el planeta que nos sobrevivirá. “¿Por qué no fuiste biólogo, *darling*?” Tampoco puedo responder porqué me rechazaron de las fuerzas básicas de los Pumas.

—*¡Wow! ¡Wonderful!*

Su pecho roza por un instante mi brazo. Es un erizo que recorre mi piel y me devuelve a los diecisiete años. No sabe lo que provoca su accidente. Transforma mi deseo romántico en excitación galopante.

Requiero, sin embargo, cautela para que acepte mi insinuación de trastocar trabajo en tarde de sexo. Tomo su mano. Pero cuando ella piensa no siente. Y viceversa: sus hemisferios cerebrales están peleados a muerte. Otra causa contra su orgasmo.

—Dime, *darling*: ¿por qué en este momento no chocan entre sí las aves?

—Porque son pájaros chingones.

Coprolalia: sé que la excitan las palabras violentas donde sexo es la última connotación.

—No; de verdad. Reflexiona: son miles, decenas de miles, en un breve espacio, a toda velocidad. Y jamás tropiezan entre ellos. Hay parvadas de millones de vencejos en el Serengeti y cardúmenes de millones de sardinas en el Atlántico que hacen lo mismo y nunca chocan.

Lo explicaría mejor entre sábanas. O sobre la mesa de la cocina. O contra la lavadora. O bajo la ducha. O entre los librereros. O en la azotea. O dentro del tinaco. Aunque vuelva a luxarme.

—Es un pequeño modelo fractal, Helen. Porque quien va a la zaga, vuela o nada detrás de otro individuo de su especie que sigue a otro y quien va adelante siempre encuentra caminos sin obstáculos. Si se comen al Alfa, quien viene detrás encuentra nuevas rutas. Etcétera.

—Eso lo conozco muy bien. Mi cuestión es: ¿por qué siendo tantos no chocan y nosotros sí?

—¿Por qué nosotros sí? No entiendo.

Sí entiendo; pero me desconcierta la posibilidad de guerra.

—Me refiero a los seres humanos.

—¡Ah...!

A ver, cuéntenme, pinches pájaros negros: ¿por qué ustedes nunca chocan entre sí?

Me distraje en la respuesta. Ella ha vuelto a su lectura.

—No, *darling*. Te digo que no. Necesito concentrarme en este documento.

—Bueno, pero dame un beso.

Necesito otro truco. Bañarla de chocolate funcionó; enloquecimos juntos por mosaicos, alfombras y duelas.

Una cacerola contra el piso de la cocina.

—Tu gato regresó.

Su buen humor continúa: no le dijo pinche.

—¿Dónde andabas, hijito? Mira cómo vienes.

—Meau.

Sí, cabrón. Te entiendo a la perfección: pero no sabes cómo la pasé. Pensé en ir a buscarte al antirrábico, a las cantinas, a la cárcel, al forense, a hospitales y conventos. Disculpe, usted, señorita: ¿por casualidad no vino por aquí la cuarta o quinta existencia de mi gato? Se llama Maik y juega ajedrez como Capablanca. Viste de frac y maúlla en diversos idiomas.

—Podríamos salir a comer, *darling*. O merendar en la cama frente al televisor.

—Más tarde, Helen. ¿Ya viste cómo regresó nuestro bebé? Quizá debamos llevarlo con un veterinario. Voy a revisarlo. Si se deja.

Morimos como hablamos. El gato silencioso concede que yo le observe sus heridas desde prudente distancia. El par de arañazos en su jeta atestiguan que pagó precio caro por una gata. La oreja mutilada es cortesía del rottweiler de Don Gruñón Jubilado. Suspiro de alivio. Nada veo que amerite incoar un juicio para eutanasia. Estuvo cerca. Siento escalofríos al imaginar sus nueve agonías. Las líneas del frac permanecen incólumes en su lugar. James Bond Gatuno después de chamberear entre beldades con zarpas envenenadas. Nos miramos con cierta simpatía. Cada cual por su lado, sobrevivimos a nuestros respectivos combates. Somos triunfadores invictos de mil batallas, incapaces de ganar una guerra.

—Saldré a buscar comida, *dar-ling*.

—Espérame un minuto.

—Meau.

Morirás como amas.

Mi verso adolescente que ahora comprendo. “Los gatos son como los elefantes: se esconden para morir”, me dijo un veterinario; “cuando no pueden más, nada más te miran antes de lanzarse a morir”.

Gato discreto: ¿qué te pasó?

Destapo una lata de salmón y el otro avanza con cautela. Por más que yo me entregue, siempre desconfiará. Es su naturaleza.

—¿Vienes o no?

Helen y sus celos.

Es su naturaleza.

*La reverberación de su mirada
viene de legiones extensas
como el silencio
o la memoria.*
ENRIQUE VILLADA

¿A DÓNDE QUIERES que vayamos ahora? No tengo hambre. Pero si tú dijiste que. Sólo sugerí que. De acuerdo, pero ya estamos aquí: ¿a dónde quieres comer? A donde quieras. Bien, bien; comencemos de nuevo: te invito a comer; ¿aceptas? Okey. ¿A dónde? No tengo idea; escoge tú. Diecisiete semáforos. ¿Como qué se te antoja? Nada en especial; tú invitas y acepto donde prefieras. Vamos a Los Parados de Reforma. No; allí no: hay mucha gente a esta hora. ¿Comida confort o dieta? Me da igual; hoy es domingo. Trece semáforos. ¿Deseas que regresemos a la casa? O sea: ¿me cancelas la invitación? ¿Te pregunto? ¿Me contestas? Cinco semáforos. Tres. Dos. El primer comedero que surge ante nosotros. Su hamburguesería favorita: Burger Imperial, la famosísima cadena que empezó en una esquina de Oklahoma y que ella tenía prohibida durante la infancia. Aunque acá no preparan igual los alimentos; allá tienen otra sazón. ¿Comprendes que no trato de hablar mal de tu país? ¿No? Jamás he comprendido el juego de las preguntas que se responden con otra pregunta.

Al final, Helen me condujo al sitio que pensó para comer desde un principio. Lo peor es que en el próximo pleito ella me acusará de intolerante y provocador. Y de patán mexicano.

—¿La conoces?

—No. ¿A quién?

—La mesera te sonrió.

—Quizá fue mi alumna; pero sabes que soy pésimo fisonomista en la calle.

—No tiene edad para haber sido tu alumna.

—Entonces, no sé.

Debí exigir un coito antes de comer. Pero me tomó desprevenido; un minuto antes había dicho que no podía abandonar su trabajo y al siguiente minuto me obligó a salir. Nunca entiendo sus intempestivos cambios de parecer.

—¿Por qué amas tanto a ese gato?

—¿Amar? No lo he pensado. Es tuyo. Te lo regalé en tu cumpleaños para que no extrañaras a la Bianca.

—Lo quieres más que a mí.

—No creo. La verdad, no lo creo. Nunca había reflexionado al respecto. Cuido al Maik porque es tuyo, porque ya se encariñó con nosotros, porque es inteligente, porque aleja a las ratas, porque hace miau, porque nos hace compañía. Y además tiene un porte increíble. Sobre todo, cuando estás sola. Quizá por eso. O no sé.

—Ese gato es tuyo.

—Te lo compré porque la Bianca había sido como una hija para ti y cuando huyó (o regresó con el argentino, no sé) creí que te ayudaría a sentirte mejor.

—El gato es más tuyo que mío.

—O, la, lá. Sorpresa. Explícamelo.

Levanté el Castillo de la Belleza a los doce años. Ladrillo a ladrillo. Torre por torre. Mi refugio contra la necesidad. Dispuse empalizadas, puentes traslúcidos, almenas de mármol y fosos de cantera para cubrirme del invasor salvaje. Mi padre detestaba toda cercanía con los tontos. Diseñé los aposentos reales y de homenaje, jardines palatinos y bosque de cacería, sala mayor y recinto de embajada, salón

del ajedrez, estancias del arte y torre de cristal para las ciencias: maravillosos lugares donde podía disfrutar el Universo sin escuchar a los demás. “La única fealdad de la especie humana es la estupidez”. Allí creé mi planeta matemático. Allí puedo estar en contemplación sin importarme la verborrea mediática, el ruido asfixiante de ciudad, la acechanza cotidiana de los necios, el dolor creciente de las masas, la pesadilla laboral, los discursos de Meléndez. Es como ver un partido de futbol pero en la mente. A veces, cuando Helen discute, reencuentro mi castillo y voy al salón de ajedrez donde los consejeros reales batallan, todos juntos, contra mi estrategia de rey solitario. O me pierdo por los pasillos del laberinto vegetal donde nadie me encuentra.

—¿Cierto o falso?

Supongo que ha concluido. Con vaguedad repasó sus temas: ella querría tener un hijo porque yo, argumenta, quiero un hijo; pero como yo no lo quiero aceptar, dice ella, argumento que yo sólo querría tener un hijo porque, según ella, yo imagino que ella quiere un hijo. “Y eso es falso”, dice. No *spitefulness*: podemos sobrellevar el asunto con un gato cuya madre no lo deseaba. Que según ella, es mío. Que, según yo, le pertenece como cualquier regalo de cumpleaños.

—Dame tiempo para meditarlo.

—¿El qué?

—Eso que decías.

Nada interesa la conclusión.

Me urge coger: el Castillo de Belleza siempre me excita.

*Mefistófeles casero
está tumbado al sol.*
FEDERICO GARCÍA LORCA

LA INFINITUD de Pi radica en que siempre falta algo para la perfección.

—Me gustaría que siempre fueras así. Que nunca cambiaras de actitud, de modos, tan repentino. Me quedo tonta cada que cambias de opiniones abruptamente. (¿Lo pronuncié correcto?)

Aún estoy en la Cámara Nupcial, después de un soberano coito con la reina.

—¿Y cómo debo ser, según tú?

—Como hoy, *darling*. Que me has escuchado con atención, sin ironías ni bromas que no comprendo; que me entiendas, como has hecho esta tarde.

Estás delirando, Helen.

Jamás te escuché; sólo deseaba fornicar, someterte, lograr que suplicas más castigo, que te vaciaras una y otra vez hasta derrumbarte, triunfar dentro de tu cuerpo con una descarga como nunca. Entiende, gringa estúpida: jamás estuve contigo; me encerré en la Cámara Nupcial y vino una cortesana a satisfacerme, la puse como perra, al borde la asfixia y, cuando no pudo más, le permití extraer mis efluvios. ¿Quieres que sea como hoy? Que no haga caso de tus tonterías, que me someta a tus insultos, que me anule para que tu seas feliz. ¿Eso quieres? Que derrumbe para siempre mi Castillo de la Belleza. ¿Eso pretendes?

—Lo intentaré, Helen. Te lo juro. Lo intento cada día.

EL SECRETO DE HELEN se hallaba bajo custodia en el laberinto inesperado de sus pesadillas entre ecolalias recuerdos alucinaciones Reverberaciones de un cenotafio llamado Roothville Oklahoma State que la acosaba sin cesar desde su infancia pubertad adolescencia adultez Su imago Una tétrica caverna con personajes fantásticos o ya muertos que la obsedía con geometrías iridiscuentes :topologías palpitantes :cartografías musicales que sólo pueden soñarse En su refugio mental dialogaba/ discutía/ soñaba con dioses = alebrijes (piel polícroma garras de guepardo espíritu de Corán alas de falena ojos de Abdul Abdul Abdul Abstracciones que acompañaban tristezas esperanzas horas frente al monitor luminoso en madrugada La matemática soledad Todavía disfrutaba con viveza sus fantasías cotidianas pródigas en formas imprecisas de movimiento ondulante y personajes danzando ante su mirada aún de niña con música suave bajo cierta luminosidad ambarina

Como ahora en que Alberto había enloquecido atrapado por sus juguetes intelectivos

Pero no se hallaba sola

Estaban ahí para acompañarla en su duelo Dorothy Alice y Mrs Cube intercalando sus diálogos librescos ¡Que les corten la cabeza” con su pensamiento de la vida cotidiana Y también estaban Eva “la serpiente me engañó y comí Dalila y Sara con versículos bíblicos para suavizar su pena Y Cleopatra y Marie Curie y Simone de Beauvoir Un relámpago fotografió la ciudad Después su trueno Alberto y

su locura y el ajedrez y su gato malévolos Desde siempre se percibió rodeada por seres desquiciados dentro y fuera de la cabeza Nadie como Alberto estúpido vesánico genial Pero ahora peligroso El momento exigía una decisión como con Big Joe Abdul y Diego Con Big Joe no fue tan difícil (según recuerda ahora SÓLO fue cuestión de pedirle con la mejor coquetería infantil “Big por favor ya no quiero llorar Y el hombre que la escuchaba soñar no volvió a sus pesadillas Y con él se marcharon para siempre Tim y Tom y la señora Stuart su madre Tampoco fue dificultosa la ruptura con el argentino Diego sólo dijo Ciao Cuando no estés en el depa vendré por mis efectos personales” y así desapareció de su vida como un objeto querido que se extravía quién-sabe-dónde llevándose en sus alforjas desde el horno de microondas y la videocasetera hasta los teléfonos móviles ya inservibles

Pero con Abdul fue distinto

Cuando el abogado de mil misterios se la llevó a Europa tras la muerte de su bisabuela Ely el mundo aún era inmenso

Viajaron mucho museo por museo Hasta que sobrevino el infarto en Budapest una tarde de helados y confiterías Después del susto ella comprendió el enorme poderío del hombrecillo Príncipes presidentes magnates enviaron doctores equipo médico enfermeras para atención detallada del magnate filántropo espía industrial Socios emperadores secretarias le obligaron a recluirse en un castillo al sur de Francia Mont-de-Marsan propiedad de Abdul sereno en el trance frente a la niña Allí ambos establecieron un juego para la convalecencia —un juego interesante es un juego dentro de otro juego sabía ella: Jugaron a la enfermera y al paciente “Déjate cuidar La broma consistía en que por cada sueño que ella revelara “Dime Helly dolly ¿qué sueñas (con las mismas palabras de Big Joe y Elizabeth Stuart él correspondería a la confianza con una respuesta sobre su vida secreta “Sí He matado pero únicamente fue para vivir otro tiempo más) ...O al revés “El paralelogramo líquido que

me persigue en la playa es un varón lo sé porque en su cuerpo tiene algo de más que lo infatúa como gallo ...Horas y horas de *quo pro quo* Hasta que por agotamiento él se dormía y a veces ella también al lado de la cama Y entonces sucedió Nada más sucedió Como el arribo del tren subterráneo a la estación Así de llano Helen se supo mujer el día que cumplió trece años desnuda junto a un octogenario que lastimó su intimidad con delicadeza para hacerla feliz Un amanecer hermoso a la mitad del verano francés Abdul se disculpó por la tarde trayendo jugo de naranja pan con mantequilla y mermelada huevos escalfados a su cama “Te amo dijo Ella sin saber por qué se sonrojó y cubrió su rostro con cobijas pues le apenaba mostrar lágrimas a los desconocidos Los viajes reanudaron Alaska cómo olvidar Marruecos La Habana Kyoto Hasta que en Jerusalem se descubrió carne de misil turista testigo del horror víctima de bombas terroristas Él nunca dejó de carcajearse a pesar de la cabeza vendada la esquirra en la sien izquierda ¡Y con mis propias armas” bromeó ¡cosas de la democracia”

Fue el mismo día de una primera disputa entre amantes que por cierto terminó con un acuerdo Que ella estudiara de manera formal Y la reconciliación de los cuerpos con orgasmos de ella hasta por el roce de las cejas “Quiero más Abdul sonrió Y él cumplía Pero el conflicto ya estaba entre ellos y se manifestaba intermitente Oscilación del Vete Jamás al No me dejes Es que ya no soporto tu amor Trepidación de la dependencia adicción al beso con veneno esclavitud en el placer inagotable Todavía tres años más continuaron hasta que un atardecer veraniego en la Selva Negra él gritó desfalleciente y sudoroso ¡te amo” en pleno fragor de cuerpos Y convulsionándose como un caguamo conciente de su finitud

Por estertores Abdul tuvo ayes de éxtasis

Como un homenaje a lo que el abogado de cara triste heredero de mala suerte no hizo en su tiempo la viuda rechazó el bien no deseado Se negó a administrar empresas bélicas en memoria también de los cinco niños muertos durante el bombardeo atestiguado por ella en

Jerusalem La esencia de su rebeldía oculta al ojo ajeno (Por qué si ambos bandos tenían la Razón una razón válida su razón no podían entenderse para acuerdos de convivencia? se expresaba así contra el conocimiento sin orden en las urbes que las personas mayores esgrimían para esclavizarse a :preceptos :dogmas :noticias :política :economía :propaganda

Pero su cosmos diminuto persistía allí Ahora con axiomas donde antes hubo incertidumbres y paradojas Ahora Dios era un libro hierático de mil interpretaciones y sus recuerdos más lejanos aún estaban permeados por aquella sensación inasible de pálpitos ante los acosos del absurdo y su imposibilidad de transformar aquel entorno de lógica arbitraria en felicidad (Helen antes de su *Concepto de la angustia* lectura de Kierkegaard Estudiante impertérrita beca garantizada de por vida California donde eligió o donde quisiera filosofaba en silencio sufría pugnas inacabables ante una perrada de muchachos (muchachas también pocas por cierto en ese ámbito de competencias algebraicas que pretendían someter la verdad del debate a la sumisión del cuerpo Sí contestaba en automático a veces Un trago Una noche de éxtasis Una fumada Excursiones a la playa Sí Todo sí Como le enseñaron Ely y Abdul Sí Pero el acertijo no cedía sus posibilidades Enigmas del Universo en miniatura retos intelectivos obsesiones que ella pretendía resolver y que la impulsaban a precisar con números su pensamiento siempre abstracto

Y Alberto que había enloquecido al entramparse en sus campos ideales/ lúdicos/ fantásticos/ como única opción de enfrentar los dolores de la existencia frustraciones por su alejamiento de la academia e incapacidad para crear textos/ sentirse cobarde por mercantilizar sus números/ el envejecimiento que no deseaba ver/ temor a ser desplazado por otro amante/ miedo a una sociedad violenta/ miedo a una ciudad ensangrentada/ miedo a sus alumnos tan proclives al dinero expedito ¡Llorar por haber perdido una partida de ajedrez con un gato pulgoso Su refugio de macho en la traición

amatoria como único puente para decirle a ella su güerita su gringita boba que la amaba es decir que él dependía de ella de su aceptación de su cuerpo=orgasmo de su mirada al amanecer de sus insípidos huevos rancheros

Big Joe Abdul Alberto Figuras paternas Su padre nicaragüense vagando como mendigo bajo los puentes de Manhattan Si es que aún vivía El incesto y el dolor como castigo El séptimo sello estaba roto pero el Apocalipsis no había empezado ahí El dolor era la génesis inexorable el precio de vivir soñar descubrir un número imaginario como la gran pucha

Afuera persistía la lluvia

Otro relámpago le recordó una casa de los espejos en Bucarest y el trueno siguiente apenas perceptible le hizo evocar campanas de una pagoda en Pekín Helen Stuart arrellanada en la lujosa silla reclinable pausó por unos instantes su pensamiento giró su rostro hacia el enorme ventanal para observar la ciudad de México desde aquel piso trece (catorce en realidad pero no por la nomenclatura fatalista e imaginó los cataclismos personales que ahora se padecían aquí y allá Los tsunamis de cada individuo ante la oscuridad urbana sin salidas El miedo colectivo a esta clase de ruleta donde ni el azar interviene pero que deriva en muertes desapariciones secuestros Decenas de torturados en ese preciso instante en algún punto de la ciudad Decenas de mutilaciones para dar pruebas de vida a los familiares extorsionados en algún plagio Pruebas de vida como un dedo tronchado una oreja En este momento Un crimen por minuto Asesinatos Chantajes Guerras por el control Fantasías criminales Entonces Helen sintió la lluvia sobre su rostro ¿Qué diferenciaba este su llanto de las lágrimas de otros dolientes desconocidos

Y Alberto que había enloquecido como un gorila en su jaula envidioso de los helados ajenos de noche

Otro trago de coñac

La oficina para ella sola

La mansa metrópoli desde esta perspectiva aérea semejaba un incendio voraz e implacable La Roma metafórica y pasional de un Nerón virtuoso pese a sus biógrafos *paparazzi* de la Historia amante de sí mismo y de la Belleza y de la Proporción exacta Amante de Proserpina la madre sensual Enamorado de Roma la única eterna Obseso por la ciudad perfecta La enigmática ciudad de México refulgía de noche en rescoldos de luz ceniza Desde este plano hacia el norte y hacia el sur relucían millones de luces rojas amarillentas que trazaban una cartografía de destinos humanos por entrecruzarse en este amanecer de querer impredecibles Quien buscaba el amor perfecto hallaría llanto Quien pretendía felicidad como una cornucopia sibarítica topaba ya con el conocimiento Quien se creía perfecto (ángel de belleza inteligencia poder se descubriría solitario pertinaz un sábado por la noche Ninguna llamada sin responder en el registro del teléfono inalámbrico Ningún mensaje por responder Y estaban también por supuesto en algún punto parque avenida antro burdel hotelito de paso los locos que sin saber cómo anochecerían cerveza fría en mano brindis extraño con una locura al lado de sus sueños desnudos La ciudad era un enigma propio en la mar de incertidumbres que las tecnologías soslayaban

Por qué morían tantos en una guerra sin forma ni combatientes visibles se preguntó ahora y como un eco reverberó su antigua pregunta a Big Joe sobre la muerte de los gemelos Timmy y Tommy “Son pruebas de Él respondió Big Joe Las únicas palabras que Helen aún recuerda de un hombre en apariencia feliz dentro de su dolor La lógica en sus respuestas ¿Por qué” Porque la guerra se alimenta de jóvenes campesinos pobres y tontos ¿Por qué” Y en la guerra los soldados mueren ¿Por qué” Eso ocurría porque la vida de los campesinos depende de la necesidad en las ciudades ¿Por qué” Y las ciudades dependen de la necesidad en las metrópolis ¿Por qué” Y las metrópolis dependen de la necesidad de los habitantes de sus rascacielos ¿Por qué” Y los rascacielos dependen del dueño del penthouse

¿Y el dueño del penthouse

“De Dios

En ese instante en esa respuesta Helly entonces comprendió que el buen diácono no creía en una divinidad específica pues en su dolor cuestionaba qué clase de Dios permitió que los gemelos murieran en la guerra que los padres abandonaran a sus hijas o que los amantes de un pueblito se separaran Joe el Descreído Como ella ahora que había abandonado las matemáticas y actuaba bajo fáciles prontuarios para las tareas profesionales

Necesitaba una decisión Otro trago de coñac y releyó sus cuatro grupos de posibles soluciones

SUICIDIO Rendición Victoria

Abandono Escape reconstrucción Albur

Continuidad Sumisión Inercia

TREGUA venganza Imposibilidad

Reconstruir la relación era imposible pues más allá los cuerpos de los orgasmos constantes alucinatorios nada había ya entre ellos El suicidio simbólico le atraía Rendirse ante el macho y esperar al final de su locura O fingir e integrarse a sus estúpidos juegos en absoluta sumisión O abandonar la partida y refugiarse en el trabajo sin ver el desastre O largarse al estilo argentino O continuar hasta el final O pagar traición con traición

Otro relámpago trueno inaudible Y la voz de Alberto irónica y cruel “cada día estamos más cerca del crimen pasional/ frase tan repetida que la aterraba Y escuchó su propia voz curiosa ¿cómo se suicidan las personas Y la voz de Abdul como iluminación “Sí he matado pero únicamente fue para vivir otro tiempo más

Otro trago de coñac

La decisión estaba tomada

*Los gatos blancos de la Luna,
como la mujer de Lot.*

JOSÉ JUAN TABLADA

SOÑÉ QUE UNA NIÑA púber, a quien alguna vez amé y no fui correspondido por ser un anciano, era el tablero de ajedrez. Que el rey se llamaba Helen pero tenía el rostro de Mi Ex. Que mi padre era el caballo negro de mis pésimas salidas. Que Bianca era la torre donde fornicaban Mona, Amanda, Carmina y Meléndez, quienes reían entonces porque yo no podía jugar con ellos y porque Bianca me impedía entrar.

Desperté con una erección. Helen la descubrió y al sentirse, lo sé, Emperatriz de Oklahoma, me besó.

—Te amo.

Dijo e inició, por primera ocasión en tanto tiempo, la conquista del amanecer.

*El gato pronuncia
los nombres de la noche mientras copula.*

JESÚS BARTOLO

LA INFINITUD DE PI radica en que siempre falta algo para la perfección.

—¿Qué fue eso?

—Un ruido.

La emoción indescriptible que desde ayer me abrumba es Pi. Debe ser esto porque pienso que de verdad amo a Helen.

No quiero despertar.

Un grito espeluznante, que no entiendo, me levanta. Recuerdo haberle dicho anoche “cada día estamos más cerca del crimen pasional”, pero el chiste no le gustó.

Salto de la cama y voy a la sala.

— ¡Otra vez tu pinche gato!

Maik ha comenzado otra partida. Sus piezas han copado a las mías aprovechándose de mi amatoria debilidad.

—No es para tanto, Helen.

—No. Ya basta. Escoge: el gato o yo.

La típica salida india del Maik.

Objetivo: aniquilación total del enemigo.

El juego del gato y el alfil

de Eduardo Osorio, se terminó de imprimir en agosto de 2012, en Litográfica Dorantes S.A. de C.V. La edición consta de 500 ejemplares. *Cuidado de la edición:* Daniela Arellano Bautista. *Formación:* Eva Laura Rojas. *Portada:* Ángel Alejandro Esquivel López

Editor responsable

JOSÉ LUIS ARRIAGA ORNELAS



DEPARTAMENTO
EDITORIAL
U A E M